
HARLEQUIN
Deseo
Solo para mí
Bj James



Solo para mí

Bj James





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Solo para mí, n.º 1173 - agosto 2017
Título original: A Way with Women
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-9170-053-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

¿Macon McCann sigue poniendo anuncios buscando esposa? Algunas cosas deberían estar prohibidas –masculló Harper Moody. Se quitó la chaqueta azul marino del uniforme de Correos, se arremangó la blusa blanca, recogió su melena rubio ceniza en una cola de caballo y la ató con la cinta que, según el gobierno americano, debía utilizar como corbata. Dio un sorbo al café que acababa de traer del supermercado y echó una ojeada a su única cliente. Lois Potts intentaba decidirse entre la colección de sellos conmemorativos de John Wayne y la de Banderas.

Lois y ella habían tenido problemas en el pasado, y era la última persona con la que quería hablar. Por suerte, parecía ocupada, así que Harper bajó la vista hacia el papel de cartas rosa que había comprado con el café y volvió a mirar la revista *Texas Men.*

–No me puedo creer que dejen a Macon poner un anuncio buscando esposa. La revista asegura que investiga a los anunciantes —murmuró. Sus ojos azul niebla recorrieron la imagen del padre de su hijo adolescente y el pie de foto: *Ranchero rico y puro semental*–. Una frase típica de él –musitó, molesta por la reacción física que le producía su imagen.

Pero ¿qué mujer no reaccionaría así? Fuertes músculos llenaban una camisa vaquera medio desabrochada, que dejaba entrever una maraña de vello color trigo en el pecho. Después, caderas estrechas y piernas largas y ligeramente arqueadas. Pantalones vaqueros, botas relucientes y un rifle Stetson apoyado en el pecho. Macon lucía una sonrisa traviesa, como si insinuara que las mujeres que contestasen al anuncio fueran a romperle el corazón.

–Cabello de ángel en el mismo diablo –espetó indignada. Las yemas de sus dedos anhelaban acariciar las sedosas ondas color miel que enmarcaban el rostro ancho y sugerente de Macon. Habría parecido un vaquero estúpido, como cualquier otro, si no fuera porque sus ojos eran agudos como cuchillos, despiertos e intensos, de color oro viejo; igual que la cerveza oscura que bebía todos los sábados por la noche en el Big Grisly Grill desde que había vuelto al pueblo.

Sus ojos se aventuraron por debajo del cinturón tachonado con turquesas y miraron los vaqueros, suaves como gamuza. Le quedaban lo suficientemente amplios para no coartar la imaginación pero, al mismo tiempo, lo que revelaban permitía esperar un final feliz.

–Sí, eso lo sé yo –gruñó Harper, que recordaba muchas cosas de Macon que ninguna cámara captaría–, y lo saben todas las mujeres de Pine Hill.

Esas manos de dedos esbeltos y bronceados que agarraban el Stetson habían dejado su huella en Harper, y cuando se sabían ciertas cosas de un hombre, no se olvidaban. Ella sabía demasiadas, entre otras que Macon había engendrado un hijo sin saberlo. «Mi hijo, Cordy».

Harper dio otro sorbo al café. Había hecho bien no contándole a Macon lo de Cordy, pero desde la inesperada muerte de Bruce, hacía dos años, tenía miedo. Se preguntaba qué ocurriría si ella moría y Cordy necesitaba saber la verdad por alguna terrible razón. Podría necesitar una transfusión de sangre o un transplante, o tener un accidente de coche… Hizo un esfuerzo para rechazar el miedo que la atormentaba. «¡Teníamos que envejecer juntos Bruce! ¡No debías morir!», pensó.

Macon McCann no debía asentarse en Pine Hills con la mujer que respondiera a su anuncio. Había tenido mucho éxito como constructor en Houston; Harper no entendía por qué había vuelto a casa y por qué buscaba esposa anunciándose en la revista *Texas Men* cuando podía salir con quien quisiera. Harper echó una ojeada por la puerta de cristal. Afuera, aunque solo era media mañana, el sol derretía las aceras y la gente hacía cola en la tienda de helados.

–Buenos días, Harper. ¿Qué tal? –preguntó Lois, dándole un paquete. Harper tapó el anuncio de Macon.

–Bien, Lois. ¿Hoy no compras sellos? –dijo, pesando el paquete.

–No he podido decidirme –Lois señaló con la cabeza un anuncio que solicitaba un ayudante–. Veo que buscas sangre nueva.

–Mmm –murmuró Harper. Lois, heredera de Piensos y Semillas Potts, no necesitaba trabajo, pero Harper se estremeció al imaginar que pudiera interesarle.

–Supongo que te has enterado de que Macon McCann ha vuelto y está saliendo con todas las mujeres de la población. ¿No fuisteis amigos en el instituto?

–Solo platónicos –mintió Harper, consciente de que Lois, por supuesto, era una de esas mujeres.

–Igual que yo, entonces –afirmó Lois.

–He oído decir que la semana pasada estuvisteis en la bolera de Opossum Creek –dijo Harper, tragándose un risa irónica. En el pueblo aún no habían visto el anuncio de *Texas Men* y se planteó si contárselo a Lois, que no tardaría en propagar la noticia. A ningún hombre le gustaría que se supiese que había caído tan bajo como

para anunciarse buscando esposa y, con un poco de suerte, Macon se avergonzaría tanto que se iría de Pine Hills para siempre.

–Sí que estuve Opossum Creek con Macon, pero fuimos con un grupo de amigos –aclaró Lois. Harper alzó las cejas, pero no dijo nada. Lois volvió a la zona donde estaban los sellos.

Harper miró por la ventana y sus ojos siguieron el recorrido de South Dallas, la calle principal. Tras llanear varios kilómetros, serpenteaba colina arriba y, convertida en camino de tierra roja, terminaba en Star Point, un aparcamiento que había en la cima de Pine Cone. Quizá Harper no habría pasado tantas noches allí con Macon si el cine de Pine Hills pusiera películas de estreno, la bolera más cercana no estuviera a sesenta kilómetros del pueblo o la heladería no cerrase a las ocho de la tarde.

Star Point había sido irresistible, un paraíso terrenal, con enormes robles y sicomoros cuya sombra era fresca incluso en los peores días del mes de agosto. A kilómetros del pueblo, las estrellas brillaban como diamantes sobre terciopelo negro, y parecían estar al alcance de la mano. En la cima de esa montaña, tan cerca de las estrellas, Macon y ella habían engendrado a su hijo, dos meses antes de que Harper se casara con Bruce.

–«Vaquero texano de treinta y cuatro años busca esposa. Propietario de un rancho ganadero en Texas Hill, promete a su mujer regalarle un caballo para montar» –leyó Macon con ojos críticos–. Hace que Pine Hill suene como *La casa de la pradera* –masculló, sintiendo lástima por la pobre mujer que se dejara engañar–. Un caballo… –movió la cabeza–. La mitad de la gente de Texas ni siquiera sabe montar, Macon. Si hay alguna mujer suficientemente tonta para casarse contigo, ¿no podrías hacer un esfuerzo y al menos regalarle un todoterreno?

–¿Preguntabas algo, Harper? –dijo Lois, con la mano en la puerta.

–Hablaba conmigo misma –se sonrojó Harper.

–Eso solo se convierte en problema cuando también empiezas a contestarte tú –se burló Lois, saliendo. Harper asintió educadamente y siguió leyendo.

–«Esta es mi oferta, mujer. Ven al rancho Rock ’n’ Roll, en Pine Hill, Texas, y disfruta de la paz de la naturaleza mientras te enamoras de mí y del viejo Oeste. Disfruta de los ciervos y armadillos, pasea, pesca y nada en los lagos. Tenemos piscina y espero que te guste el ambiente familiar porque compartirás una espaciosa casa rústica con tus futuros suegros, Cam y Blanche McCann. Así que escribe a Macon McCan pronto. Este vaquero

quiere ser tu amante esposo ya. No lo olvides, atenderé por orden de llegada».

No tenía sentido, Macon había abandonado Pine Hills dieciséis años antes, en busca de sus sueños. Nunca había vuelto, ni había parecido interesado en el matrimonio. Harper se preguntó si sería capaz de casarse con una extraña y, si era así, por qué estaba saliendo con tantas mujeres.

Con un nudo en la garganta, Harper miró los sobres que había apilado junto a la revista. Esa mañana habían llegado dieciséis respuestas al anuncio, de todo el mundo. La mayoría de los días había incluso más.

«Es sencillo, saca la carta de la saca, abre el buzón de Macon McCan. Pon la carta de la candidata a esposa dentro. Cierra el buzón», se decía todas las mañanas. Pero era incapaz de hacerlo. En vez de eso, abría las cartas para leerlas. Algunas la hacían reír, otras le llenaban los ojos de lágrimas. Escribían desde lugares tan remotos como China, Rusia y los Países Bajos y contaban historias terribles de padres, amantes y esposos, de países destrozados por la guerra y de situaciones de pobreza insoportable que querían dejar atrás. Querían un marido que las ayudara a criar a sus hijos o experimentar la vida en un rancho, pero sobre todo, buscaban a alguien a quien amar y que las amara.

Harper levantó una carta cuidadosamente escrita en una hoja de cuaderno. La letra era juvenil y redondeada.

Querido señor Macon McCann:

Su rancho suena muy bonito y tengo muchas ganas de ser su esposa. Le prometo que soy una buena persona, pero mi familia está enfada conmigo porque me quedé embarazada. Consideré otras posibilidades, pero voy a tener el bebé aunque mi novio me mintió cuando dijo que me quería. Tengo miedo. Solo tengo diecisiete años y no tenemos mucho dinero porque mi padre es limpiabotas en el aeropuerto. Por favor, señor McCann, si no tiene nada en contra de casarse con una chica afroamericana que acaba de dejar el instituto porque va a tener un niño dentro de dos meses, espero que me escriba. Ahora mismo odio a mi familia y quiero irme de Missouri. Aunque sacaba sobresalientes en el instituto, he tenido que dejarlo porque las chicas que consideraba mis amigas ya no lo son. Pegaban notas desagradables en mi mesa. Me siento muy desgraciada, señor McCann. Ayúdeme por favor.

Aunque sé que es demasiado pronto para decirlo, reciba todo el amor de su futura esposa,

Chantal Morris

Harper se preguntó si Macon era tan egoísta que no le importaba engañar a chicas confusas y desesperadas. Chantal Morris, como tantas otras de las que habían escrito, estaba muerta de miedo y, si no tenía cuidado, podía acabar a merced de Macon.

Harper alzó los ojos hacia Star Point, recordando que ella tenía solo dieciséis años cuando se quedó embarazada. Pensó en las mujeres con las que había salido Macon desde que volvió de Houston; desde la nueva maestra, Betsy, que era de Idaho, a Lois Potts, por no mencionar a Nancy Ludell, una recién divorciada con fama de chismosa, que se pegaba a Macon como una lapa.

–Chantal Morris tiene que acabar el bachillerato –murmuró, sintiéndose obligada a hacer entrar en razón a Chantal–. No es mucho mayor que mi hijo, y sin título le será aún más difícil hacerse cargo de un bebé.

Golpeó la carta de Chantal con el bolígrafo, preguntándose cómo ayudarla. Manipular el correo era un delito federal, pero Harper era miembro de la junta directiva del colegio y el equipo de fútbol de Pine Hills subsistía gracias a sus donativos. Supuso que las personas importantes del pueblo evitarían que fuera a la cárcel si Macon se enteraba de lo que estaba haciendo. Además, lo hacía por una buena causa. Chantal no era la primera menor de edad que había pensado que quería casarse con Macon. Harper también había cometido ese error.

Releyó la carta lentamente y después, convenciéndose de que cumplía con su deber cívico, sacó una hoja de papel. Por desgracia, era rosa y perfumada con olor a chicle, pero no creyó que a Chantal le importase. Tampoco le importaría a las demás mujeres a las que pensaba escribir. Cerró los ojos para inspirarse y escribió:

Querida Chantal:

Por experiencia personal, imagino lo mal que lo estás pasando en Missouri y espero que sigas mi consejo: ¡acaba tus estudios! No te arrepentirás de tener el niño y el título te será de gran ayuda en el futuro. Tuve a mi hijo poco después de cumplir los diecisiete y fue divertido ser una madre joven. Ahora tengo treinta y tres años, mi hijo va a empezar el bachillerato y me ha hecho feliz todos estos años; sé que a ti te ocurrirá lo mismo. El hombre adecuado llegará en algún momento, sé fuerte y espéralo. No dejes que te hundan esas horribles chicas del instituto. ¡Debes acabar los estudios, tener tu bebé y esperar al hombre de tus sueños!

lHarper se mordisquéo el labio. Había amado a su marido, lo quiso de veras, pero… Hizo un esfuerzo para convencerse de lo que había sentido por Macon no era más que un capricho pasajero y continuó escribiendo.

«Por suerte para ti, estoy revisando las respuestas al anuncio del señor McCann. Te aseguro que tienes un futuro maravilloso por delante, pero no en Pine Hills, Texas. Macon McCann no es el hombre para ti, no sería un buen padre para tu hijo, ni para el de nadie…

Capítulo Uno

Debería haberme imaginado que la jefa de Correos era la culpable de esto –gruñó Macon Mccann, paseando por el despacho del rancho como un gato montés persiguiendo a una presa, a punto de saltar.

–Debería, habría, podría… –comentó pensativamente Diego, el capataz del rancho, limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo.

Macon pensó que esas tres palabras definían perfectamente su relación con la viuda Moody. Ya era bastante malo que su padre lo hubiera obligado a buscar esposa, pero no recibir ninguna respuesta a su anuncio en *Texas Men* era aún peor. Al principio, incluso había pensado en alquilar otro buzón de correos para el aluvión de cartas que esperaba. Macon suponía que a algunas mujeres les interesaría cocinar y limpiar la casa nueva que pensaba construir en el rancho.

Para acelerar el proceso, Macon había enviado una foto a la revista. Era más guapo que la mayoría de los hombres que se anunciaban en *Texas Men*, y más rico. Pero nadie había contestado y ahora sabía por qué.

–Harper Moody –mascculló, intentando ocultar sus sentimientos. Se recostó, puso las botas sobre la mesa y miró con frialdad las hojas que había encontrado una hora antes en el escritorio de Harper. Ni siquiera el olor a heno y a caballos apagaba el aroma a chicle que emitían; a Macon lo irritaba percibir, además, otro perfume que preferiría olvidar. El perfume de Harper.

Macon debería haber supuesto que, como todo el correo de Pine Hills pasaba por sus manos, ella vería el anuncio, pero no la había creído capaz de abrir sus cartas y contestar a las interesadas. La puerta se abrió y entraron Cam, el padre de Macon, y Ansel Walters, el dueño del rancho que lindaba con el Rock 'n' Roll.

–Cuando Macon puso el anuncio buscando esposa –bromeó Ansel, mirando las cartas y luego a Diego y a Cam–, esperaba que las mujeres llegaran corriendo.

–Claro que sí –dijo Diego, con ojos chispeantes, tan negros y brillantes como los rizos que asomaban bajo su sombrero de paja–. Todas las mujeres del mundo están desesperadas por cazar a un ranchero tan rico y viril como él, ¿no, Macon?

–Casarse con mi hijo es el sueño de cualquier mujer. No imagináis cuántas futuras esposas he tenido que apartar esta mañana para ir el trabajo –bromeó Cam. Macon le lanzó una mirada

asesina–. Vamos, no te enfades, Macon –rio–. Yo no te dije que pusieras un anuncio buscando esposa.

–No, eso es verdad –Macon se pasó la mano por el pelo–. Pero sí dijiste que no me cederás el rancho legalmente hasta que me case.

–Cierto –Cam se dio una palmada en la rodilla con la mano derecha; tenía la izquierda casi paralizada a causa de una embolia–. No quiero que dirijas el Rock 'n' Roll todavía. Es mi rancho y, diga lo que diga tu madre, no pienso retirarme.

Macon observó a su padre con el estómago encogido. Cam tenía la espalda encorvada, el pelo ralo y gris y el rostro arrugado como unas botas viejas y Macon deseó no haberse ido nunca de casa; había echado de menos el rancho. Macon era hijo único y tardío y su padre ya tenía setenta y tres años.

«¿Por qué me obligaste a irme, Harper?», se preguntó Macon. Los años habían volado. Tenía la sensación de que había sido ayer cuando tuvo a la mujer que amaba entre sus brazos, y de que anteayer había perseguido a Cam por los prados con pantalones cortos, diciendo: «¿Cuándo vas a dejarme montar el caballo grande, papá?»

Recordó las palabras de su madre: «No puedo razonar con él. Tiene la tensión altísima y el médico dice que si no deja el rancho le dará otra embolia». Intentar evitar la muerte de Cam era lo único que podía haberlo convencido de volver al pueblo donde vivía Harper.

–El médico dice que con esa tensión debes jubilarte.

–Mi única tensión es que intentas quitarme el rancho –masculló Cam–. Por suerte, las mujeres tienen el sentido común de no casarse contigo.

–Prometiste jubilarte si me caso –dijo Macon.

–Cam siempre cumple su palabra –aseveró Ansel.

–Cierto –asintió Cam–. Pero no confío en oír campanas de boda, ahora que Harper ha escrito a todas las mujeres de China para prevenirlas sobre ti.

–Y las de Pine Hills son demasiado listas para liarse contigo –añadió Ansel.

–No exageres –se burló Cam–. Nancy Ludell lo sigue intentando. Y Betsy, esa profesora tan mona de Idaho. Y la esposa de tu amigo… ¿cómo se llama?

–Lois Potts –contestó Ansel.

–Eso es. Fuiste a la bolera con ella –dijo Cam con voz insinuante–. Lois es un buen partido, heredará Piensos y Semillas. ¿Por qué no te casas con ella?

–Quizá lo haga –farfulló Macon, aunque le daría igual casarse con una extraña. No contaba con enamorarse; ni siquiera sabía si era capaz de volver a hacerlo.

–¡Corre, Macon! –Ansel giró en redondo y miró por la ventana–. ¡Unas mujeres con traje de novia vienen hacia aquí!

–¡Se levantan el velo para sacarse los ojos unas a otras! Pelean por Macon como perros y gatos –Diego corrió hacia la puerta. Con voz chillona continuó–. Por favor, dejadme que me case con Macon para que planche sus camisas y le haga el amor.

–Dejadlo ya –advirtió Macon. Bostezó y estiró los brazos, maldiciéndolos entre dientes. Llevaba desde el amanecer arreglando una valla que había derrumbado una estampida de ganado. Solo había parado para ir al pueblo por el correo; así había descubierto las cartas.

–¿Qué cosas malas dicen de ti esas cartas? –preguntó Diego, entrecerrando los ojos. Macon se encogió de hombros y levantó una de las hojas de color rosa.

–«Querida Gong Zhu: –rezongó, ignorando el pinchazo de dolor que sintió al ver la caligrafía de Harper–. Te convendría pensar en qué razones puede tener Macon McCann para buscar esposa en una revista. Piénsalo. ¿Qué clase de hombre puede ser un americano que necesita buscar novia en China?».

Ansel, Diego y Cam soltaron una carcajada.

–Aquí hay otra: «Querida Carrie Dawn Bledscone: Te aviso de que en Pine Hills, Texas, hay una proporción de tres mujeres por hombre. Si Macon McCann fuera tan buen partido, ¿no crees que ya se habría casado con él una chica de aquí? Tiene treinta y cuatro años, así que han tenido tiempo de sobra» –Macon no pudo evitar una sonrisa, a pesar de su enfado–. No os perdáis esto, firma la carta: «Sinceramente, por solidaridad femenina».

–Hay que admitir que tiene buena mano para las palabras –rio Ansel.

–Esta otra va directo al grano –siguió Macon, recordando que Harper tenía buena mano para bastantes cosas más–. «Querida Ana González: ¡No vengas a Estados Unidos! Quédate en México, lejos de Macon McCann. Él es un diablo y Pine Hills un agujero polvoriento. Nunca llueve y el calor es insoportable» –Macon buscó otra carta–. «Pine Hills parece un lugar tranquilo, ¿verdad, Mirabella Morehead? Pues en cuanto se refiere a animales salvajes, Macon es solo el principio. Esto no es como Los Ángeles, aquí abundan las serpientes venenosas. Y la cultura es inexistente. No verás una película de estreno, ni un concierto.

–Tiene razón –a Diego se le saltaron las lágrimas de risa–. Aquí solo se oyen ranas y cigarras.

–Es culpa suya si odia esto –discutió Ansel–. Podría haberse ido, como decían su madre y ella. Iba un año adelantada y tenía una beca para irse a estudiar al Este.

–Se quedó para fastidiar a Macon –sugirió Cam.

–Por eso me fui a Houston –replicó Macon, aunque ninguno de los presentes sabía lo seria que había sido su relación con Harper.

–Bueno, amigo… –Diego lo miró compasivamente–, ahora has vuelto. Y lo único que se interpone entre este rancho y tú es Harper.

–Una adversaria temible –sonrió Ansel.

Macon, inquieto y harto de las burlas, se levantó, fue hacia la puerta y dejó que su mirada recorriera las verdes colinas y riscos que se veían a lo lejos.

–¿Por qué no me dejas en paz, Harper? –se preguntó.

Había puesto el anuncio en *Texas Men* para heredar el rancho, pero cuando nadie le contestó Macon sintió un vacío inesperado y tuvo que admitir la verdad: quería una esposa. Llevaba demasiados años intentando olvidar a Harper. Se merecía encontrar a una mujer a su lado cuando se despertara por la noche, poder tocar cada centímetro de su piel. Ella había disfrutado del calor de un hombre a su lado durante catorce años. Ella había disfrutado viendo crecer a un hijo. Ahora que no los separaban cientos de kilómetros, Macon necesitaba tener una mujer a su lado, aunque solo fuera para probarle a Harper que aún era capaz de hacerlo.

Ella tenía treinta y tres años y probablemente no se parecía nada a la chica que quiso, pero ni la distancia ni el tiempo habían hecho que la olvidara. Algunas navidades la veía paseando con Bruce y con su hijo, Cordy, y se le encogía el corazón; rodeaba con un brazo a la mujer que lo acompañara en ese momento, para dar la impresión de que iba en serio, y después volvía a Houston. Había tenido relaciones pero ninguna lo convenció, y, aunque echaba de menos Pine Hills, se sentía incapaz de vivir en el mismo pueblo que ella. Pero Bruce había muerto y Macon estaba allí para quedarse.

La primera vez que se vieron en la oficina de correos acordaron, sin palabras, evitar todo contacto. Desde entonces, él recogía su correo en silencio, pero con plena consciencia de que ella estaba tras el mostrador.

Esa mañana, cuando había llegado a la oficina de correos, un reloj de papel sobre el mostrador indicaba que Harper había tenido que salir unos minutos. Tras mirar el buzón, Macon no pudo resistir el impulso de echar una ojeada a su escritorio. Se quedó anonadado

al ver las respuestas que había escrito a sus pretendientes. Agarró las cartas y se las llevó para leerlas con tiempo.

Harper no tenía derecho a interponerse, ella se había casado. Aunque le caía bien su hijo Cordy, que había empezado a echar una mano en el rancho poco después de que Bruce muriera, Macon seguía odiando el hecho de lo hubiera tenido con otro hombre. Macon sabía que sexualmente había hecho feliz a Harper, pero suponía que Bruce le había ofrecido una relación más profunda y satisfactoria, que la llevó a casarse con él.

–¿Por qué no pude ser yo, Harper? ¿Por qué no me dejaste romper la cadena con la que te ataba tu madre? –se preguntó Macon, apretando los labios. Tenía que enfrentarse a ella por lo de las cartas, pero no había querido hacer una escena en la oficina de correos, el centro del cotilleo de Pine Hills, y tampoco quería ir a su casa. Estar cerca de la cama en la que se había entregado a su marido, le provocaba tanta tensión como la que sintió al verla por primera vez.

Ella tenía dieciséis años. Su madre y ella iban de camino a Tuscaloosa para vivir con unos parientes pero el coche se averió en Pine Hills y acabaron quedándose allí. A la madre le ofrecieron dirigir una lavandería y Harper pasaba allí las tardes que no se escapaba con Macon. No había un lugar del pueblo en el que no hubieran hecho el amor: el cementerio, la cantera, la orilla del lago de Star Point… Ni sus mejores amigos sabían el tiempo que pasaba con Harper, porque su madre era tan estricta que siempre se veían en secreto.

La mujer había muerto un año antes que Bruce, pero Macon nunca había dejado de odiarla. Ella sospechaba lo que había entre Macon y Harper y, siempre que lo veía, lo amenazaba con ojos fieros y voz cascada.

–Mi niña es más lista que tú. No necesita a los de tu ralea. Tú y yo sabemos que solo buscas lo mismo que todos los hombres. Pero ha conseguido una beca, no te necesita.

Macon, joven y rebelde, anhelaba decirle lo que opinaba de ella, pero no lo hacía por respeto a Harper. Suponía que, a su manera, quería a su hija, y eso era algo que él entendía perfectamente.

Pero Harper le falló. Esa mujer retorcida le había llenado la cabeza de prejuicios contra los hombres, simplemente porque uno la había abandonado a ella, cuando estaba embarazada de su hija.

El verano que acabaron el instituto, Macon le suplicó que se escapara con él y Harper aceptó. Esa noche, la esperó en su furgoneta, bajo unos árboles, cerca del Big Grisly Grill. Atenazado

por el pánico, se decía: «¿Dónde estás? No me dejes plantado. No permitas que gane tu madre».

Pero ella lo había permitido, y poco después se casó con Bruce y tuvo a Cordy. Macon volvió a la realidad.

–¿Pensando en la viuda? –preguntó Diego.

–No –negó Macon–. Pensaba en esa valla nueva.

–No dejes que esa mujer que te deprima –aconsejó Ansel–. Ya viste a su hijo, Cordy, cuando vino a echar una mano el sábado pasado. Está a punto de dejar el nido, y Harper busca distracciones. Es una entrometida, como la loca de su madre –Ansel frunció el ceño–. Un momento. Cuando estabais en el instituto, ¿no habría entre vosotros más de lo que sabemos?

–Claro que no –mintió Macon. Volvió a la mesa y miró otra carta: «Todo lo que has leído en la revista *Texas Men* es mentira. Este es el verdadero Macon McCann». Adjunta había una foto de un hombre entrecano, barbudo y macilento, con el doble de años que Macon–. Hasta Cam parece guapo comparado con este –dijo, con una sonrisa forzada.

–No me mezcles en tus problemas amorosos, hijo.

Su padre se negaba a jubilarse si no se casaba, así que Macon no tenía más remedio que conseguir que esas mujeres se pusieran en contacto con él.

–Supongo que más vale que me acerque a casa de los Moody –gruñó, poniéndose el sombrero. Harper no tenía derecho a abrir su correo. No podía olvidar lo que le había escrito a Chantal Morris: «Macon McCann no es el hombre para ti, no sería un buen padre para tu hijo, ni para el de nadie…». Harper no le había dado la oportunidad de demostrar qué tipo de padre sería–. Al menos le daré mi opinión.

–Ten cuidado, no vayas a darle nada más, Macon –advirtió Ansel.

–¡Que no se te caliente la mano! –añadió Diego.

–¿Oyes el chisporroteo, Diego? –preguntó Cam.

–Sí –respondió Diego–. Macon está al rojo vivo, como un hierro de marcar.

Macon apretó los labios, preparándose a afrontar la chispas que siempre surgían entre Harper y él. En otros tiempos, sus explosivas discusiones siempre habían terminado en la cama o, más bien, sobre un lecho de agujas de pino, o el asiento trasero del vehículo más cercano. Entonces, no podían dejar de tocarse y las disputas acababan con ella desnuda y Macon ardiente y duro entre sus piernas.

Pero de eso hacía mucho tiempo. Se enfrentaría a ella sin incidentes y todo sería diferente.

Capítulo Dos

Problemas a la vista –susurró Harper al ver la furgoneta roja de Macon enfilando hacia su casa. No debería haber dejado su puesto de trabajo esa mañana. Debía haber supuesto que él pasaría por la oficina postal mientras ella se peinaba y probaba sombras de ojos. No se maquillaba desde la muerte de Bruce, pero Macon había vuelto y no quería dar la impresión de haber envejecido.

Iba a pagar cara su coquetería. Cuando regresaba a la oficina correos vio a Macon salir con unas hojas rosas en la mano. Avergonzada, se ocultó para que no la viera.

Mientras Macon aparcaba bajo el sauce, Harper se recordó que no tenía nada que temer. Sería un placer contarle a Macon por qué había escrito a todas esas mujeres.

Macon salió de la furgoneta y cerró de un portazo. Simulando que no la veía observarlo desde detrás de la puerta mosquitera, miró a su alrededor y se fijó en un viejo arenero. Harper no lo había quitado por sentimentalismo, igual que había conservado los trabajos manuales de Cordy, su monopatín y su primera bicicleta. Nerviosa, vio cómo miraba la casa, el porche pintado de blanco, el columpio y las petunias que desbordaban de los maceteros de pino construidos por Bruce.

Cuando sus ojos se encontraron, Harper clavó los dedos en la puerta mosquitera, como si eso pudiera servirle de apoyo. Se quedó en blanco, incapaz de respirar o tragar saliva. Deseó que Cordy estuviera en casa e, inmediatamente, se sintió culpable por querer utilizar a su hijo, al hijo de ambos, rectificó, para que la protegiera de su propio padre. En cualquier caso, Cordy iba a pasar la noche en casa de su mejor amigo.

–Respira –se dijo, mientras él se acercaba. Pero le resultaba tan difícil como entregar las cartas de esas mujeres a Macon. Además, la preocupaban las bolsas que imaginaba tener bajo los ojos, la celulitis que había salpicado sus muslos de un día para otro y cómo había cambiado su cuerpo desde que cumplió los treinta años.

Macon, por supuesto, estaba estupendo. Se preguntó por qué había tenido que ser el único hombre sobre el que su madre no se había equivocado. Y por qué, después de tantos años, le dolía tanto verlo en el jardín de su casa. Se prometió no dejarse llevar por la ira; lo pasado, pasado. Además, mostrar cualquier tipo de pasión ante Macon, incluso la rabia, podía desembocar en algo que ninguno de ellos deseaba.

No era buen momento para recordar que, cuando hacían el amor, su pasión era tal que nunca llegaban a la cama. Ni para darse cuenta de que Macon se había duchado y cambiado de ropa; llevaba unos vaqueros limpios y una camisa blanca de manga corta y estaba aún más guapo que en la revista. Durante un segundo, pensó que se había cambiado por ella, pero recordó, enojada, que era viernes y que probablemente tenía una cita.

Él subió las escaleras y se detuvo al otro lado de la puerta mosquitera, mirándola con ojos ámbar teñidos de ira. Tenía el pelo revuelto y las ondas doradas brillaban con el sol del atardecer.

–Harper –dijo con voz ronca.

–Macon –replicó ella con calma. Era la primera vez que decía su nombre en voz alta ante él desde su regreso, y notó que se le aceleraba el corazón.

–Tenemos que hablar, Harper.

Por fortuna para ella, la puerta mosquitera los separaba. Cada centímetro de su piel reaccionaba cuando él se acercaba. Intentó convencerse, sin éxito, de que el calor que la quemaba no era pura lujuria, sino culpa del terrible calor veraniego de Texas.

–¿Hablar? ¿De qué?

–Sabes por qué estoy aquí –Macon sacó una hoja arrugada del bolsillo trasero del pantalón, la agitó y volvió a guardarla–. ¿Te importa que entre?

Ella se llevó una mano al pelo, y la mirada penetrante de Macon le hizo recordar que se lo había recogido en un moño alto, como a él le gustaba, dejando rizos sueltos que acariciaban sensualmente su cuello. Además, se había puesto un vestido blanco de tirantes, bordado con florecillas azules, muy escotado. Se pasó la lengua por los labios resecos, diciéndose que se había vestido así por culpa del calor.

–Será mejor que no entres –dijo con un suspiro.

Macon no se molestó en preguntar por qué. Lo sabía perfectamente. Se quedó callado un rato.

–Bueno –replicó al fin–. Supongo que tienes razón. Será mejor que no –sus ojos la miraron con una intensidad que la hizo temblar–. Entonces, ¿vas a salir tú?

–Creo que será mejor no salga –dijo ella. El escrutinio de Macon la estaba desmadejando, no se creía capaz de dar un paso.

–¿Te vas a quedar ahí, haciendo de barricada en la puerta? –él arqueó una ceja con impaciencia.

–No estoy haciendo eso –se defendió ella–. ¿Acaso debería hacerlo? ¿Necesito una barricada?

–No he venido para entablar una lucha de ingenio, Harper.

–Para eso harían falta dos personas con ingenio, Macon –Harper no pudo evitar una sonrisa.

–Sigues tan aguda como siempre –replicó él.

–Hoy en día, una mujer tiene que serlo –dijo ella, molesta por haber perdido el control de la conversación, pero pensando en las cartas y en los terribles problemas de todas esas mujeres.

–Sobre todo si se dedica a manipular el correo.

–No hacía falta que vinieras aquí. Podías haber llamado al sheriff.

–¿Para que te arrestara? Lo pensé, es muy tentador, pero hay que tener en cuenta a otras personas. ¿No pensaste en eso, Harper?

–¿Pensar en qué? –oírlo decir su nombre la había sobresaltado.

–En Cordy, tu hijo. Es un buen chico. No me gustaría verlo sin madre, y eso es lo que ocurriría si llamo al sheriff y te meten en la cárcel.

Ella se quedó sin respiración. Sabía que Macon y Cordy se conocían de vista, pero Macon hablaba con familiaridad, como si tuvieran una relación personal.

–¿No vas a denunciarme? –aunque sabía que debía agradecérselo, continuó–. No me digas que desde que estuviste en Houston tienes corazón.

–Yo siempre he tenido corazón –dijo él con expresión divertida y levemente acusadora, como insinuando que era ella quien lo había tratado mal a él.

–Si no piensas hacer nada, ¿por qué has venido? –inquirió ella, frotando una uña en la mosquitera.

–¿Quieres que haga algo, Harper? –replicó él con un tono ronco que intentó disimular, mientras paseaba los ojos por su escaso vestido. La insinuación era clara.

–¡Claro que no! –saltó ella, imaginando exactamente lo que estaba pensando hacer.

Él, sin dejar de mirarla, apoyó la mano en la mosquitera y le acarició el pulgar a través de la rejilla, el tiempo suficiente para que dejarle comprobar que su tacto aún hacía que saltaran las chispas.

–Por favor –rezongó Macon–. ¿Puedes dejar de hacer eso? –miró su mano y ella comprendió que seguía rascando el metal con la uña–. Me está volviendo loco.

–Quizá quiera volverte loco –dijo ella sin poder evitarlo. Él se quedó completamente inmóvil.

–He venido porque lo que has hecho es ilegal, Harper. Y tú lo sabes –explicó con el ceño fruncido.

Lo sabía, y también sabía que si él seguía mirándole el escote perdería el control.

–Tú deberías ser ilegal –dijo.

–Me lo tomaré como un cumplido.

–No es un cumplido –dijo ella alzando la barbilla con orgullo. Odiaba que su sonrisa le hiciera recordar lo bien que besaba. Quería evitar que su voz grave acariciara su cuerpo como una ola, pero era imposible. Temblaba de arriba abajo y tenía el corazón desbocado.

–¿No? ¿Qué era entonces? –Macon, al no recibir respuesta, puso la mano en el pomo. Ella lo miró fascinada. Siempre le habían encantado sus manos, grandes, de dedos finos y bronceados, manos de trabajador.

–Macon –consiguió decir cuando él entró en el oscuro vestíbulo, obligándola a dar un paso atrás–. Estoy segura de que no te he invitado a entrar.

–Nunca tuviste buena memoria –dijo él. Ella lo miró estupefacta. ¿Acaso recordaba él que había estado con Lois Potter la noche que se suponía que iba a escaparse con ella?–. Voy a entrar, Harper. Fuera hace calor.

–Esto es Texas. Hace calor en todos sitios.

Pensó que hacía mucho más calor dentro, con Macon en el vestíbulo. Pero él tenía razón, la casa estaba oscura y fresca. Abría las ventanas por la noche y bajaba las persianas por la mañana, y aunque Bruce había instalado aire acondicionado, normalmente no hacía falta, cosa rara en Texas.

A Macon no parecía importarle su ansiedad. Colgó el sombrero y paseó los ojos escaleras arriba. Cuando miró por el arco que llevaba a la sala, ella se dio cuenta de que la habitación estaba llena de cosas de Bruce. Libros de Historia con tapas de cuero llenaban las vitrinas y su colección de gafas antiguas ocupaba la repisa de la chimenea. Bruce tenía una mente muy inquieta, su hobby era la Historia y era muy perceptivo. Harper sospechaba que siempre supo que no había conseguido olvidar a Macon.

–Perdona –se excusó de repente, deseando que Macon se marchara–. Sé que has encontrado las cartas. Te vi salir de la oficina de correos. Yo… no sé por qué las escribí.

–Harper –la miró con fijeza–, hace años que te conozco. Siempre sabes por qué haces las cosas.

«No siempre», negó ella para sí. No sabía, ni quería saber, por qué había empezado a preocuparse por su aspecto, ni por qué se había puesto ese vestido, se había hecho un moño y se había perfumado.

–Estaba cumpliendo un deber cívico –admitió.

–Vaya, vaya –se burló él, con expresión divertida–. eso suena muy patriótico. Apuesto a que el gobierno de Estados Unidos está deseando poder contar con más jefas de Correos como tú, Harper.

–Macon –replicó ella, molesta por sus burlas–, no puedes atraer a mujeres indefensas de esa manera. La mayoría de las que respondieron a tu anuncio necesitan ayuda –soltó un suspiro exasperado–. ¡Deberías haber leído esas cartas!

–¿Eso crees? –preguntó él con voz sedosa, inclinando la cabeza y alzando una rubia ceja.

–¡Sí, claro que sí! –afirmó ella.

–Diablos, también yo. ¡Esas cartas eran para mí!

–Había adolescentes embarazadas –se defendió Harper; el ardiente deseo que sentía por Macon se mezclaba con la furia que le provocaban esas cartas–. Madres sin medios para alimentar y vestir a sus hijos, o inmigrantes que necesitan la nacionalidad. Algunas están tan solas que no lo soportan más.

–Y tú, ¿te sientes sola, Harper? –la miró tranquilamente, como si esas terribles situaciones no lo afectaran.

Fue como si la abofeteara. Harper sabía lo que era un embarazo en la adolescencia, y lo que era tener una madre que apenas ganaba para mantenerla. *Y*, maldito fuera Macon, sí se sentía sola. Habían pasado dos años desde la muerte de Bruce, y verlo allí le recordaba que hacía mucho que nadie la acariciaba.

–¡No puedes jugar así con la vida de la gente! –exclamó.

–¿Quién dice que estoy jugando? –la miró con curiosidad.

–¡Había olvidado lo imposible que eres! –soltó ella. En cambio, recordaba demasiado bien el calor de su boca y el tacto de sus manos en la piel–. No tienes ni idea, Macon –suspiró con frustración–. Nunca te faltó de nada, pero algunas de esas mujeres no tienen dónde ir.

–Entonces, ¿por qué no dejar que vengan aquí?

–¿Por qué no? –repitió ella, estupefacta.

–Si no les hubiera escrito, podrían haberlo hecho –dijo él con tono razonable pero levemente amenazador–. ¿Puedes explicarme por qué estás interfiriendo en mi vida amorosa?

–¿Vida amorosa? –los labios de Harper se entreabieron de asombro.

–Sí, vida amorosa –repitió él con dureza.

–¿Desde cuándo se llama «vida amorosa» a relacionarse con desconocidas, Macon? –se preguntó si él creía que estaba celosa. Peor aún, tuvo que preguntarse a sí misma si lo estaba–. Macon,

anunciarse en *Texas Men* buscando esposa no es ninguna broma.

–¿Acaso me río yo? –gritó él, furioso.

–Sí –explotó Harper. Se apoyó en la pared y se cruzó de brazos. La mirada de Macon le hizo comprender que esa postura realzaba sus pechos–. Creo que te estás riendo. Estoy segura de que Ansel Walters y tú habéis hecho una apuesta, o algo así. De que te retó a poner el anuncio. ¿Por qué ibas a hacerlo, si no?

–¿Quizá porque quiero casarme? –sugirió él.

–Por favor –se mofó ella–, tiene que haber algo más. Llevas aquí dos meses, Macon y… bueno, he oído decir que ya te has acostado con todas las mujeres disponibles del pueblo.

–Puede que también con alguna de las no disponibles –rio él–. ¿Cómo sabes con quién me he acostado, Harper? No recuerdo haberte visto en mi cama.

–Tienes tantas mujeres que no te acordarías –movió la cabeza con desagrado–. ¿Cómo puedes tomarte esto a la ligera? No esperarás que me crea que vas a hacerte monógamo cuando aparezca en tu puerta una adolescente embarazada o una inmigrante ilegal, ¿verdad? –negó con vehemencia–. No me lo creo.

–¿Por qué no?

–Porque te conozco –dijo ella, recordando su incasable virilidad. El corazón se le estaba desbocando de nuevo, y si no conseguía respirar, iba a marearse. Tenía que detener esa locura–. Trabajo en la oficina postal, me entero de todos los cotilleos, Macon.

–Supongo que dicen cosas muy jugosas de mí, ¿no?

–Yo no elijo escuchar cotilleos –dijo ella, sin dignarse a contestarle–. Ni te cuento esto para que te diviertas. ¿Vas a negar que Nancy Ludell y tú estuvisteis en el Big Grissly Grill hasta las cuatro de la mañana el sábado pasado? ¿O que a la mañana siguiente desayunaste con la maestra, Betsy, antes de llevar a tu madre a la iglesia? –hizo una pausa y lo miró con fijeza–. ¿O que fuiste a la bolera de Opossum Creek con Lois Potts?

–Unos cargos muy graves –aseveró él con solemnidad–. Me merezco la silla eléctrica por ir a la bolera, y lo de la iglesia… bueno, una inyección letal, ¿no crees?

–No tendré tanta suerte –murmuró ella–. ¿Niegas que estuviste enseñando a una menor a conducir la semana pasada, y que cuando tu furgoneta cayó en la cuneta…? –se detuvo al oír la risa incrédula de Macon.

–Harper –advirtió, mirándola como si hubiera caído en la mayor bajeza posible–, era la sobrina de Diego.

–Esa vez puede que sí –dijo ella, ignorando la oleada de alivio

que la embargó–. Pero no se trata de eso. Todo el pueblo sabe lo que haces, por eso buscas una… –fue incapaz de decir la palabra esposa– mujer de fuera.

Macon tensó la mandíbula. Durante un segundo, Harper creyó que estaba planteándose agarrarla y no supo si reaccionaría escapando o cayendo en sus brazos.

–Maldita sea, Harper. ¿Desde cuándo te interesa tanto lo que hago con otras mujeres?

–¡No tengo elección! ¡Alguien debe interesarse! –exclamó convencida–. ¿No lo entiendes, Macon? ¡Algunas de esas mujeres ni siquiera hablan inglés! ¿Qué tipo de relación ibas a tener con ellas?

–¿Una relación basada en algo que no necesite palabras? –sugirió él con los ojos ardientes de ira.

–Esperaba que hubieras cambiado con los años –suspiró ella.

–¿Con los años? Solo tengo treinta y cuatro, Harper. Estoy en pleno rodaje.

–Eso es patente por tus aventuras en Pine Hills –tragó saliva e intentó controlar la voz–. Por eso escribí a esas mujeres, Macon, no estás preparado para casarte.

–Tú no eres quién para decidirlo.

–¿En serio quieres hacer de alguien una mujer honrada? ¿Quieres tener hijos? –las palabras «mujer honrada» hicieron que se sintiera culpable por no haberle dicho nunca lo de Cordy.

–¿Tienes algún problema con eso?

Ella lo maldijo para sí. Por supuesto que iba a ser un problema vivir en el mismo pueblo que Macon McCann si se casaba con una de esas jóvenes bellezas que le escribían.

–¿Vas a casarte con una desconocida, Macon? ¿Tener hijos con ella?

–Tú tienes a tu hijo –dijo él con rostro muy serio–, debes saber lo gratificador que es.

«Nuestro hijo, Macon. ¿No te has dado cuenta de Cordy es tuyo y mío?»

–Lo que haces no tiene sentido –consiguió decir con un hilo de voz–. Conoces a muchas mujeres, ¿por qué buscar una desconocida? ¿Y por qué has vuelto? –ella llevaba años deseándolo y temiéndolo–. Todos decían que Houston te encantaba, que no ibas a volver.

–Cam tiene problemas de salud –explicó él, tras un leve titubeo.

–Oh, Macon –instintivamente, le tocó el brazo. Un segundo después, al notar el estremecimiento de su piel, supo que tocarlo era un grave error. Dio un paso hacia atrás–. Lo siento mucho, Macon.

–Ha tenido una embolia y ha perdido movilidad en el brazo izquierdo. Tiene que vigilar su tensión arterial. Bajar el ritmo.

–¿Se pondrá bien? –preguntó Harper, pensando que ella también debía bajar el ritmo; seguía sintiendo el calor de la piel de Macon en las yemas de los dedos.

–Solo si deja de trabajar en el rancho –Macon se quedó callado, mirando sin disimulo el escote de su vestido. Endureció el rostro–. Voy a casarme, Harper. Voy a establecerme en Pine Hills, y no pienso hacerlo solo –con voz ronca, añadió–: Quiero una mujer.

Al oír esa cruda expresión de deseo viril, a Harper le temblaron las rodillas. Sus ojos se cruzaron y sintió la corriente eléctrica que siempre había habido entre ellos.

–Supongo que no quería que otra pobre mujer acabara perdida en Pine Hills, como mi madre –dijo. Era lo más cercano a una disculpa que estaba dispuesta a ofrecerle por haber escrito las cartas.

–Podrías haberte ido, Harper –miró a su alrededor–. Me parece que no te fue nada mal en este pueblo –murmuró, como si ella no estuviera allí. Volvió a mirarla–. ¿Por qué te casaste? Fue muy rápido. Ni siquiera sabía que estabas viéndote con Bruce. Entonces no era más que… un farmacéutico.

Harper habría jurado que su voz sonaba dolida. Lo miró atónita mientras Macon se acercaba. Percibió el calor de su cuerpo y no pudo evitar que se le erizaran los pezones bajo el ligero vestido que nunca debería haberse puesto. Macon se dio cuenta y su voz se convirtió en un ronquido bajo que desarmó a Harper. Un intenso cosquilleo recorría todo su cuerpo.

–¿Por qué, Harper? –insistió–. ¿Por qué te casaste?

Harper se preguntó qué podía importarle a él y por qué quería saberlo ahora. ¿No podía haberse quedado en Houston y dejarla en paz?

–Te contaré mis motivos para casarme cuando me cuentes los tuyos –dijo, aunque debería haber contestado que quería a Bruce.

–Tocado –susurró él. Harper notó su aliento en el cuello y comprendió que su boca estaba demasiado cerca. De repente, sintió el roce de su muslo y unos dedos le agarraron el brazo–. He venido a aclarar unas cuantas cosas –murmuró él, como si le faltara el aire.

–Estoy esperando –replicó ella, mareada.

–Nunca esperaste, Harper –recriminó él, apretando los dedos, casi haciéndole daño. Enfadada, intentó dar un paso atrás y comprendió que estaba contra la pared.

–Guárdate las frases agudas para tu futura esposa –escupió–.

Fuiste tú quien se marchó de Pine Hills.

–Pero he vuelto –los ojos de Macon capturaron lo suyos con fiereza–. Este es un pueblo pequeño, pero tendrá que ser suficientemente grande para los dos. A partir de ahora, deja mi correo en paz, yo olvidaré lo de las cartas y no te denunciaré.

–Gracias –dijo ella tragando saliva.

–De nada –inspiró con fuerza y ella notó cómo lo afectaba el olor de su perfume–. Sé que pensabas irte de aquí hace años –dijo Macon–, pero te casaste con Bruce y las cosas no han salido como esperabas; por eso te metes en mi vida. Estás enfadada porque yo me marché y cumplí mis sueños, Harper. Pero te perdono.

Harper sintió un terrible dolor al darse cuenta de lo poco que la entendía. Ella no había sabido dónde acababan los sueños de su madre y dónde empezaban los suyos. Su madre odiaba Pine Hills y quería que Harper huyera. Pero a Harper le gustaba hacer los deberes en la lavandería, escuchando el rítmico sonido de las secadoras y las bromas de los clientes. Y le encantaban sus escapadas con Macon. Aunque sabía que era inteligente, nunca sintió la necesidad de ser alguien importante.

–Quizá tuviera otros sueños, Macon –«Como irme de aquí contigo», pensó sin decirlo. Recordó la voz de su madre: «¿Crees que le importas a ese hijo de ranchero? De eso nada. Es el más rico del pueblo. Para él eres una chica cualquiera que acabará trabajando en una lavandería, como tu madre».

–¿Harper? –Macon la devolvió a la realidad.

–Siento lo que hice, Macon –dijo, consciente de que debía conseguir que se fuera de allí–. De veras. Por favor, ahora márchate.

–¿Y si no quiero hacerlo? –él acercó más la cabeza.

Harper no podía apartar los ojos de su boca. Sin lógica alguna, pensó que no le costaría nada besarla. Según se rumoreaba, andaba por ahí besando a todo el mundo. Quizá si volvía a probar unos de esos besos, conseguiría olvidarlo, por fin.

–¿Y si quiero quedarme? –insistió él.

–Siempre has hecho lo que has querido, ¿verdad, Macon McCann?

–Entonces, está claro que no voy a dejar de hacerlo ahora –gruñó él, frotando el cuerpo contra ella. Harper sintió el roce de sus caderas y el crujido de la tela vaquera. No había imaginado que estaba excitado, pero no le cupo ninguna duda de ello. Lo sintió tan duro y caliente que le temblaron las piernas.

–¿Dónde está Cordy? –preguntó él.

El nombre de su hijo le devolvió la cordura. Pero Macon estaba

demasiado cerca, ¿cómo podía luchar contra lo que sentía? Aunque incapaz de admitirlo, sabía que probablemente había forzado a Macon a ir a verla al escribir esas cartas. Y además, el vestido seductor, el moño y el maquillaje daban mucho que pensar.

–¿Dónde está? –insistió él con voz ronca.

Harper sintió su labios en el pelo y se le disparó el corazón. Empezó a darse órdenes mentales: «Apártate. Abre la mosquitera. Sal afuera y respira hondo. Despéjate, Harper». Pero los ojos ambarinos que se clavaban en sus labios la tenían paralizada.

–¿Dónde, Harper?

–No está aquí –admitió, a su pesar. Fuego, fue lo único que pudo pensar un segundo después, cuando la boca de Macon capturó la suya.

Fuego. Con deseo desbocado, Macon abrió sus labios empujando lentamente con la lengua. Rodeó su cintura con fuerza y cerró la puerta de una patada. Echó el cerrojo sin dejar de acariciarla con la lengua, enloqueciéndola.

Harper comenzó una anhelante escalada al paraíso, gimiendo al sentir las fuertes manos que acariciaban sus pechos y su vientre mientras desabrochaban los botones delanteros del vestido. Bajó la mano y posó la palma en su fuerte muslo, antes de deslizarla hacia la zona íntima que tan bien conocía. Estaba muy excitado, grande y palpitante, y el calor atravesaba la tela vaquera. Justo cuando cerró la mano sobre su miembro, él deslizó su vestido hacia atrás, quitándoselo de los hombros.

Era increíble lo que ese hombre podía hacer con ella, nunca había sentido lo mismo con Bruce. Macon la miraba con ardor, devorando su vientre y sus sencillas bragas blancas con los ojos. Tiró suavemente de su vello púbico a través de la seda y después le quitó el sujetador. Se sintió bellísima al ver cómo miraba sus pechos desnudos y erectos.

–He echado esto de menos, Harper –jadeó él. Con ambas manos, levantó y amasó sus pechos sin piedad. Después, su boca húmeda atrapó uno y soltando un gruñido ronco se clavó contra ella, moviendo las caderas. Ella se arqueó, gimiendo, mientras él mordisqueaba y lamía su pezón erecto, excitándola hasta la locura. Tras una larga tortura, Macon alzó la cabeza–. Mírame, Macon –ordenó.

Ella obedeció y el pasado quedó en el olvido. Solo había presente: la luz y las sombras jugueteando en su rostro, la calidez del deseo que brillaba en sus ojos y por fin, su boca abrasando de nuevo el pecho ya húmedo de saliva. Enredó los dedos en su

cabello, y sollozó al sentir el roce de sus dientes. Jadeando, inhaló su aroma varonil, sintiendo que volaba como una cometa, mientras él le bajaba las bragas con urgencia.

–Tranquila, Harper –la calmó, entreabriendo sus rodillas y deslizando los pulgares por sus muslos, cada vez más alto. Cuando alcanzó su meta y acarició la perla que había dejado al descubierto, ella estaba tan perdida que apenas oyó el ruido de la cremallera al bajarse. Se hundió en un torbellino de húmeda oscuridad al sentir la presión de sus muslos. Llevaba tanto tiempo esperando eso… esperándolo a él. Mareada, se colgó de sus hombros. Entre las piernas, sintió el roce de su vello alborotado y áspero, y la suavidad sedosa de su erección. Era tan grande que gimió al sentirlo, y él respondió, besando sus labios una y otra vez–. Harper…, oh, Harper.

Seguía perdida en la oscuridad, cuando la primera embestida alzó su cuerpo. Echó la cabeza hacia atrás, clavó los dedos en sus fuertes hombros y comenzó una larga escalada con cada furiosa acometida y cada beso que la llevaba a la cima.

–No he… No… –murmuró él contra su mejilla.

«¿No acabarás dentro de mí? Esa es una vieja promesa», pensó ella. La cabeza le daba vueltas. «Dios mío, ¿qué estoy haciendo?».

Pero hacía años que lo deseaba. Desde que Bruce murió, no podía evitar imaginarse haciendo el amor con Macon, cuando intentaba paliar su soledad.

De repente, comenzó un vuelo en caída libre, la fuerza de su clímax la hizo temblar como una hoja. Un segundo después, con un gemido ronco, él se retiró. Volvió a gemir con fuerza y ella sintió su húmeda descarga. Tuvo una sensación de pérdida tan intensa que le pareció que su corazón se iba con él. Atónita y desconsolada. se preguntó cómo habían llegado a eso. Macon había ido a verla por la cartas y de pronto…

Afirmó las piernas y sus manos volaron a cerrar el vestido. Se subió las bragas rápidamente y para cuando sus dedos temblorosos acabaron con los botones, él se abrochaba el cinturón. Y lo que era peor aún: Macon sonreía.

–¿Sigues aquí, Harper?

Ella se preguntó si sabía que se sentía abierta en canal, que todo su cuerpo seguía palpitando. Decidió que, a juzgar por su sonrisa, lo sabía perfectamente.

–No sé cómo ha ocurrido esto –murmuró.

–Creía que ahora las cosas podrían ser diferentes –dijo él. La miró un momento y, poco a poco, la sonrisa se esfumó de su rostro.

«Diferentes ¿de qué, Macon? ¿Diferentes de cuando fui a decirte que estaba embarazada y te encontré en tu furgoneta con Lois Potts? ¿Diferentes de cuando te marchaste a Houston sin mí?», pensó Harper.

–¿Diferentes? –musitó con un nudo en la garganta.

–Pensé que… ahora que no está Bruce y Cordy es mayor… Cordy y yo nos llevamos bien.

–¿Os lleváis bien? –Harper se puso tensa.

–Ya sabes que trabaja para mi.

–¿En el rancho? –Harper no lo sabía y le dio un vuelco el corazón. Macon frunció el ceño.

–¿No te ha dicho que lo contraté para trabajar los sábados?

Harper creía que Cordy llegaba sucio los sábados porque jugaba al fútbol. Se preguntó por qué no le había dicho nada. Tenía una paga muy generosa y su propio coche, y le había prometido concentrarse en sus estudios ese verano. Después de lo que acababa de ocurrir entre Macon y ella, esa noticia la dejó anonadada.

Macon estaba abriendo la puerta, como si deseara estar en cualquier lugar de mundo que no fuera un vestíbulo oscuro, con ella al lado.

–Supongo que opinas que arruinaré a tu hijo, como haría con mi futura esposa –dijo Macon, sin disimular su enfado–. No te preocupes, Harper, le diré a Cordy que ya no lo necesitamos en el Rock 'n' Roll –se encogió de hombros–. Veo que no lo sabes todo de tu hijo.

–Tú tampoco, Macon –musitó ella con tristeza.

–Me ha gustado verte, Harper –recogió el sombrero y se lo puso.

Después de lo que acababa de ocurrir entre ellos, a Harper le pareció que sus palabras se quedaban muy cortas. Tenía los labios hinchados, mechones de pelo pegados al cuello por el sudor y el vestido arrugado. Cruzó los brazos sintiéndose ridícula.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir de lo que acabamos de hacer?

–¿Qué quieres, Harper? –la miró con calma–. ¿Un análisis detallado? ¿Un informe?

–No –Harper se sonrojó–, pero…

–Si se me ocurre algo, te enviaré una postal –cortó él–. Tengo la impresión de que eres una de las personas del pueblo que aún recibe su correo –Macon se dio la vuelta, salió y cruzó el porche. A mitad de camino, se quitó el sombrero, lo agitó una vez y dijo por encima del hombro–: Lo decía en serio. Me ha gustado mucho verte, Harper.

–Encantada de satisfacerte, Macon –replicó ella con voz falsa y azucarada, mirando su espalda con odio. Oyó una breve risa grave como respuesta.

Indignada, lo miró a través de la mosquitera. Se lo haría pagar caro. Aún no sabía como, pero se le ocurriría algo. Y cuando Cordy volviera a casa, iban a hablar muy seriamente de su trabajo en el rancho. Siguió observando a Macon hasta que, rodeando los macizos de flores, se subió a la furgoneta.

–Es como ver una película marcha atrás –susurró, desgarrada por emociones contradictorias. Pero habían ocurrido muchas cosas desde el pasado, y durante la corta pero agitada visita de Macon. Él había cruzado el jardín con la camisa por fuera, como si quisiera anunciar a todo el vecindario que acababa de vestirse. Cuando arrancó la furgoneta, tuvo la poca vergüenza de tocar la bocina, como si insinuara que pronto volvería por más de lo mismo.

–Nunca más, Macon McCann –juró ella entre dientes–. Esta vez lo digo en serio. Nunca más.

Capítulo Tres

Macon se juró que era la última vez que Harper lo incitaba para luego rechazarlo. Deberían colgarla por ponerse ese pecaminoso vestido salpicado de flores azules como sus ojos, y por no ocultar a la vista esos senos suaves como el satén, que tan bien recordaba.

Mientras cabalgaba de vuelta al rancho, tras revisar la valla nueva, apenas se fijó en la luna casi llena, ni en la nubes que un sol rojo como la sangre teñía de naranja y morado mientras se ocultaba tras las colinas verdes. Solo veía el cuerpo y el pelo rubio que había acariciado horas antes. Seguía pensando en esa engañosa fachada de niña rubia e inocente, que ocultaba unos ojos azules demasiado despiertos y unos labios sensuales que ardían a la espera de un beso.

Disculpó su poca fuerza de voluntad pensando que, al menos, se había marchado con dignidad. ¿Cómo podía resistirse a ese cuerpo que encajaba tan perfectamente con el suyo, a esa piel suave como la seda bajo su boca o a los susurros incoherentes que le suplicaban que apagara su calor? Macon maldijo en voz alta, intentando olvidar la quemazón y el alivio que había sentido al penetrarla…

Pero Harper no se fiaba de él. Si lo hiciera no habría escrito a esas mujeres, ni lo hubiera mirado horrorizada cuando se enteró de que había contratado a Cordy. No le habría reprochado que saliera con mujeres, ¡algo que solo hacía para guardar las apariencias ante ella!, o insinuado que era un donjuán, algo totalmente falso. Lo cierto era que Harper quería sexo, pero él siempre había deseado más: amor, compañía, matrimonio e hijos.

Aunque ya no, al menos con ella. A juzgar por lo visto, Harper llevaba tanto tiempo sin disfrutar del sexo como él, quizá desde que Bruce murió. Macon tuvo que admitir que, sin Bruce, envidiaba esa casa tan hogareña: desde el arenero de Cordy, pasando por las petunias, hasta los libros de las vitrinas del salón.

Macon quería construir una casa familiar en el prado oeste del Rock ’n’ Roll. Quería niños que le hicieran las mismas preguntas que él le había hecho a Cam: «¿Muerden las vacas? ¿Por qué no puedo comer hierba y las vacas sí?». Si no se daba prisa, sería el último de los McCann. Dejando de lado las burlas de Cam, sabía que sus padres estaban deseando que tuviera familia.

Por eso tenía que olvidarse de Harper.

Macon desmontó, soltó el caballo y entró al despacho. Echó un vistazo a las cartas; ninguna incluía fotografías. Pero lo importante

no era el aspecto, sino la personalidad, justo lo que fallaba en Harper.

Leyó las cartas cuidadosamente. Harper no le había mentido: guerras, trágicas historias de amor y separación, idiomas incomprensibles para él y malas traducciones al inglés. Se mordió el labio con frustración. Harper tenía razón, ¿cómo iba a comunicarse con una mujer que no hablara inglés? Sabía suficiente español para apañarse en Tijuana, pero eso era todo.

–Tienes que encontrar a alguien –masculló–. Por el bien de Cam –añadió con resolución. Su mente traidora rememoró los muslos de Harper abriéndose, pero después pensó en el columpio del porche donde debía de haberse sentado con Bruce miles de veces. Sintió una opresión en el pecho. Ella había tenido compañía durante años, y ahora tenía un hijo adolescente y el recuerdo de su marido para paliar su soledad.

Él no tenía nada. Solo la esperanza de que casarse con otra mujer le hiciera olvidar la sedosa piel de Harper. Volvió a considerar a las mujeres del pueblo. Lois Potts y Nancy Ludell estaban divorciadas y buscaban marido, y también Betsy, la maestra de Idaho. Ninguna lo convencía, así que eligió las únicas cinco cartas escritas en inglés correcto. Chantal Morris, una chica embarazada de diecisiete años. Una peluquera de treinta años que trabajaba en rodajes de películas, en Los Ángeles; nunca había visto un rancho pero estaba deseando quedarse embarazada. Ana González dejaba entrever que buscaba la nacionalidad estadounidense. Judith Stone, una divorciada de Nueva York, se aburría desde que sus hijos se marcharon de casa; trabajaba en un hogar de acogida a mujeres maltratadas y no confesaría su edad hasta que llevaran muchos años casados. La última candidata era una Carrie Dawn Bledscoe, «una chica del campo, sencilla y hogareña» que escribía desde Virginia y estaba desesperada por casarse con un vaquero.

Encontró algo conmovedor en las cinco cartas y, como de veras quería ayudar, buscó papel y bolígrafo y empezó a escribir.

Querida Chantal:

Parece que te va muy mal en Missouri, así que te adjunto un billete para que vengas a Pine Hills, Texas. He recibido tantas respuestas a mi anuncio que he invitado a cinco finalistas al rancho. Supongo que eso suavizará la tensión mientras nos vamos conociendo. Hay sitio de sobra en la casa y planificaré una semana llena de actividades para que conozcáis a mi familia y la vida en el rancho. Te aseguro que lo

pasaremos bien, independientemente de a quién elija. Pero, como decía en mi anuncio, quiero casarme pronto, así que el último día habrá un sacerdote presente…

–¿Qué? –Cordy Moody recorría el despacho como un animal enjaulado. Cuando se quitó el sombrero de paja y el pelo rubio ceniza cayó sobre sus ojos azules, Macon deseó que no se pareciera tanto a su madre–. ¿Estas despidiéndome? –rugió.

–Yo no lo expresaría así, Cordy…

–¡No puedes hacerlo!

Macon hizo una mueca, odiando lo que estaba haciendo. Personalmente, pensaba que Cordy necesitaba el trabajo. Se llevaba bien con los hombres y estaba poniéndose muy fuerte. Macon suponía que, con su rostro y su físico, no le faltaban las chicas.

–Lo siento –se obligó a decir, sabiendo que echaría al chico de menos–, pero no tengo otra opción. Ayer hablé con tu madre, Cordy –explicó Macon, pensando que llamarlo «hablar» era más que un eufemismo.

–¡Esto es increíble! –interpuso Cordy.

A Macon también se lo parecía. Esa mañana, aún enfadado, había ido a la oficina postal de Opossum Creek donde, sin problemas, envió por correo urgente las cartas que había escrito la noche anterior. En cuanto regresó al rancho, llamó a Cordy.

–Deja que adivine –Cordy soltó un gruñido y su rostro angular adquirió un aspecto maduro–. Está enfadada porque no le he dicho que trabajaba. ¿Por qué iba hacerlo? No lo habría permitido.

–Creía que os llevabais bien.

–Supongo que sí –Cordy se encogió de hombros–. Pero no quiere que trabaje. Es demasiado protectora, aunque saco buenas notas. He sacado sobresaliente en todas las asignaturas menos en Historia.

–¿Has suspendido Historia? –preguntó Macon, pensando que quizá por eso Harper no quería que trabajara. Todos sabían que la Historia era el hobby de Bruce.

–Saqué un notable –Cordy lo miró fijamente–. ¿Por qué nadie confía en mí? Mi madre necesita vivir su vida. No ha salido con nadie… –hizo una pausa– desde que murió papá.

–Bueno, Cordy, estoy seguro de que tu madre… –se atragantó al pensar en todo lo que podía hacer Harper–, saldrá con alguien antes o después.

–No lo hará. Está demasiado ocupada vigilándome. Me agobia –aseveró él. A Macon no le costó creerlo; Harper no se lo había

pensado dos veces antes de abrir su correo personal y contestarlo.

–Las madres son así, Cordy. Pero te quiere.

–Demasiado –Cordy se dejó caer en una silla–. Y encima tú te pones de su parte –acusó–. Te ha dicho que me despidieras, ¿no? Quizá te pagó para que lo hicieras. No quiere que me enfade con ella, así que te ha pedido que hagas el trabajo sucio.

–No te estoy despidiendo, Cordy –en contra de su buen juicio, añadió–. Quizá podría hablar con ella.

Su intención era evitar a Harper hasta que llegaran sus invitadas, pero Cordy quería trabajar y no era culpa suya haber elegido el Rock 'n' Roll. No podía saber que entre su madre y él había «historia». Y muy reciente, a juzgar por lo ocurrido el día anterior.

–Quizá te deje trabajar en otro sitio. En la heladería, o en la bolera de Opossum Creek –sugirió.

–¡Trabajo aquí!

–No es más que un rancho –le recordó Macon, sin entender por qué el chico, que solía ser muy razonable, se lo tomaba tan a pecho.

–No, no lo es.

Macon se mordió el labio. Pensara él lo que pensara, Harper era su madre. Pero tampoco quería que Cordy creyera que no valoraba su trabajo.

–Tu madre y yo tuvimos relaciones hace tiempo –explicó, eligiendo sus palabras cuidadosamente, mientras pensaba que ese tiempo se remontaba a catorce horas antes–. A ella… bueno, no le gusta que tú y yo nos relacionemos. Creo que la preocupa… –hizo una pausa–, mi reputación en el pueblo.

–¿No quiere que venga aquí porque sales con todas esas mujeres? –Cordy lo miró boquiabierto–. ¿Qué hay de malo en que un hombre tenga algunas novias?

–Quizá cree que la cosa es más seria de lo que es –apuntó Macon diplomáticamente–. Opina que este ambiente no es el más adecuado…

–¿Ambiente? –Cordy lo miró estupefacto–. ¡Reúno al ganado para que Diego ponga vacunas! La semana pasada limpié los establos. Llevo dos años trabajando aquí, Macon.

–Y mintiendo a tu madre sobre lo que haces los sábados –Macon vio que Cordy se sonrojaba–. Oye, que no quiera que trabajes aquí es por cosas… que no puedo explicar. Pero no tiene nada que ver contigo.

–Estás muy equivocado –Cordy lo miró fieramente–. Sé por qué está enfadada. Es porque Bruce no era mi padre.

–¿Qué tonterías estás diciendo? –Macon entrecerró los ojos, sintiendo una oleada de ira.

–Que mi padre era otro. Él me dijo que no es mi padre. Es decir, si lo es, porque me educó y todo eso, y seguirá siéndolo, aunque haya muerto. Pero fue otro quien la dejó…

–¿Embarazada? –Macon no daba crédito a sus oídos–. ¿Quién?

–Tú –replicó Cordy, poniendo los ojos en blanco, como si lo asombrara la estupidez de Macon.

–¡Despacio, Macon! –gritó Cordy agarrándose al salpicadero–. Si crees que mamá está enfadada porque trabajo para ti, ¿qué crees que hará si estrellas el coche y me matas?

Macon, comprendiendo que el chico tenía razón, dejó la carretera que llevaba a casa de los Moody y detuvo el coche. Había escuchado todo lo que Cordy tenía que decir: cómo había empezado a sospechar al oír, involuntariamente, algunos comentarios de Harper y Bruce y al notar lo nerviosos que se ponían cuando Macon visitaba el pueblo. Macon se sentía como si todo su mundo se tambaleara.

–No debería habértelo dicho, Macon –dijo Cordy, mirándolo de reojo con aire incómodo.

–Sí, claro que sí; has hecho bien –Macon, con el corazón encogido, miró ciegamente por la ventana. Harper y él tenían un hijo. Cordy era suyo. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué le había negado el derecho a compartir la vida con su propio hijo? Consciente de que Cordy lo observaba, disimuló su ira. El chico ya estaba bastante confundido, y Macon quería ayudarlo. Ya no le extrañaba la actitud de Harper; temía que algo, un gesto o una palabra, le hiciera comprender la verdad.

–Quizá no deberíamos decirle que lo sabemos –sugirió Cordy, aún nervioso, rascando el ala de su sombrero con la uña. Macon miró al chico con un nudo en la garganta; no se planteaba no enfrentarse a ella.

–¿Estás seguro de lo que me has contado? –dijo con voz ronca de emoción, pensando que mataría al chico si no era más que una invención de adolescente.

Cordy desvió la vista y Macon simuló no ver sus ojos húmedos de lágrimas; cuando tenía esa edad tampoco le gustaba compartir sus emociones. Cuando volvió a mirarlo, ya tranquilo, Macon estudió su rostro y no descubrió en él ningún rasgo suyo.

–No te miento, Macon –Cordy restregó las manos en los

vaqueros–. Papá me dijo que mamá nunca me lo confesaría; decidió que tenía derecho a saberlo y por eso me lo contó antes de morir –a Cordy le tembló la voz y Macon volvió a simular que no lo notaba–. Supongo… supongo que tú también tenías derecho a saberlo.

Macon sintió el golpeteo de su corazón contra el pecho. Al menos, Bruce Moody le había inculcado valores buenos y honestos.

–No puedo creer que sepas esto desde hace dos años. Desde que tu padre… –al pronunciar esa palabra, la verdad volvió a golpearlo–. ¿Desde que murió? –concluyó con voz casi inaudible. Cordy asintió.

–Solo se lo dije a Garrick, mi mejor amigo. Te lo habría contado antes, pero estabas en Houston. Hace un par de semanas pasé por la oficina de correos. Betsy, esa maestra con la que saliste, le dijo a mamá que habías vuelto para trabajar en el Rock 'n' Roll. Entonces comprendí que ibas a quedarte –Cordy entrecerró los ojos–. Y el sábado pasado Diego me dijo que Cam no permitirá que dirijas el rancho hasta que te cases. ¿Es verdad, Macon?

Estaba claro que el engranaje que movía el cotilleo en Pine Hills estaba bien engrasado. Macon se imaginó lo que ocurriría cuando se enterasen de las últimas noticias. Aunque aún no estaba seguro de lo que iba a hacer, sí lo estaba de que Cordy heredaría el Rock 'n' Roll. Si realmente era hijo suyo.

–Sí, es verdad. Cam quiere que me case.

–Cuando comprendí que te quedabas, quise decírtelo, pero… –Cordy inspiró con fuerza.

Macon comprendió que no había sabido cómo hacerlo. Ese chico, su hijo, llevaba dos años trabajando en el Rock 'n' Roll, queriendo decirle la verdad. Pero no lo había hecho y eso le dolía más que nada. ¿Acaso no sabía que podía confiar plenamente en él?

–Has hecho lo correcto –lo tranquilizó, con un hilo de voz.

–Mi padre era un gran tipo. Lo echo de menos.

–Es lógico –dijo Macon con calma–. Era tu padre. Siempre lo será –no quería que Cordy pensará que iba a intentar reemplazarlo. Supuso que aunque Harper estaba embarazada de él había preferido casarse con Bruce. Sabía que Macon le propondría matrimonio si se enteraba del embarazo, y no quería que en Pine Hills supiesen que había rechazado al padre de su hijo.

Inspiró profundamente e intentó no pensar en la infancia de Cordy, de la que no había disfrutado, ni en las veces que había hablado con él sin saber que era hijo suyo. Lo único que sabía con certeza era que no quería volver a ver a Harper nunca, pero aun así, tendría que hacerlo por el bien de Cordy.

–Siento mucho todo esto –dijo, apretando el volante con fuerza. Cordy alzó la vista y sus ojos mostraron una sabiduría muy superior a la que correspondía a sus años.

–No lo sientas por mí, Macon. A mí me ha ido bien. Ahora mismo, lo siento mucho más por ti.

Era una gran verdad. Cordy había tenido una familia, pero Harper le había robado a Macon la suya.

–¿Cordy? –dijo Harper. Una ojeada a Macon le bastó para saber que había ocurrido algo terrible.

El chico, sin contestar, subió las escaleras apresuradamente. Harper se volvió hacia Macon para pedirle una explicación; la seriedad de su rostro casi le hizo olvidar que el día anterior habían hecho el amor allí mismo.

–¿Ha habido un accidente? ¿Qué ha ocurrido? –exigió. Intentó controlar el pánico de su voz y retorció el albornoz blanco que había en el poste de la escalera–. ¿Cordy? –llamó asustada–. ¿Puedes bajar, por favor?

Tendría que haber llamado a Cordy la noche anterior para decirle que ya no podía trabajar en el rancho de los McCann. Se preguntó qué habría ocurrido esa mañana. Tenía que ser algo terrible, o Macon no habría llevado a Cordy a casa.

Sus ojos escrutaron los de Macon y su mirada le hizo recordar que no estaba vestida. Como tenía la mañana libre se había dado un largo baño. Solo llevaba puesto un diminuto camisón rojo que se pegaba a su piel húmeda. Se quitó la toalla que llevaba en la cabeza y se la puso sobre los hombros, tapándose el pecho.

–Espera a que me ponga esto –llevó la mano hacia el albornoz, pero él le agarró la muñeca–. ¿Qué haces?

A pesar del brillo feroz de los ojos de Macon, a Harper se le aceleró el corazón y tuvo que morderse el labio con fuerza para controlar la excitación involuntaria que le producía su contacto.

–Por favor –exclamó indignada–, deja que me ponga el albornoz.

–No es nada que no haya visto antes –dijo él.

«Ni que no hayas besado y acariciado», admitió Harper para sí. Temblorosa, extendió el brazo y se puso el albornoz, atándolo con fuerza.

–¿Qué miras ahora? –espetó.

–Como he dicho, nada que no haya visto cientos de veces –se burló él.

–Mi hijo está aquí –escupió Harper.

–«Nuestro» hijo.

A Harper le pareció que el mundo dejaba de girar. Lo sabía y por eso estaba tan furioso. Su peor pesadilla acababa de convertirse en realidad, horas después de hacer el amor con él. Intentó retroceder, pero él tiró de su muñeca, impidiéndolo. Se quedó inmóvil, intentando no dejarse llevar por la emoción.

–¿De qué hablas? –aventuró, tímidamente, con la esperanza de haber entendido mal. En el fresco y oscuro vestíbulo, los ojos color ámbar de Macon oscurecieron.

–Sabes perfectamente de lo que hablo.

–Baja la voz –pidió ella, mirando hacia la escalera.

–Me lo ha dicho Cordy.

–¿Cordy? –Harper se apoyó en la pared. ¡Eso era imposible!

–Bruce era un hombre íntegro. Se lo contó a Cordy antes de morir.

–Cordy lo sabe desde… –se le hizo un nudo en la garganta. Se tapó la boca con la mano y miró escaleras arriba con preocupación–. No. Me lo hubiera dicho –susurró. Su hijo le contaba todo, no le habría ocultado algo así. Intentó zafarse de Macon para correr escaleras arriba pero no pudo–. Iba a decírtelo la noche que, supuestamente, íbamos a escaparnos juntos –se defendió.

–Ni siquiera apareciste –dijo Macon con voz helada.

–Mi madre me pilló cuando salía de casa, así que llegué tarde –explicó ella enojada–. Estabas junto al Big Grisly Grill con Lois, y a la semana siguiente te marchaste a Houston.

–¿Lois Potts? –él frunció el ceño y aflojó la mano un segundo. Sin darle tiempo a contestar, añadió–: ¿Y Bruce entró en tu vida de repente? ¿Cuánto tiempo llevabas viéndote con él, Harper?

Ella se estremeció. Cuando fue a la farmacia de Opossum Creek a comprar el segundo test de embarazo, para evitar el cotilleo en Pine Hills, no sabía que el dueño era Bruce. Su familia tenía una farmacia junto a la lavandería que dirigía su madre, pero él había decidido ampliar el negocio con una segunda tienda. Se lo contó todo y él demostró una compasión inesperada.

–Me confesó que llevaba años enamorado de mí. Y nos proporcionó un buen hogar –concluyó con voz suave, tras contarle la historia a Macon.

–Un buen hogar. Obviamente, algo que yo no podía ofrecer.

–¡No cuando estabas en Houston! –exclamó ella–. O quizá sí. No lo sé, Macon –reconoció. Dieciséis años atrás, tenía la cabeza llena de los comentarios despectivos que su madre utilizaba para

controlarla y alejarla de los chicos. Bruce había tardado años en sacárselos de la cabeza–. Ocurrió hace mucho tiempo.

–Puede –aceptó Macon, mirándola con odio–. Pero leí las cartas que escribiste ayer y no has cambiado. Sigues creyendo que no me merezco tener una mujer. Una familia. Un hijo.

–¿Tener una mujer? ¿No tuviste a una ayer?–escupió Harper, desgarrada; no quería perder a Cordy, pero tampoco a Macon. «Seguramente tuviste a otra anteayer», pensó para sí. De hecho, Macon tenía aspecto de desear poseerla otra vez, en ese momento, allí mismo. A pesar de las circunstancias, era muy consciente de estar medio desnuda y húmeda. Él se acercó y la rozó con un muslo; no pudo evitar desearlo más que a nada en el mundo.

–Eso es cierto –aceptó él bruscamente.

–Cordy está aquí –susurró ella–. Deja que vaya a vestirme para que nos sentemos y hablemos de esto como personas decentes.

–Cuando estoy contigo, no me apetece ser decente, Harper –dijo el con voz profunda y espesa como la miel.

–Tienes que oír mi versión, Macon –replicó ella con calma–. Y Cordy también.

–Tu versión ha durado dieciséis años –dijo él con ojos fríos y cortantes como un diamante–. Ahora vas a oír la mía. Hace un rato, Cordy te acusó de entrometerte en su vida; ni siquiera lo dejas trabajar en verano. Dice que lo estás ahogando. Te defendí, pero la verdad es que a mí también me ahogas. Nunca volverás a decidir por mí. Yo tenía derecho a saber la verdad.

Harper sabía que tenía razón. Pero Macon no la amaba, y Bruce sí; y para educar a un hijo hacía falta amor. A pesar de todo, la decisión que años atrás le había parecido correcta ya no se lo parecía tanto.

–Dieciséis años –masculló Macon–, y aún sigues arruinando mi vida.

–¿Qué? –el giro de la conversación la sorprendió.

–¡Hablo de esas cartas! –rugió Macon. Bajó la voz–: ¿Qué tienes en contra mía?

–¡Nada! Te dejé libre para que hicieras lo que quisieses –dijo ella con firmeza–. Si tus padres se hubieran enterado de que estaba embarazada te habrían obligado a casarte conmigo. Te habrías sentido atrapado; tenías sueños, Macon, querías montar tu propio negocio –concluyó. De pronto, se preguntó si se habría equivocado, si se habría casado con ella voluntariamente.

No hubo respuesta y se convenció de que su madre había tenido razón. Además, Harper lo había visto con Lois con sus propios ojos.

Incluso si se hubiera casado con ella, siempre habría dudado de su fidelidad. Se habría convertido en una esposa desconfiada y celosa. Lo habría esperado junto a la ventana por la noche, preguntándose dónde estaba y con quién.

–¿Por qué escribiste esas cartas?

«Porque no soporto la idea de verte casado con otra». Harper desechó el pensamiento e iba a contestar cuando vio a Cordy en la escalera. Lo miró preocupada.

–Estoy bien, mamá –tranquilizó él.

–¿A dónde vas? –preguntó ella sin aliento, al ver el bolso de viaje que colgaba de su hombro.

–A vivir con mi padre.

En el fondo, Harper siempre había temido que ocurriera algo así. En Pine Hills no existían los secretos. Muchas noches, a solas con sus miedos, había imaginado esa situación. Siempre se había esforzado por comunicarse con Cordy, incluso hablaba con él de sexo seguro y drogas. Había hecho lo posible para que su vida fuera perfecta, empezando por casarse con un hombre al que quería, pero no apasionadamente como a Macon.

Pero, por mucho que le doliera ver a su hijo irse con Macon, tenía que retirarse de escena. Si no lo hacía, tendrían razón al llamarla entrometida y controladora.

–De acuerdo –se obligó a decir–. Pero antes tenemos que hablar.

–Mamá –los ojos azul niebla de Cordy, tan parecidos a los suyos, parecían distantes y lejanos–. Por una vez, déjame hacer esto a mi manera. Papá me lo explicó todo y no estoy enfadado. Papá estaba de acuerdo con lo que hiciste, al menos entonces. He tenido mucho tiempo para pensarlo. Pero ahora quiero…

«Conocer a mi otro padre», concluyó Harper mentalmente. Lo único que la consolaba era que en la bolsa no había ropa para más de una semana.

–De acuerdo –aceptó; sabía que no tenía otra opción.

–Te espero en la furgoneta –le dijo Cordy a Macon. Él lo miró desconcertado.

–Harper, ni siquiera tengo una habitación preparada para él –exclamó Macon preocupado. Si no le doliera el corazón, ella habría soltado una carcajada.

–Quiere conocerte –dijo, dispuesta a defender a su hijo hasta el fin. Macon la miró y, aunque tenía mucho que decir, decidió conformarse de momento.

–Dejemos una cosa clara, Harper . No permitiré que me utilicéis en vuestra guerra personal; quiero que viva conmigo, pero… –hizo

un pausa y gruñó con frustración–. Espero la visita de cinco mujeres.

–Cinco ¿qué?

–No enviaste todas las cartas –aclaró él con dureza–. Anoche escribí a cinco mujeres invitándolas al rancho.

–¿Mujeres? –Harper abrió los ojos de par en par–. ¿Qué tipo de mujeres, Macon?

–Ya sabes –replicó él avergonzado–. Mujeres.

–¿Después de lo que ocurrió aquí? –preguntó ella, tan dolida que no pudo contenerse.

–Escucha, Harper –sus ojos parecían decir que lo había hecho precisamente por eso–. Cam está enfermo y no dejará el rancho hasta que me case. A pesar de la embolia, sigue trabajando. Puede que no sobreviva a otro ataque.

–Lo siento.

–No necesito tu compasión.

–Debí suponerlo –consiguió decir ella, dominando su consternación–. Desde ayer por la noche tengo remordimientos. ¿Sabes cuánto me afectó que dijeras que querías una mujer e hijos, Macon? Ayer casi creí que lo decías en serio. Comprendí que no tenía derecho a haberte ocultado la verdad sobre Cordy –confesó. Pero no dijo que se había pasado la noche acurrucada en la cama, llorando.

–Me alegra saber que tienes conciencia –replicó él. Después cambió de tema–. Esas cartas… eran conmovedoras. Expresaban algo verdadero –endureció la voz–. Eran honradas, Harper.

Ella tragó saliva y empezó a recuperar el control. Cordy la quería, todo se arreglaría con el tiempo. Recordó cómo corrieron juntos al hospital cuando los avisaron de que Bruce había tenido un accidente de coche, y que Cordy había pasado algunas horas a solas con él. Era típico de Bruce querer ofrecerle otro padre a su hijo antes de morir.

–Honradas –repitió, mirando a Macon a los ojos–. Lo honrado es casarse por amor –inmediatamente, se arrepintió de sus palabras. Lo importante en ese momento era Cordy, no su matrimonio con Bruce, ni el de Macon con una desconocida.

–Si Cam no se jubila, morirá –replicó Macon–. Mi boda va a salvarle la vida, así que podría decirse que me caso por amor.

–Me he esforzado mucho para educar bien a mi hijo, Macon. Iglesia los domingos, buenas notas, servicios comunitarios…

–¿Te has esforzado o has controlado su vida?

–Me he esforzado por inculcarle valores morales –insistió ella–.

Entre otros, que la gente debe casarse por amor –aunque Bruce no le había robado el corazón como Macon, lo había querido mucho–. Cordy está a punto de descubrir que no siempre es así –alzó una mano para impedirle que hablara y siguió–. Lo acepto porque entiendo tus motivos para casarte, Macon. Pero, dadas las circunstancias, me preocupa.

–¿Circunstancias? –Macon la miró como si su desfachatez lo indignara.

–Esa mujer será la madrastra de Cordy.

–No se me había ocurrido.

–A mí sí –sin pensárselo, Harper se embarcó en un discurso increíble hasta para ella misma–. Soy madre, y a las madres nos preocupan esas cosas. Como vas a casarte por Cam, y no porque estés enamorado, deberías tener en cuenta mi opinión. Te guste o no, esa mujer va a influir a Cordy durante años. Llámame controladora, o lo que quieras, pero lo justo es que entreviste a esas mujeres. Tengo que hacerlo. No puedo permitir que una… persona que no conozco destroce la educación que le he dado a Cordy.

–¿Quieres conocerlas? –preguntó él asombrado.

–Creo que debo participar en la… –Harper fue incapaz de decir la palabra «boda», aunque no creía ni por un momento que Macon fuera a llegar hasta el final–. En la selección –concluyó.

La mirada que le lanzó Macon fue un poema de ira y desconfianza. Pero cuando miró hacia la furgoneta donde lo esperaba Cordy, se tiño de incertidumbre. Volvió a mirar a Harper, esta vez con curiosidad. La curiosidad ganó la partida.

–De acuerdo, Harper. Puedes participar.

Capítulo Cuatro

¡Pine Hills da la bienvenida a las esposas de Macon!

Los ojos de Macon recorrieron lentamente el titular del artístico folleto que Lois Potts llevaba en la mano al salir de la oficina de correos.

–Al menos aún no se ha corrido la voz de lo de Cordy– farfulló entre dientes.

–No me extraña que hables solo, Macon –pinchó Lois, que parecía algo dolida por el anuncio que Harper se había tomado la libertad de distribuir por todo el pueblo–. Debes de tener muchas cosas en la cabeza.

–Más de las que imaginas, Lois.

–¡No me puede creer que estés haciendo esto!

Él no lo estaba haciendo. Furioso, pero también divertido, miró el folleto. Harper había incluido la reproducción de su anuncio en *Texas Men* y una breve biografía de las cinco mujeres, e invitaba a toda la comunidad a diversas actividades de bienvenida, que incluían una barbacoa junto a la piscina, una excursión por el campo y un baile en el granero de los McCann. A pie de página, en letras grandes, decía:

¡Aún se necesitan socorristas para la fiesta de la piscina!

Macon se preguntó por qué Harper se había empeñado en fastidiarle y hacer que quedara como un tonto.

Lois se pasó la mano por el pelo rubio y rizado. Al ver su gesto, Macon recordó la noche en la que debía haberse escapado con Harper. Después de que le diera plantón, fue al Big Grisly Grill, y estuvo a punto de irse a la cama con Lois. Pero no lo hizo. Quería saber qué había visto Harper exactamente, pero no había tenido el valor de preguntárselo.

Sintió cierta lástima por Lois. Había sido una belleza que consiguió demasiadas cosas, demasiado pronto en la vida. En ese momento se recuperaba de un divorcio mientras cuidaba de cuatro niños ella sola, y su desparpajo habitual parecía forzado. Macon creía que los golpes de la vida la habían hecho más compasiva y por eso había salido con ella algunas veces; por eso y para no pensar en Harper.

–Harper ha hecho un gran trabajo –dijo Lois con un deje dolido

en la voz. Macon frunció los ojos. Lois nunca había disimulado el hecho de que deseaba a Macon, ni siquiera en los tiempos del instituto–. Todo el pueblo habla de tu boda, Macon.

–La publicidad sí que hay que agradecérsela a Harper –asintió él. Había puesto folletos en todos los tablones de anuncios, tiendas y limpiaparabrisas de Pine Hills. Macon tenía la esperanza de que la mayoría estuvieran en el asiento de su furgoneta, porque llevaba toda la mañana recogiéndolos.

–Harper dice que las mujeres llegan mañana –siguió Lois con tono incrédulo–. ¿En serio vas a casarte el sábado que viene? Harper le ha pedido al reverendo Shute que cancelara una excursión de pesca para que tú, y la mujer que elijas, podáis ir directos a la iglesia después de los análisis de sangre. Según ella, les dijiste a las mujeres que habría un sacerdote disponible, y Harper decidió arreglarlo para ahorrarte trabajo.

Macon sonrió levemente, pero seguía preguntándose qué pretendía Harper. Después de lo que acababa de descubrir sobre Cordy, la creía capaz de cualquier cosa.

–Yo no me habría atrevido a hacer algo así, Macon, pero con cuatro niños, me vendría muy bien un marido –prosiguió Lois, con una risita temblorosa–. Quiero que sepas que cuentas con mi apoyo. Resulta algo extraño que te cases con una desconocida, pero todo el pueblo quiere que funcione. Intentaremos ayudarte.

–¿Qué haría sin vosotros? –replicó él secamente.

–Es muy romántico que invites a todo Pine Hills a dar la bienvenida a tu futura esposa. Yo… –hizo una pausa como si quisiera decir algo, pero cambió de opinión–. No creía que fueras capaz de algo así.

–Mira, Lois, en realidad yo no…

–Parece sacado de una película de amor –añadió ella–. Si a ti te funciona, puede que ponga un anuncio. Estuve a punto de contestar a uno y no tuve valor. Pero ayer me dije: «Lois, si un hombre como Macon es capaz de admitir ante todo Pine Hills que no ha tenido suerte con las mujeres…».

–Lois… –interrumpió él. Lois movió la cabeza.

–Hay que ser muy valiente para hacer lo que has hecho, Macon –alzó una mano para impedir que hablara–. La mayoría de los hombres no…

–Lois, yo no… –Macon soltó un suspiro y calló. Se sentía atrapado. Harper había vuelto a ponerlo entre la espada y la pared. No podía explicarle la verdad a Lois, pero si hubiera sabido que iba a compartir su casa con un hijo cuya existencia desconocía, no

hubiera invitado a esas cinco mujeres de ninguna manera. Se excusó diciendo que necesitaba comprar sellos y se despidió.

–Era de esperar –masculló al abrir la puerta de la oficina de correos y ver que Harper no estaba en su puesto. Un trabajador temporal, seguramente de la oficina de correos de Opossum Creek, estaba tras el mostrador clasificando cartas. Macon se volvió y vio a Harper al otro lado de la calle, saliendo de la heladería con un cucurucho en la mano–. Ahí estás –murmuró. Salió de la oficina y se dirigió al aparcamiento sin perder de vista a Harper, como un cazador que vigilara a su presa.

Se cruzó de brazos y se apoyó en la puerta de su furgoneta a esperarla. El insoportable calor no contribuyó a mejorar su humor. No había vuelto a verla desde que Cordy se trasladó al rancho, hacía ya tres días.

Un momento después, dejó de luchar contra el calor. Tiró el sombrero en el asiento y se quitó la camiseta húmeda de sudor. Dejó la puerta abierta para que circulara el aire, y apoyó la espalda en el asiento del coche. Harper, lamiendo delicadamente el helado y con mechones de pelo acariciándole las mejillas, parecía la viva imagen de la inocencia. Macon, furioso, se preguntó cómo podía dar esa impresión una persona que llevaba años mintiendo. Aunque Harper había intentado evitarlo cuando visitaba Pine Hills, cuando se cruzaba con él, acompañada por Bruce y Cordy, sonreía y charlaba amigablemente. Se preguntó cómo podía hacerlo sabiendo que Cordy era hijo suyo.

–Nunca lo sabré –masculló. Harper llevaba los pantalones color azul marino del uniforme, y la fina corbata reglamentaria, roja, blanca y azul, colgaba suelta alrededor del cuello desabotonado de una blusa blanca. Sintió ganas de ahogarla con ella. Estaba tan ocupada subiéndose las gafas de sol, lamiendo el helado y mirando a ambos lados de la calle mientras cruzaba, que no vio a Macon hasta que llegó al aparcamiento. Se detuvo como un cervatillo deslumbrado por un coche.

Instintivamente, Macon sonrió con despreocupación, diciéndose que no le importaba su reacción negativa al verlo. Él no tenía por qué comportarse con mala educación ni estar a la defensiva, la culpa de todo la tenía ella. Decidió que se merecía que la desarmara con su amabilidad y amplió la sonrisa.

Su truco funcionó, porque Harper se quedó paralizada. Macon captó el momento exacto en que, con pánico, comprendió que no tenía escapatoria. Tenía que pasar a su lado para regresar al trabajo. Con aire resignado, comenzó a andar.

–Eres la viva imagen de la inocencia –dijo Macon, cuando se acercó.

–Si quieres hablar de imágenes –replicó ella, deteniéndose–, podemos comentar esa foto que enviaste a *Texas Men*.

–El día que tú seas inocente, Harper… –soltó un bufido. A pesar de las gafas oscuras, hubiera jurado que ella miraba su pecho desnudo con ardor.

–Te avisaré, Macon –sonrió con benevolencia–. Quizá quieras apuntarlo en tu calendario.

–Será un día festivo, sin duda –contraatacó él.

–Ya que hablamos de imagen, quizá deberías ponerte ropa cuando vengas al centro –comentó ella, con un tono de voz entre distante y coqueto.

–¿Te molesta mi pecho desnudo? –devolvió él, comprendiendo que no pensaba disculparse por lo que había hecho–. Si no hay camisa no hay servicio, ¿no?

–Todos los hombres de Pine Hills que quieren que les hagan un servicio… –Harper indicó con la cabeza un bar de copas que había en la colina– suelen ir allí.

–No estaba informado.

–¿Nunca has ido a Rosie's? –preguntó ella incrédula.

–Si hubiera ido a Rosie's –dijo él, lamentando la imagen de conquistador que se había creado–, te lo diría –esbozó una sonrisa–. Has demostrado que eres muy capaz de guardar un secreto.

–Por favor –ella se sonrojó–. No empieces, Macon.

–Todavía no te he dicho por qué estoy aquí.

–Aún no –sonrió lentamente–, pero lo harás. Solo te pido un poco de calma; por el bien de Cordy, debemos mantener las formas. No estaba atacándote.

–¿No? –dijo Macon. Ella estaba convencida de que era un playboy, pero, a pesar de todo, daba la impresión de estar celosa–. A Lois no la ha molestado mi pecho desnudo –dijo con voz suave, para probar su teoría.

–El sheriff Brown podría arrestarte por exhibicionismo.

–Eso es menos grave que el fraude postal –replicó él–. Tu helado –añadió. Harper, sonrojada, comprobó que el sol lo estaba derritiendo. Lo lamió rápidamente.

–¿Has venido a Correos por algo especial? –le preguntó, entre lametazos–. ¿La nueva colección de sellos de Marilyn Monroe? ¿Sobres acolchados?

–Sabes perfectamente por qué estoy aquí.

Ella desvió la mirada. Tenía un aspecto desvalido y vulnerable y

a Macon le dio un vuelco el corazón. Harper era muy respetada en el pueblo; llevaba sopa a los vecinos cuando estaban enfermos y, aunque chismorreaba en la oficina postal, igual que en la lavandería cuando era una adolescente, lo hacía con buena intención. Solo se comportaba de forma extraña con él.

–¿Tienes problemas para dormir? –preguntó Macon, comprendiendo que las gafas de sol ocultaban sus ojeras, seguramente debidas a su preocupación por Cordy.

–Algunos –admitió ella con un suspiro–. ¿A qué has venido?

Macon bajo la vista para meter la mano en el bolsillo y sus ojos se posaron en su blusa. Estaba arrugada por el calor, y no debería haber resultado sexy, pero Harper no se había dado cuenta de que se le había desabrochado un botón y se le veía el encaje del sujetador. Notando cierta tensión en la entrepierna, Macon apretó los dientes y apartó los ojos. Sacó un folleto del bolsillo, lo desdobló y se lo apoyó en el pecho desnudo.

–Parece que últimamente te dedicas a escribir por mí, Harper.

–¿El folleto? ¿No te gusta?

–¡Maldita sea, Harper! –explotó él–. Están en todas partes.

–En todas no –aseguró ella con un mohín travieso que no auguraba nada bueno–. Me falta entregar un paquete en el Big Grisly Grill, pero he conseguido que los grapen en el boletín dominical de Christ Church.

– ¿En dónde?

–En el boletín dominical –sonrió ella seductora.

–Harper –casi ladró Macon.

–Deberías agradecérmelo –esbozó una sonrisa inocente–. Te bautizaron allí, y es dónde te vas a casar la semana que viene; es normal que la congregación quiera compartir tu felicidad.

–Admito –suspiró Macon–, que sentí curiosidad cuando insististe en involucrarte en la elección de mi esposa, pero esto... –no tenía palabras para describir cómo se sentía–. ¿No podrías, al menos, simular que estás arrepentida, dadas las circunstancias?

–Querías casarte cuanto antes, por el bien de Cam –un rubor culpable había teñido sus mejillas pero, por razones inimaginables para Macon, no parecía dispuesta a dar su brazo a torcer–. ¿No es eso lo que dijiste?

–Pensé que tú, más que nadie, creías que había que mantener en secreto los asuntos del corazón –replicó él secamente–. Tú lo hiciste durante dieciséis años.

–Vaya, ¿tu boda es un asunto del corazón, Macon? –preguntó ella. Él supo, por el tono agudo de su voz, que su dardo había hecho

diana.

–Puede que no –admitió–, pero yo no habría involucrado a todo Pine Hills –no pudo resistirse a lanzarle otro dardo–. Si no te conociera, diría que estás celosa y quieres hacerme quedar como un imbécil.

–Eso sí que es una barbaridad.

Macon no opinaba lo mismo. Ninguna mujer hacía el amor como lo había hecho ella cuatro días antes si no sentía algo por el hombre en cuestión. Pero lo indignaba que estuviera celosa después de haberlo rechazado. Aunque habían tenido un hijo juntos, lo único que le había interado de Macon era el sexo.

–Hace calor –murmuró ella, acercándose a la sombra de la puerta de la furgoneta–. Mira, no quiero discutir. ¿Cómo está Cordy? –preguntó con un deje de emoción en la voz que afectó profundamente a Macon.

–Perfectamente instalado en el rancho.

–¿Instalado? –Harper se mordió el labio–. Entonces, ¿está bien? ¿Estás seguro? Iba a llamarlo. Quería llamarlo, pero…

–¿Necesitas el número? –después de tantos años, Macon aún recordaba el de Harper.

–No… –se sonrojó–. Me acuerdo de tu teléfono, Macon –su voz sonó suave como el terciopelo–. ¿Te acuerdas de que solíamos bajar el timbre al mínimo para que nuestros padres no lo oyeran, y nos llamábamos en mitad de la noche para hablar hasta el amanecer?

–Sí –la maldijo por hacérselo revivir–. Pero lo que de verdad me gustaría saber es cómo, en tantas horas de conversación, se te olvidó mencionar un embarazo.

–Ya te lo expliqué –Harper tragó saliva.

Macon se preguntó si realmente esperaba que creyese que se había casado para que él pudiera irse a Houston a montar su empresa de construcción. De repente, se le quitaron las ganas de hablar de Cordy. No era normal convertirse en padre e hijo dieciséis años después del hecho y, en contra de lo que había esperado, su relación previa no facilitaba las cosas. Macon había pasado dos días esforzándose por compartir actividades con Cordy, hasta que el chico había estallado y le había dicho que era tan entrometido como su madre.

–¿Ha dicho Cordy algo de… volver a casa?

–Yo diría que está en casa, Harper.

–Oh, maldita sea, supongo que tienes razón –aceptó ella con voz temblorosa.

–Tantos años… –Macon se pasó la mano por el pelo y movió la

cabeza. Si Harper había ido a encontrarse con él, ¿por qué no lo había hecho? ¿Fue porque lo vio con Lois? Anhelaba saberlo, pero no se atrevía a preguntar.

–Macon, por favor, no hablemos de eso. Nos volveremos locos. Ocurrió hace mucho tiempo –suplicó ella. De repente, movió la cabeza y lo miró retadora–. De acuerdo –rectificó–, te lo preguntaré una sola vez. Si hubieras sabido que estaba embarazada, ¿te habrías casado conmigo?

–Tú te has guardado tus secretos, así que me gustaría guardarme los míos –replicó él, dolido–. Además, ya no importa, ¿no? Decidiste por mí, Harper. Ya te había pedido que te escaparas conmigo.

–No necesitaba escaparme. Necesitaba enfrentarme a mi vida.

Macon pensó que esa vida debería haberlo incluido a él. Recordó el vestíbulo… lo fácil que había sido desabrochar los diminutos botones del vestido; le parecía increíble que solo hubieran pasado cuatro días, pero llevaba años embrujado por recuerdos similares. No podía permitir que esas imágenes apaciguaran su ira. Ella le había ocultado que era padre.

–Cordy me llamó ayer –comentó Harper–. Me dijo que le habías pedido que lo hiciera. ¿Es cierto?

–Sí, le dije que te llamara –confirmó Macon, deseando que Cordy se hubiera guardado esa información. No quería que supiera lo mucho que le importaban sus sentimientos.

–Gracias –dijo ella, con un alivio que causo a Macon más placer del que estaba dispuesto a admitir–. Estaba muy preocupada. No me puedo creer que nunca me dijera que lo sabía…

–Calla, Harper. Estás pisando arenas movedizas.

–¿Arenas movedizas?

–Sí. Yo tampoco me puedo creer que nunca me lo dijeras.

Harper tuvo la decencia de sonrojarse. Aunque no veía sus ojos, tras las gafas de sol, Macon habría jurado que miraban su pecho. Observó en silencio cómo volvía a atacar el helado. Lamió la parte de abajo con la lengua, subiendo poco a poco, y Macon casi sintió cómo se deslizaba, cremoso y frío, por su propia garganta. De repente, le pareció que el metal de la furgoneta lo quemaba, atravesando la tela de los vaqueros y que el calor se extendía a su entrepierna.

–¿Estás seguro de que Cordy no necesita nada? –preguntó ella, sin notar su reacción–. ¿Ropa o algo?

–No, está bien. Y, a decir verdad, no me gusta el papel de ser yo el que te tranquilice.

–Lo siento –se puso tensa–. Solo estoy…

–Preocupada, lo sé. Pero si no estuviera perfectamente, te lo diría.

–¿Sabes una cosa? –Harper estudió su rostro con sorpresa–. Te creo, Macon.

–Haces bien –él nunca mentía y lo irritó su comentario–. Yo soy honesto, Harper, a diferencia de otras personas que no mencionaré. Pero no he venido a hablar de Cordy. Debemos pensárnoslo bien antes de decir cosas de las que tengamos que arrepentirnos. Los dos queremos relacionarnos con él, así que será mejor intentar llevarnos bien.

–Estoy de acuerdo. Te agradezco que seas…

–¿Tan razonable? –concluyó Macon, pensando que si la veía lamer el helado una vez más se volvería loco. Sin poder evitarlo, preguntó–. ¿De cereza o de moras?

Ella lo miró un segundo sin entender, paseó la punta de la lengua por una esquina de su boca y después miró lo que quedaba del cucurucho.

–Ah… de moras –contestó intranquila, como si no se fiara del cambio de tema.

–No es mi favorito, pero servirá –Macon se inclinó hacia ella y le quitó el helado.

–¿Cuál es tu favorito? –sonrió con nerviosismo.

–Doble de chocolate –replicó él.

–Si no es tu favorito, ¿por qué no dejas que termine mi almuerzo?

–¿Helado para comer? Eso es muy insano.

–¿No deberías estar marcando ganado o algo así? –sugirió ella, enarcando una ceja.

–No si puedo estar robándole la comida a una chica.

–Me da igual. Solo como delante de mis amigos si hay comida de sobra.

–¿Somos amigos, Harper? –preguntó él, sintiendo que se le aceleraba el pulso.

–Suena peligroso –se encogió de hombros.

Muy peligroso. Sobre todo porque su historia en común impedía que fueran «solo» amigos. Macon lamió el helado, y lo impresionó tanto su frío dulzor como el saber que la lengua de Harper había estado allí. Tuvo que hacer un esfuerzo para controlar el deseo que cosquilleó su bajo vientre. Le devolvió el cucurucho.

–De nada, Macon –rezongó ella–. ¿En qué piensas?

Macon se encogió de hombros, no iba a confesar que pensaba que era preciosa. Tenían que hablar pero no sabía por dónde

empezar.

–Cuando les conté a mis padres lo de Cordy –dijo–, mi madre fue a verte y no volvió hasta tres horas después. No me dio ninguna explicación, pero ahora sois íntimas. ¿Qué ocurre, Harper? ¿Qué le dijiste? –sin dejar que respondiera, murmuró–: Y ahora este folleto está por todo el pueblo.

Movió la cabeza de lado a lado. A pesar de que Harper les hubiera ocultado que eran abuelos, Cam y Blanche habían reaccionado favorablemente, casi como si siempre hubieran sabido la verdad. Conocían a Harper de la oficina de correos, y Blanche estaba haciéndose amiga de Cordy mientras planificaba la boda de Macon y la jubilación de Cam. Con la ayuda de Harper, había telefoneado a las candidatas de *Texas Men* y había organizado su traslado desde el aeropuerto. La noche anterior había empezado a preparar la habitación que ocuparían.

–Harper, cuando acepté presentarte a estas mujeres, no dije que pudieras aliarte con mi familia, ni controlar mi vida –dijo, intentando marcar las distancias, aunque se le hacía la boca agua con solo mirarla.

–Macon –replicó ella con cierta ironía–, ¿en serio creías que solo con escribir unas cartas acabarías casándote en una semana? Esas cosas hay que planificarlas.

–Así que mi madre y tú decidisteis echarme una mano, ¿no?

–Exactamente.

–Mi madre ni siquiera cree que llegaré hasta el final. Confía en que Cam dé marcha atrás y me ceda el rancho. Escribí a esas mujeres porque quería conocerlas, no necesariamente para casarme en una semana.

–Mentira –Harper negó con la cabeza–. Chantal tuvo la amabilidad de leerme tu carta por teléfono. Decías que elegirías esposa al final de la semana, y queremos facilitarte las cosas. Hemos pedido hora para los análisis de sangre y solicitado la presencia del reverendo. Todo está organizado.

Harper soltó una risa amigable y, a pesar de su estado de ánimo, Macon deseó apartarle el cabello del rostro y sentir esa suavidad aterciopelada entre sus dedos. Se preguntó, vagamente, qué habría ocurrido si hubiera sido él, en vez de Bruce, quien esperara nervioso en el hospital a que le entregaran a su hijo recién nacido. Ni siquiera recordaba dónde estaba cuando nació Cordy; probablemente asistiendo a clases nocturnas en Houston, o trabajando en la constructora.

–¿Quieres el resto, Macon? –Harper le ofreció lo poco que

quedaba de helado.

«¿El resto?» Un nudo de furia se desató en el interior de Macon. «Lo quiero todo, Harper», pensó. Quizá no hubiera sido un buen padre, pero debería haberle dado la oportunidad de intentarlo.

–Claro –replicó con voz ronca, aceptando el helado–. ¿Por qué no?

Harper miró el interior de la furgoneta y vio los folletos que Macon llevaba toda la mañana recogiendo por el pueblo. Esbozó una sonrisa cariñosa.

–¿Ya estás dando marcha atrás, Macon? –preguntó.

A Macon le pareció notar en su voz una cierta esperanza de que fuera así. Se preguntó si Harper jugaba con él para demostrarle que no era de los que se casaban, o si estaba celosa pero no era capaz de admitirlo.

–¿Marcha atrás? Demasiado trabajo con este calor –bromeó.

–Vendría bien algo de lluvia –comentó ella, incómoda.

Macon no se podía creer que estuvieran allí diciendo naderías. Ni siquiera debería dirigirle la palabra después de lo que le había hecho. Si hubiera sabido que Cordy era su hijo, jamás habría enviado las cartas; quería pasar tiempo con él. No sabía si retirar su oferta a las mujeres o casarse cuanto antes para concentrarse en Cordy después de la boda.

–Igual que mi madre, dudas que vaya a casarme, ¿verdad, Harper? Lo que quieres es pillarme en un renuncio.

–Eso no es lo mismo que controlar tu vida.

–Pues lo parece –dijo él. Había controlado su vida desde que puso los ojos en ella por primera vez.

–Será mejor que te acostumbres –sonrió ella, más segura de sí misma–. Las esposas requieren atención y la mujer con la que te cases tendrá mucho que decir en todo lo que decidas de ahora en adelante.

–No creo que lo note. Será parte de la familia –dijo, incapaz de aceptar que Harper estuviera organizando su boda con otra mujer.

–Tienes que admitir –dijo ella como si le hubiera leído el pensamiento–, que esto se va a poner muy interesante, Macon.

–Oh, Harper –contestó él con tono seductor–. Ya se ha puesto interesante.

–Si con eso te refieres a lo que ocurrió el otro día en el vestíbulo… –resopló ella.

–Por desgracia, recuerdo cada detalle.

–Será mejor que los dos lo olvidemos.

–¿Y si no puedo olvidarlo? –incapaz de controlarse, agarró su

muñeca.

–Olvídalo de todas formas, Macon –dijo ella con poca convicción. Él apretó su muñeca con más fuerza y lo excitó sentir su pulso acelerado.

–Ya lo he hecho –aseguró, tirando de ella hacia las sombras–. He olvidado cómo te desabroché el vestido –vio cómo sus ojos se abrían de par en par tras las gafas oscuras–. Y cómo te mordisqueé los pezones. Y como me rodeaste la cintura con las piernas…

–No te encuentro tan irresistible como pareces creer, Macon –rechazó ella, frunciendo los labios.

–Nunca te perdonaré –murmuró él, sin dejarse engañar por su expresión severa–, pero tampoco dejaré de desearte, Harper– aunque no era el mejor momento para imaginarse un beso salvaje y vengativo, Macon no pudo evitarlo. Solo pensarlo lo excitó por completo. En su mente, deslizó la mano por su delicado cuello y la besó profundamente. Su boca era cálida como el sol de Texas, sus senos tan apetecibles como fruta madura, su cuerpo fluido como agua.

–¿Macon?

–Olvídalo –masculló él, sin apartar los ojos de sus tentadores labios pero soltándole la muñeca–. No te preocupes, no voy a besarte.

–Por supuesto que no –Harper se quitó las gafas y estudió los cristales cuidadosamente–. Vas a casarte la semana que viene.

–Cierto –consciente de que no podía seguir allí ni un segundo más, se subió a la furgoneta, aún deseando ese beso. Estaba seguro de que Harper se lo habría devuelto, pero después, igual que en el vestíbulo de su casa, habría dado marcha atrás. Macon era demasiado orgulloso para volver a pasar por eso. Cerró la puerta, se despidió y arrancó la furgoneta.

–Estaré en el rancho mañana cuando lleguen las mujeres –gritó ella–. Ya se lo he dicho a Cordy.

Macon abandonó el aparcamiento con un suspiro de frustración. ¿De veras iba a insistir Harper en entrevistar a las mujeres? Miró por el retrovisor y sus labios se curvaron con una sonrisa. La buena viuda seguía allí parada, mirando, y casi le dieron ganas de perdonarla. Cualquiera capaz de hacer que un uniforme de correos pareciera tan sexy se merecía el perdón. Incluso se planteó dar marcha atrás y volver por ella.

Sin embargo, unos metros después alzó los ojos y la sonrisa se desvaneció. Una pancarta enorme colgaba de lado a lado de la calle:

Pine Hills da la bienvenida a las mujeres de Macon!

Soltó un bufido.

–Más vale que tengas cuidado, Harper –amenazó–, o tú serás la mujer que lleve al altar.

Capítulo Cinco

Todo el mundo coincidía en que lo de las mujeres de Macon era lo más interesante que había ocurrido en Pine Hills desde que el lago se heló en el invierno de 1992. Lo único que quitaba algo de protagonismo a la noticia era el rumor de que Cordy era hijo de Macon.

La noticia se había propagado como el fuego, pero Cordy, que había iniciado él mismo el rumor, se había tomado el chismorreo y las preguntas con mucha calma. A Harper la incomodaban bastante más los cuchicheos que oía en la oficina postal, pero estaba orgullosa de su hijo. Esa tarde, Cordy se había negado a hablar con ella sobre el pasado, utilizando la excusa de que tenía que recoger a sus posibles madrastras en el aeropuerto.

Harper se recostó en el sillón, jugueteando con el bajo del vestido verde menta que apenas cubría sus rodillas. Acababan de hablar con una mujer llamada Judith Stone y esperaban a la siguiente.

–Relájate, Macon –dijo–. Estas pobres mujeres han venido a conocer a su futuro marido, no a la Muerte.

–No llevo capa negra –dijo él con una sonrisa traviesa–. Ni guadaña. Ni caballo blanco –parecía muy relajado y Harper, mirando sus vaqueros y su camisa amarilla, deseó que estuviera menos atractivo.

–¿La Muerte en caballo blanco? Creía que era negro.

–Quizá me esté confundiendo con el príncipe azul.

–Ah, ese serías tú, Macon –rio ella secamente.

–Hubo un tiempo en que lo creías.

Harper miró a su alrededor mientras buscaba una respuesta apropiada. El estudio era muy acogedor, con ventanales altos y luminosos y suelos de madera encerados; una vez había soñado con vivir en esa casa con él.

–Bueno –dijo por fin–. No veo capa negra, pero tampoco una armadura de plata.

–Aún no la he comprado.

–¿Dónde compran armaduras los vaqueros?

–En el bazar. Tienen de todo.

Harper soltó una carcajada.

–Ten cuidado, Macon –advirtió–, o acabarás casándote por orgullo.

–¿Crees que renunciaría a esa soltería que dices que tanto

valoro, para no quedar mal ante el pueblo?

–Estoy segura de ello.

–Entérate de una vez, Harper. Aunque no te lo creas, me da igual lo que piense la gente. Una de estas mujeres será la adecuada para mí, ya lo verás.

Ella se preguntó si lo decía en serio o simplemente quería ponerla nerviosa. Sintió algo sospechosamente parecido al pánico cuando Macon se acercó al sillón. La miraba con ojos penetrantes, llenos de fuego y promesa. No sabía si quería demostrarle su poder, ya que si iba a casarse con otra, debería darle lo mismo coquetear con ella.

–De acuerdo –murmuró–. Lo reconozco, Macon. Quiero ver hasta dónde eres capaz de llegar antes de agachar las orejas y salir corriendo.

–¿Y si no salgo corriendo? –preguntó él, con voz profunda y baja, mirándola desde arriba.

–Lo harás –aseguró Harper. Al mirarlo, notó que tenía arruguitas alrededor de los ojos y que el sol, o el paso de los años, le había aclarado el cabello.

–Estás deseando que me aparte, ¿verdad?

–¿Por qué iba a querer eso? –preguntó Harper, como si nunca hubiera oído nada tan disparatado.

–Porque no te sentirás segura hasta que tenga una alianza en el dedo –dijo él irónico–, y una mujer en mi cama.

–¿Por qué iba a sentirme segura por eso?

–Porque entonces estaría fuera de tu alcance, Harper –como si quisiera tentarla, Macon se sentó en el brazo del sillón y acarició su mejilla con un dedo.

–No intento atraparte, Macon.

–Para alguien que no lo intenta, me atrapas con bastante frecuencia –rio él. Era cierto, y Harper temía que también inevitable.

–Como dudo que vayas a ser fiel, no creo que una alianza cambie las cosas.

—No voy a ser fiel, ¿eh? –rio y las patas de gallo que rodeaban sus ojos se profundizaron–. ¿Cómo lo sabes? ¿Vas a seguir tentándome cuando esté casado?

–Claro que no –dijo ella, aunque admitió para sí que no le importaría–. Yo no tonteo.

–¿No? –su voz sonó como un reto amistoso.

–Normalmente no –recordó la escena del vestíbulo y se corrigió–. Pero a veces tropiezo con obstáculos.

–Deja que adivine –dijo él–. ¿Arbustos de espinos? ¿Ríos profundos? ¿Cactus?

–Hombres –aclaró Harper. Se oyeron pasos en el pasillo y Macon, como si acabara de darse cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro, se levantó abruptamente. Ella se sonrojó al sentir el roce de su muslo en el hombro. Estaban allí para conocer a su futura esposa pero no hacían más que coquetear el uno con el otro.

–Hola –dijo una mexicana muy alta, entrando en la habitación y sentándose frente a Macon. Sus ojos oscuros chispeaban de curiosidad–. Soy Ana González.

Su voz era suave como la mantequilla, y era bellísima. Harper sintió una punzada de celos y se puso seria. Macon charló amablemente con Ana, mientras Harper admiraba sus atributos físicos, que incluían una melena negro azulado que caía en ondas hasta su cintura. Era una mujer vibrante, de cutis perfecto, pechos grandes y cintura increíblemente estrecha.

–Bueno, tienes que admitir… –dijo Harper cuando se marchó– que Judith Stone era mucho más madura –tragó saliva–. Y, además, no es tan mayor como temías. Es muy agradable –concluyó con voz temblorosa.

–Ana es más joven –repuso Macon, mirándola fijamente. En ese momento, Harper tuvo el convencimiento de que se casaría con Ana.

–Pero Judith no es mucho mayor que yo, Macon.

–Tú no participas en el concurso, Harper –le recordó él. Intentó darle un manotazo, pero él atrapó su mano. Harper inspiró con fuerza aunque eso solo hizo que fuera aún más consciente de su olor a jabón y a pino–. Pero quizá tengas razón –continuó, soltándola y frunciendo el ceño como si considerase seriamente en Judith. Era una mujer rellena pero atractiva, de pelo negro, corto y rizado, y ojos azules tan vibrantes como los de Elizabeth Taylor–. Judith lleva muy bien sus cuarenta años, es madura y parece divertida. Me gustó desde el primer momento, y no tengo nada en contra de casarme con una mujer mayor que yo. Además, ya sabes lo que dicen de las mujeres maduras –concluyó él con ojos chispeantes.

–No –soltó ella sin poder disimular su enfado–. Y, francamente, Macon, no quiero saberlo.

–Judith se siente sola ahora que sus hijos se han marchado de casa –continuó él como si no la hubiera oído. Era una mujer inteligente y expresiva; había estado a cargo de un hogar para mujeres maltratadas durante años, pero había decidido que necesitaba un cambio.

–Cuando uno cambia de lugar, cambia de suerte –había dicho Judith, mirando a su alrededor encantada–. Aunque nunca imaginé convertirme en la esposa de un ranchero –ofreció a Macon una sonrisa encantadora, que a Harper disgustó profundamente, y lo miró con esos impresionantes ojos azules–. Hasta ahora –añadió.

Harper deseó no haberse entrometido en la vida de Macon. Quizá ninguna de esas mujeres estaría allí. Un segundo después, una mujer joven, pelirroja y de pelo corto, entró en la habitación. Llevaba vaqueros desteñidos y una blusa de cuadros blancos y verdes.

–¡Hola! –exclamó con un acento muy marcado–. Soy Carrie Dawn, de Virginia. Llevo dos años trabajando en la empresa Mountaineer Equipment, desde que acabé secretariado. Es una franquicia de equipo pesado, bulldozers y grúas, ¿sabes?

–¿En serio? –preguntó Macon como si le interesara mucho. Durante varios minutos, mientras Harper se mordía la lengua, charlaron amigablemente sobre equipo pesado del que ella nunca había oído hablar.

–Bueno –dijo Carrie Dawn, aparentemente cansada de hablar de excavadoras y perforadoras–, sé que las secretarias no deberían tener relaciones con sus jefes –soltó una risita–. Besos en la oficina y ¡adiós al trabajo! –hizo una pausa y se dio una palmada en la rodilla–. Pero mi jefe, Charlie, y yo llevamos saliendo a escondidas desde que empecé a trabajar. Así que, antes de mis vacaciones, le dije: «Charlie, lo hacemos a mi manera o no lo hacemos. O boda o nada» –le tembló la voz–. Pero Charlie no me llamó, así que no volví a la oficina después de las vacaciones; ahora estoy sin trabajo. Ayer le mandé una carta con tu anuncio en *Texas Man*, diciéndole que iba a casarme contigo –sonrió con valentía–. Espero que no te importe.

–Da la impresión de que estás enamorada de Charlie –Macon se removió inquieto. Los ojos de Carrie Dawn se llenaron de lágrimas.

–Pero voy a casarme contigo –dijo, apartándose el flequillo de la cara.

–Ya veremos –dijo Macon diplomáticamente.

Harper no había tenido tiempo de respirar cuando otra mujer, Mirabella Morehead, se sentó en la misma silla, con una escandalosa minifalda de cuero negro que no le llegaba a medio muslo. Llevaba sandalias de plataforma y tenía la costumbre de mover la cabeza y agitar su su rubia melena mientras hablaba, como si fuera una modelo de pasarela. Hablaba de una forma tan entrecortada que Harper estuvo a punto de ofrecerle oxígeno.

–Lo que de verdad quiero es tener un bebé tuyo –dijo tras unos minutos de conversación.

–¿Un bebé mío? –repitio Macon sin inmutarse.

–Sí –aseguró Mirabella, sacudiendo la melena de nuevo–. Ya mismo. Como dije en mi carta, trabajo peinando en los estudios de cine. ¿Visteis esa película en la que Billy Crystal salvaba a una vaca sacándola de un arroyo?

–Ternera –corrigió Macon.

–Vaca, ternera, es igual. Lo que quiero decir es que me encantó que, al final, Billy se la llevara a casa.

–Entiendo –Macon contuvo la risa con esfuerzo–. Pero en vez de una ternera, tú quieres un humano, ¿no?

–¡Eres tan dulce! –exclamó Mirabella con alivio. Sus labios pintados de rosa esbozaron una sonrisa–. Sabía que lo entenderías.

Quien no entendía nada era Harper. Mientras esperaban a Chantal Morris pensó que conocer a esas mujeres era lo más insensato que había hecho en su vida. Era imposible que funcionara, Macon no podía pensar seriamente en formar una familia con una de ellas. Pero lo había visto mirar a Cordy con ojos paternales y posesivos. ¿Y si quería tener otro hijo? Al imaginárselo con un bebé en brazos, sintió remordimientos; no debería haberle ocultado la verdad. Harper deseó no haberse involucrado; se sentía estúpida viendo cómo esas mujeres se enamoraban de él.

–Es una buena banda –dijo Macon con un suspiro de satisfacción. Se sentó en el brazo del sillón de Harper y apoyó el brazo en el respaldo.

–¿Banda? –murmuró ella, sabiendo que había elegido la palabra para fastidiarla–. Eso es un grupo de ladrones. Menos mal que estoy fuera de concurso.

–Una lástima –dijo él, mirándole las rodillas.

–Estamos aquí para elegir a tu futura esposa –le recordó, consciente de que la tenía atrapada en el sillón. La tristeza le oprimió el corazón. Tuvo que admitir que lo deseaba, quizá incluso lo necesitaba.

Él sonrió cálidamente, como si compartiera sus sentimientos. Estaba tan cerca que su aroma varonil, tan tentador, hizo que Harper se estremeciera.

–No sé si eso importa –murmuró él–. Al fin y al cabo, ya sabes cómo son los hombres, Harper.

–No, ¿cómo son?

–Como los peces. Difíciles de atrapar.

Sin darle tiempo a contestar, Macon inclinó la cabeza y le dio el

beso que anhelaba. Harper, recordando cómo lo habían mirado esas mujeres, se permitió apoyar las manos en sus hombros y acariciar su cuello. Lo atrajo, cediendo al impulso de reclamarlo para sí. Disfrutó de la firme presión de su boca y del jugueteo de su lengua, que evidenciaban su deseo por ella.

Se oyó un carraspeo. Harper, sobresaltada, apartó la cabeza y se pasó una mano por la boca, como si quisiera borrar la humedad. Macon se puso en pie de un salto.

Chantal Morris estaba en el umbral, inmóvil. Tenía diecisiete años pero parecía aún más joven. Un vestido premamá demasiado pequeño oprimía su vientre y llevaba un diminuto crucifijo de oro en el cuello. Tenía los ojos almendrados y oscuros, la piel morena y etérea como el humo; el cabello, alisado, le llegaba a la mandíbula y no llevaba maquillaje. Era una auténtica belleza, aún por descubrir.

–Señor McCann –musitó con sorpresa–. He venido desde Missouri. Creía que quería casarse, ¿no me escribió por eso?

–Sí que quiero casarme –aseguró Macon con gentileza y una mirada compasiva que rivalizaba con la de Harper. Al oír su tono solemne, Harper pensó que por fin había captado lo gravedad de la situación.

–Pero ella ni siquiera es una de las invitadas –Chantal miró a Harper con incertidumbre–. ¿Quién es?

–Es la madre de mi hijo –admitió Macon–. Es una historia muy larga.

–Apuesto a que sí, señor McCann –Chantal parecía anonadada–. No mencionó que tenía hijos.

Cordy echó una ojeada a la cama individual y a las dos literas que había en la habitación que las mujeres iban a compartir. Por la ventana se veían los caballos pastando a la sombra de los árboles, junto al arroyo.

Aunque la casa era grande, Cam y Blanche habían ocupado dedicado algunos dormitorios a otras funciones y, con Macon y Cordy en casa, solo quedaba una habitación para invitados. Mientras las veía deshacer las maletas, pensó que había sido un error ponerlas juntas. Iban a matarse entre ellas.

Habían ido allí en busca de esposo y no para hacerse amigas. Desde que estaba con ellas, lo habían acosado con preguntas sobre la relación de Macon y su madre. Cordy, que había subido todas las maletas, miró con odio el baúl verde lima que casi le había roto la

espalda. Era de Mirabella, de Los Ángeles.

Eran todas muy diferentes. La bellísima Ana, la pueblerina Carrie Dawn, la maternal Judith y Chantal, tan avanzada en su embarazo que cuando Cordy la recogió en el aeropuerto, temió que acabaría llevándola a la maternidad de un hospital, en vez de al rancho.

No debería haberse ofrecido a ayudarlas pero, hasta ese momento, la situación le había parecido divertida. Le encantaba ver la cara de frustración de Macon cuando su madre lo metía en un lío.

–¿Necesitáis alguna cosa más? –ofreció.

–Esto es una pérdida de tiempo –Mirabella lo miró con furia–. Él no se lo toma en serio. Podría haber ido al Festival Anual de Salones de Peluquería esta semana –dijo, sacudiendo con indignación su preciosa melena cortada a capas. Metió un picardías de encaje negro en el baúl–. Más nos vale volver a hacer las maletas –miró a su alrededor con desaliento–. No sé vosotras, chicas, pero yo me arrepiento de haber venido. Quizá habría conocido a alguien, un hombre, en ese festival.

–Reconócelo –contestó Judith Stone, la voz de la razón–. Puede que sea un estereotipo, Mirabella, pero la mayoría de los hombres que se dedican a la industria del cabello son homosexuales, y por eso mismo viniste aquí. Macon «sonaba» como si quisiera una esposa, incluso como si pudiera apetecerle tener un bebé.

–¡Pues no es así! –escupió Carrie Dawn venenosamente; metió las manos en los bolsillos de su vaquero y dio una patada en el suelo–. ¡Me iría mejor intentando llevar a Charlie al altar a la fuerza! –tiró una abultada mochila en una de las literas de arriba–. ¿No visteis a la mamá de Cordy allí sentada? ¿No notasteis cómo nos analizaba? –soltó un suspiro exasperado–. Pero yo no me voy. De ninguna manera. Obligaremos a tu padre a casarse con una de nosotras, Cordy. Tiene que hacerlo, es lo justo. Nos escribió diciendo que lo haría.

–Absolutamente cierto –corroboró Mirabella–. Incluso podríamos denunciarlo por falsedad. Propongo que nos neguemos a irnos hasta que una de nosotras lleve una alianza en el dedo.

–Me sirve una anilla de hojalata –replicó Carrie Dawn–. No soy caprichosa. Intento vengarme de mi novio, Charlie. Quiero ver su rostro cuando le diga que me he casado. Quiero que vea las fotos de boda cuando vuelva a la oficina a recoger las cosas de mi escritorio.

–Sois todas muy guapas. Sobre todo Ana –Chantal, sentada en una de las literas inferiores, se pasó una mano temblorosa por el voluminoso vientre–. No tendréis problemas para encontrar marido.

Pero yo… –sus ojos almendrados se llenaron de lágrimas–. Bueno, él nunca me elegiría a mí. Estoy embarazada y soy afroamericana… y él es blanco y mucho más viejo. No debería decirlo –miró a Cordy con incertidumbre–, pero yo… los vi besándose.

–¿A Macon y a la madre de Cordy? –los brillantes ojos azules de Carrie Dawn se abrieron de par en par bajo el flequillo pelirrojo–. ¡Lo sabía!

–¿Besándose? –Cordy miró a Chantal confundido.

–Tus padres –murmuró Judith con decepción, ahuecándose los rizos negros–. No quiero ofenderte, Cordy, pero ojalá tu padre hubiera sido más sincero al explicar su situación.

–Ya os lo he dicho. Macon no sabía nada de mí cuando os escribió –defendió Cordy.

–Bueno –Judith asintió con la cabeza y miró en su maleta de piel que estaba llena de bolsos y maletines a juego–, quizá deberíamos tomarnos esto como unas vacaciones pagadas –añadió filosóficamente.

–¡Yo necesito una boda, no vacaciones! ¡Quiero poner celoso a Charlie! –Carrie Dawn comenzó a andar por la habitación como un gato enjaulado–. Ya le he enviado el anuncio de *Texas Man*. La semana que viene pensaba enseñarle a toda la oficina mis fotos de boda; Charlie saldría de su despacho con el corazón destrozado al darse cuenta de lo que se ha perdido.

–Macon… –interrumpió Ana González– está muy bien, ¿no? Dientes blancos y rectos. Músculos enormes. Ojos chispeantes y traviesos –agarró el borde de su falda blanca, la alzó hasta las rodillas y comenzó a taconear suavemente, bailando alrededor de su bolsa de viaje de tela bordada–. Qué hombre, ¿eh? Quizá una mujer no sea suficiente para él –soltó una risa–. De todas formas, Judith tiene razón. Vamos a divertirnos, ¿vale, chicas?

Cordy las miró con asombro. Lo intrigaba lo de Macon y su madre. Hasta ese momento, había creído que entendía la situación. Ese año, Cordy había tenido relaciones sexuales por primera vez. Había utilizado un preservativo y tanto la chica como él se lo habían tomado como un experimento. Cordy había supuesto que lo mismo les había ocurrido a Macon y a su madre, pero no habían tenido suficiente cuidado.

–No sé por qué se besaban –dijo con las manos en los bolsillos–. Pero no creo que… signifique nada.

–Significa algo –le aseguró Judith.

–Por supuesto que sí –corroboró Mirabella mirando el pelo de Chantal–. Bueno, no puedo teñirte porque estás embarazada –

suspiró con resignación–, pero antes de irme te pondré extensiones en el pelo. Me niego a aceptar que he venido desde Los Ángeles para nada.

–Gracias, de verdad –Chantal bajó los ojos–. Pero no puedo permitirme ese gasto.

–Invito yo –ofreció Judith.

–Lo haré gratis –dijo Mirabella–. Así podré olvidarme un rato de nuestra triste situación.

–¡Dejad de hablar del maldito pelo! –estalló Carrie Dawn–. Igual nos daría estar calvas. La única mujer a la que mira Macon es la mamá de Cordy.

–Yo solo quería tener un bebé –dijo Mirabella, a punto de echarse a llorar, mientras sacaba un maletín de productos capilares del baúl.

Las uñas pintadas de rojo de Judith pasearon por el aire en un gesto filosófico. Sus ojos azules miraron a Chantal con compasión.

–Bueno –tranquilizó, sacando una camisa de estilo vaquero de la maleta y arrancándole la etiqueta del precio con los dientes–. Por lo visto Macon no sabía que Cordy era hijo suyo cuando nos escribió, ¿no es así?

–Sí –asintió rápidamente Cordy–. Os conté todo lo que sé. No creo que Macon y mi madre se hayan hablado durante años, pero…

–Pero tiene que haber más entre ellos de lo que admiten –concluyó Carrie Dawn, sentándose junto a Chantal–. Te juro –le dijo–, que esto es bastante peor que lo que ocurría entre Charlie y yo. Ya no me siento ni la mitad de culpable por enamorarme de mi jefe.

–¿Qué opinas tú, Cordy? –preguntó Judith–. ¿Quieres que tus padres se junten?

–¡No! –Cordy la miró boquiabierto.

–¿Estás seguro? –preguntó Mirabella esperanzada.

La verdad era que tenía que pensárselo. Conocía a Macon y lo respetaba por su empresa de construcción en Houston y por su trabajo en el rancho, pero tenía fama de ser un mujeriego empedernido. Pero eso no podía decírselo a esas mujeres.

Pero ¿Macon y su madre juntos? Imposible. Muchos años antes, cuando su madre era joven e incauta, se había dejado engatusar por los encantos de Macon una noche. Pero después había recuperado la cordura.

–Sois todas encantadoras –Cordy suspiró e ignoró la pregunta–, así que siento mucho todo esto.

–No es culpa tuya , cariño –dijo Judith.

–No creas que estamos enfadadas contigo –dijo Mirabella con voz arrepentida–. Eres un encanto. Gracias por ir a recogernos al aeropuerto.

–Y por subir nuestras maletas –añadió Ana.

–Maldición –dijo Carrie Dawn–. ¿Quién iba a imaginar que vendríamos buscando marido y nos encontraríamos con un escándalo? Primero un hombre pone un anuncio para casarse, después descubre que es padre desde hace dieciséis años –movió la cabeza–. A Charlie le habría gustado. Su sentido del humor es muy irónico.

–Sonará egoísta –se quejó Mirabella, sentándose en la litera de Judith–, pero ¿por qué no podían salir las cosas bien por una vez? ¿Por qué no está disponible?

–Pero sí que lo está –aseguró Cordy, convencido de que todas se equivocaban.

Miró a su alrededor y comprendió que podían llegar a caerle bien todas. Mirabella quería un bebé desesperadamente y Judith echaba de menos a sus hijos. Parecía que Charlie se merecía la venganza de Carrie Dawn y alguien tenía que ocuparse de Chantal y de su futuro hijo. Ana era tan increíblemente guapa que sería un pecado que un hombre no la quisiera y además, le había confesado que necesitaba un permiso de residencia.

–No os preocupéis –dijo de repente–, tengo influencia sobre Macon –hizo una pausa; la verdad era que Macon se estaba desviviendo por recuperar los años perdidos. Lo estaba agobiando pero, por otro lado, haría cualquier cosa que le pidiera.

–¿Influencia? –Carrie Dawn sonó esperanzada.

–Conseguiré que se case con una de vosotras –asintió Cordy. Lo difícil iba a ser decidir con quién…

–Una de nosotras se casará y las demás seremos sus damas de honor –dijo Mirabella–. Y yo peinaré a todo el mundo.

–Llevaré a Chantal de compras –antes de que la chica pudiera protestar, Judith añadió–: Soy asquerosamente rica, cariño, y me encanta comprar. Voy a hacer que esta semana sea maravillosa para ti.

–Yo te maquillaré –dijo Mirabella, alegrando la cara–. ¿Os acordáis de *El guardaespaldas?* Pues yo estudié con la mujer que maquilló a Whitney Houston.

–¿En serio? –Chantal abrió los ojos con asombro.

–Lo juro –Mirabella dibujó una cruz sobre su pecho.

–Eso es –dijo Carrie Dawn echándose a reír–. Necesito olvidarme de Charlie unos días. Puede que esto sea divertido.

–Empezaré a hacer de casamentero –les aseguró Cordy, preguntándose qué esposa elegir para su padre.

Capítulo Seis

¿Reservas este baile a alguien en especial?

–No, y si no me lo pides seré la única mujer sin marido que no haya bailado contigo –Harper recorrió con la vista el granero de los McCann. Tuvo que controlar la sonrisa cuando él le agarró una mano y entrelazó sus dedos fuertes y bronceados con los de ella. Sintió una inexplicable oleada de placer.

—Claro que he bailado–dijo Macon; parecía aliviado de escapar de las mesas e ir a la zona que se estaba utilizando como pista de baile–. Para eso es este baile, ¿no? Se supone que estoy eligiendo esposa.

–Que no sea yo quien te lo impida –replicó ella.

–No lo haces. Además, ya he hablado con todas.

Harper sonrió al oír su tono molesto. Aunque no quería aprovecharse de su incomodidad, él era el culpable de la situación, aunque ella había colaborado.

–Creo que te oí discutir con Mirabella sobre tu corte de pelo –no pudo resistirse a decir–. Vamos, Macon, ¿podrías pasar el resto de tu vida hablando de eso?

–¿De pelo? –Macon hizo una mueca y se detuvo junto a la mesa en la que su amigo Ansel ejercía la función de pinchadiscos–. No –admitió–. Mirabella quiere que me lo deje largo y hacerme mechas plateadas.

–Suena muy apropiado para Los Ángeles –rio Harper–. Judith me ha dicho que quiere llevarte de compras.

–Por lo que veo, Judith va tanto de compras que no le queda tiempo para casarse –rezongó Macon.

–Alguien tiene que elegir los esmóquines.

–Dice que la encanta ver a los hombres con traje. Le dije que no conozco a ningún vaquero que tenga uno.

–¿Y Judith contestó…?

–Que yo sería el primero.

–Vamos, vamos –canturreó Harper–. Debe de haber al menos un traje en tu armario, Macon.

–Lo hay –sus ojos chispearon con malicia–, pero no me gustaría que se ensuciara y arrugara antes de la boda.

La boda. Faltaban pocos días y Harper estaba empezando a creer que Macon era lo suficientemente testarudo como para llegar hasta el final.

–De eso –murmuró él–, o del funeral de mi padre.

–¿Le ha ocurrido algo a Cam? –preguntó asustada.

–Está bien –Macon se encogió de hombros–, pero hoy ha tenido un susto, por eso no ha venido. Tuvo una subida de tensión y Diego tuvo que llevarlo a urgencias.

–¿Diego lo llevó al hospital? –Harper se detuvo. ¿Cómo podían estar bailando si Cam estaba mal?

–Sí. Cam le dijo que si nos lo decía a mí y a mamá nos pondríamos muy pesados. Conociendo a Diego, seguramente pararon a tomar un trago de camino. A veces Diego tiene menos sentido común que una mula.

–No sabía nada. Cordy no me lo ha dicho.

–Cam no quiere que lo sepa nadie. Odia la compasión. Dice que tantas atenciones hacen que se sienta frágil y débil –Macon maldijo entre dientes–. Aunque odio tener que admitirlo, ya es frágil y débil.

–¿Sigue en el hospital?

–No. Ya conoces a Cam. No se quedaría ni atado, dice que la comida sabe a plástico. Está en casa, en la cama. El ama de llaves se quedó a cuidarlo –Macon se pasó la mano por el pelo revuelto y lanzó un suspiro–. El doctor Dickens corrió al hospital y consiguió bajarle la tensión. Está bien. Al menos, lo estará si lo convenzo de que deje el rancho a mi cargo –miró a Harper cálidamente–. Gracias por preocuparte.

Por supuesto que se preocupaba, y él debía saberlo, pensó ella mientras se mezclaban con el resto de las parejas. El granero estaba oscuro y cavernoso y, mirando a su alrededor, Harper se sintió como la niña de un cuento que atraviesa el bosque por la noche y siente que cientos de ojos la observan. Los rumores sobre la paternidad de Cordy seguían circulando, y todos estaban pendientes de ellos dos.

–Será mejor que vayamos con calma, Macon –advirtió, consciente de que la apretaba contra él, muy acaramelado.

–¿Crees que me importa lo que diga la gente? –replicó él, apretándola aún más.

–No –intentó ignorar la suavidad de la camisa bajo sus dedos y la mano callosa que acariciaba su espalda–. Pero debería importarte.

–Pues no me importa –dijo con una mueca.

–Es obvio que no –suspiró ella. Estaba abrazándola tan posesivamente como siempre, como suponía que abrazaba a otras muchas mujeres. La calidez de su mano traspasaba su vestido e invadía su sangre. Llevaba puesto el vestido blanco con flores azules

y él, mirando su escote con todo descaro, parecía estar recordando lo sencillo que había sido abrir cada botón.

–Me encanta este vestido –dijo él, como si le leyera el pensamiento.

–¿Este vestido viejo? –preguntó con indiferencia, aunque se lo había puesto precisamente por eso–. No encontraba nada que ponerme. Lo encontré al fondo del armario en el último momento.

–Si sigues así, puede que consigas que cancele la boda, Harper –dijo él, tras una carcajada satisfecha.

–¿Cómo iba a conseguir eso? –preguntó ella con una sonrisa inocente, pero con voz entrecortada.

–Haciendo de mí un hombre deshonesto.

–¿Estoy tentándote? –dijo ella, ocultando su placer.

–Eres una seductora nata –replicó él. Comenzó a tararear y, con voz profunda y desafinada canturreó la letra de la canción en su oído: «Dime que tu amor por mí sigue vivo…».

Harper se preguntó si se limitaba a cantar o si cuestionaba sus sentimientos por él. Echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. Se encontró con una mirada oscura y ardiente; sus ojos eran puro fuego dorado e intenso. De repente, su camisa le pareció demasiado caliente bajo las manos y el olor a almizcle de su sudor le paralizó los pies. Se tambaleó y sus dedos buscaron apoyo clavándose en sus musculosos hombros.

–No me hagas daño –advirtió él sonriente, sin molestarse en ocultar que lo divertía su momentánea pérdida de control. Señaló con la cabeza la mesa de las bebidas–. ¿No tienes miedo de ofender a mis invitadas?

–¿Ofender? –el corazón le repiqueteaba en el pecho.

–Sí. Por agarrarme con tanta fuerza.

–Ya soy mayor –dijo ella sin soltarlo, aunque momentos antes le había reprochado eso mismo–. Me arriesgaré a ofender a tus novias.

–Bueno –advirtió él–, pero si vienen a sacarte los ojos, no cuentes con que yo te defienda, Harper.

–Si tengo suerte, no pasarán de lanzarme miradas asesinas.

–Eso ya lo hacen –rio él.

No era el caso de Ana, que estaba ocupada bailando con Diego, ni de Mirabella, que aprendía un paso de baile de un vaquero que trabajaba en el rancho de Ansel. Pero Carrie Dawn, Judith y Cordy estaban junto a un barreño lleno de hielo y latas de cerveza, mirando fijamente a Macon y a Harper. La expresión de Chantal era más difícil de leer; su rostro apenas se veía en la penumbra. Muchos vecinos, incluida Lois Potter, los miraban con curiosidad descarada.

–Observan cada uno de nuestros movimientos –suspiró Harper. Y sus movimientos no estaban nada mal. El cuerpo de Macon se adaptaba al de ella como un guante.

–Supongo que Cordy nos interrumpirá en breve –dijo Macon–. Opina que debería estar bailando con Judith. Ayer, en la excursión, se aseguró de que me sentara a su lado. Creo que es su preferida. Es más mayor y seguramente sería la mejor madrastra.

Harper se preguntó si Macon le estaba pidiendo su opinión o simplemente la incitaba a que confesara sus propios sentimientos. No dijo nada, pero dio un respingo cuando él soltó su mano y puso las dos en su cintura. Tiró suavemente de ella y sus caderas se tocaron.

Estaba excitado. Muy, muy excitado. Al notarlo, a Harper se le fue la cabeza. Su aroma varonil se mezclaba con el de los perritos calientes y se alegró de que Macon la condujera hacia la puerta; necesitaba aire. Afuera se veía una hoguera, roja contra la oscuridad aterciopelada del cielo. Había grupos de vaqueros charlando, sin duda sobre los precios de la carne de vacuno.

Mientras observaba a Macon bailar con todas las mujeres presentes, ansiaba tenerlo entre sus brazos. Pero ahora que lo tenía tan insufriblemente cerca, quería saber qué había entre ellos. Se preguntó si empezaba a perdonarla por no haberle dicho lo de Cordy, y si realmente pensaba casarse esa semana.

Estaba segura de que él nunca había dejado de desearla. Sus ojos miraban sus senos, y era obvio que quería tocarlos. Sentía su mirada como una caricia. Harper pensó que sería maravilloso escaparse con él esa noche. Pero, en ese momento, vio a Cordy. La situación ya era bastante confusa para él y, por añadidura, estaban las mujeres que deseaban casarse con Macon.

«Y lo harán», pensó. «Si no se casa, Cam empeorará». La visita de Cam al hospital dejaba eso muy claro.

–Hiciste un gran trabajo al organizar esta fiesta, Harper –comentó Macon, observándola.

–Tuve mucha ayuda –se ruborizó por el inesperado cumplido y sus ojos chispearon traviesos–. Parece que hay gran interés en que te cases, Macon. Incluso Nancy Ludell ayudó a decorar el granero.

–Y no olvides a la maestra, Betsy. Oí decir que preparó la limonada –añadió Macon con tono algo seco. Ninguno de ellos mencionó a Lois Potts.

–Imagino que esperan que cambies de opinión y te decidas por una mujer del pueblo.

Los ojos de Macon parecieron preguntar si ella también lo

esperaba. Harper tenía que reconocer que se sentía como si estuviera volviendo a enamorarse de él.

–Por desgracia –dijo él en voz baja, aunque sus ojos parecían indicar que había captado sus pensamientos–, creo que el sheriff Brown quiere revisar los papeles de Ana González.

–Cordy me dijo que entró en el país ilegalmente –susurró Harper.

–Necesita un permiso de residencia –le dijo él al oído, haciéndole cosquillas con su aliento–, y puede que lo consiga. Diego está loco por ella.

–¡Es demasiado mayor para Ana! –protestó Harper.

–¿Qué tiene que ver la edad con el amor?

–Nada, supongo. La verdad es que antes los vi hablando –Harper no entendía qué hacía ella bailando con Macon, hablando de amor. Sonrió–. Chantal está muy guapa.

–Me alegro de que Mirabella se ocupara de su pelo –entrelazó los dedos con los de Harper–, aunque solo sea porque eso la mantuvo alejada del mío.

El cabello de Chantal, alargado con extensiones, estaba recogido en múltiples trenzas que se pegaban a su cabeza hasta llegar al cuello, y luego se separaban en mechones decorados con cuentas de colores, que caían hacia atrás. Por primera vez, su cuello largo y esbelto quedaba a la vista, y un toque de colorete realzaba sus pómulos altos y bien formados.

–No quería que Judith la llevara de compras, pero llegaron a un compromiso y fueron a una tienda de segunda mano en South Dallas.

–¿Ese vestido es de segunda mano? –Macon miró hacia la oscuridad.

–Bonito, ¿verdad? –la sonrisa de Harper se amplió. Era rosa pálido y caía suelto desde debajo del pecho, por encima de su abultado vientre, hasta casi los tobillos–. Sus padres parecen ser muy buena gente –siguió Harper. Aunque hubiera querido hacerse amiga de Chantal, le resultaba difícil. Era una de las mujeres que querían casarse con Macon y, por tanto, su rival. Pero Cordy sí se había hecho amigo suyo, y ella le había contado cosas sobre su situación familiar.

–¿Buena gente? –Macon sonaba enfadado–. Si fueran tan buena gente no la habrían echado de casa.

–No la echaron de casa, Macon –rectificó ella, examinando su rostro. El paso del tiempo había dejado su huella en él y sus ojos parecían monedas de oro viejo que hubieran pasado por muchas

manos.

–Puede que no –admitió Macon–. Pero no la están apoyando. Estar embarazada e intentar terminar el instituto con solo diecisiete años debe de ser muy duro.

–Lo fue –Harper se puso rígida.

–No me refería a ti, Harper –mascullό él.

–Pero para mi lo fue –ni siquiera se lo había dicho a sus amigas, por miedo a que la rechazaran–. Sus padres no saben qué hacer. Lo mismo le ocurrió a mi madre.

–¿Lo sabía? –Macon la miró atónito y se acercó más a la puerta del granero, buscando la brisa.

–Se lo dije.

Macon sabía que la madre de Harper había sido impertinente, dominante y negativa con respecto a cualquier cosa, desde el precio de los huevos al futuro de Harper. Siempre esperaba que ocurriera lo peor.

–No debería habérselo dicho –admitió Harper–. Ya sabes como era. Todo le parecía el fin del mundo.

–¿Por qué lo hiciste?

–Empecé a sentirme mal por la mañana, así que se lo imaginaba. Era mejor aclararlo –Macon la abrazó con fuerza y un agradable calor relajó el cuerpo de Harper. Parecía imposible que estuvieran allí, compartiendo secretos sobre el pasado, mientras cinco mujeres esperaban casarse con él–. La semana está pasando muy deprisa – susurró débilmente.

–Sí, como un rayo –asintió él.

–Tu madre ya ha encargado las flores para el altar, Macon – informó con voz tenue. La canción había acabado y Harper se dio cuenta de que estaban inmóviles ante la puerta–. Y ha contratado a un organista.

–¿Es legal casarse así, Harper? –por primera vez, su voz sonó realmente conmocionada.

–¿Qué quieres decir?

–Hacerse los análisis de sangre justo antes de la boda y eso… – encogió los hombros–. ¿No hay un tiempo de espera o algo así?

–No lo sé –replicó ella sinceramente.

–Tú te casaste –Macon la miró con sorpresa.

–Pero estaba tan estresada que no lo recuerdo –explicó ella. Los ojos de Macon la miraron compasivos–. Pine Hills es un pueblo pequeño. Y da la casualidad de que tu padre es dueño de gran parte de él.

–Harper –hizo una mueca–, no es como si Cam tuviera al

sacerdote en el bolsillo.

–No. Pero Cam y el reverendo Shute van a pescar juntos.

–En compañía del doctor Dickens y del juez de paz –agregó Macon, revolviéndose inquieto.

–¿Empiezas a ponerte nervioso, Macon? –preguntó ella, deseando con todas sus fuerzas que fuera así.

–O eso, o necesito un respiro –dio un paso atrás, encontró su mano y tiró de ella para llevarla al exterior.

–¿Adónde me llevas, Macon?

–Hace años que no subo aquí –dijo Macon media hora después, girando y dando marcha atrás para que la parte de trasera de la furgoneta estuviera de cara al acantilado.

–Star Point –murmuró Harper.

Hacía fresco allí arriba, los robles y sicomoros estaban llenos de hojas y creaban una especie de dosel sobre la furgoneta. No parecía que hubiese demasiados mosquitos y se oía el chapoteo de los peces en el lago.

–Vamos –dijo Macon.

–¿Adónde? –Harper lo miró con curiosidad.

–A la parte de atrás de la furgoneta, a mirar las estrellas –sin darle tiempo a protestar, Macon sacó un edredón fino y dos almohadas de detrás del asiento. Salió, arrancó una brizna de hierba, se la puso entre los dientes y abrió la puerta de atrás. Extendió el edredón mientras ella salía. Oyó el crujido de las ramas bajo sus pies–. Ven aquí –ordenó al verla aparecer.

Aunque habían estado allí muchas veces en su adolescencia, ella titubeó. Él le dio la mano y sintió que una corriente eléctrica le recorría el brazo cuando ella la aceptó. Tiró de ella para subirla y, cuando el vestido se deslizó piernas arriba, casi hasta la ingle, Macon creyó que no podría soportarlo. Se tumbó en el edredón, se apoyó en una almohada y observó a Harper, allí de pie, silueteada por una luna enorme y multitud de estrellas.

–No sé si debería fiarme de un hombre que lleva ropa de cama en la furgoneta –balbuceó ella.

–No deberías –admitió él con una risita–, y con el aspecto que tienes ahora, Harper, te aseguro que no deberías fiarte de mí.

–¿No?

–No –negó con la cabeza–. Por cierto, estás tapando la luna.

–Una lástima –murmuró ella, sentándose a su lado. Un segundo después, estaba tumbada junto a él, con los brazos cruzados bajo el

pecho. Esa postura realzaba la redondez de sus senos y Macon se imaginó el aspecto que tendrían bajo sus manos oscuras.

–Es extraño –comentó ella, mirando las estrellas–. Hace años que no vengo aquí. Muchas cosas han cambiado, pero Star Point sigue exactamente igual.

Macon asintió. El cielo seguía pareciendo terciopelo líquido y las estrellas brillaban intensamente. Unas luces diminutas en el valle le recordaron que Pine Hills, a pesar del drama que Harper y él compartían, no era más que un diminuto pueblo perdido en medio de Texas.

–Sé que volviste por Cam, Macon –dijo ella–. ¿Echas de menos Houston?

–Ni un poco, Harper –replicó él, recordando los altos edificios que allí ocultaban las estrellas. En realidad, se había quedado en Houston porque ella se casó con Bruce, pero no lo dijo.

–Había olvidado que aquí la temperatura es cuatro grados más baja –dijo ella, estremeciéndose.

–Toma. Ponte esto –se desabrochó la camisa, se la dio y volvió a tumbarse, mientras Harper se la echaba sobre los hombros.

–Es muy suave –murmuró ella, frotando la mejilla contra la tela–. ¿No tendrás frío?

–El aire nocturno es muy agradable –dijo él, pensando que los dedos de ella lo serían más aún. La alegró que estuviera sintiendo el olor y el calor de su cuerpo rodeándola.

Vio la emoción confusa de sus ojos, que él compartía. Un hombre no podía perdonar que le hubieran ocultado que tenía un hijo. Pero, aun así, rodeó sus hombros con un brazo y la atrajo. Harper, sin palabras, se acurrucó contra él y apoyó la mejilla en su pecho. Macon se preguntó qué hacían allí arriba, solos y en la oscuridad. ¿Por qué había abandonado esa fiesta en la que cinco mujeres estaban deseando conocerlo?

–Star Point –musitó Harper–. ¿Por qué me has traído aquí, Macon?

–Porque antes solíamos venir.

–Hacíamos más que venir –dijo ella, dibujando un corazón sobre su pecho con el dedo.

Tumbado con ella, a la luz de la luna, Macon comprendió, con un pinchazo de ira, que probablemente habían concebido a Cordy allí mismo.

–Quiero saber lo qué ocurrió –dijo. Miró el cielo y comprendió que nunca debería haberse marchado, ese era su hogar y allí estaba su corazón. En Star Point, donde casi se podía tocar la luna. Con

Harper. Sus ojos se cruzaron y le acarició la mejilla, tersa como el cristal–. ¿Ibas a escaparte conmigo como habías prometido?

–No lo sé, Macon –respondió con sinceridad. Eso no era lo que él quería oír.

–¿Por qué no?

–Esa noche iba a decirte lo del niño…, lo de Cordy. Acababa de enterarme. Después tuve dudas. Compré otra prueba de embarazo, por si el resultado era distinto.

–Pero fue igual.

–Sí –asintió ella lentamente.

–¿Te alegró lo del niño? –preguntó él con un nudo en la garganta.

–Después, sí –dijo–. Cuando me casé. Supongo que me sentí lo suficientemente segura para alegrarme. Antes tenía miedo, Macon. Solo tenía diecisiete años cuando nació y mi madre no era precisamente una mujer comprensiva –lo miró a los ojos y suspiró–. Por eso me preocupa tanto Chantal.

–¿No podrías haber hablado conmigo?

–Iba a decírtelo esa noche pero mi madre me pilló cuando salía. Al final, la empujé para que se apartara, y fui a encontrarme contigo de todas formas. Bajé andando hasta el Big Grisly Grill.

–Esa noche no pasó nada entre Lois y yo, Harper.

–A mí no me dio esa impresión –protestó ella, aunque sus ojos decían que sabía la verdad: que habían hecho de todo, pero sin llegar hasta al final.

–Creí que me habías plantado –justificó él, consciente de que no era una excusa válida. Al recordar su impetuosidad juvenil, sintió una oleada de ira. Primero contra la madre de Harper, por llenarle la cabeza de miedo y mentiras para que no se fiara de los hombres; después contra sí mismo, por no haber sido más digno de confianza–. Hiciste bien fiándote de Bruce y no de mí.

–No sé si fue así al principio, Macon –dijo ella, entreabriendo los labios con asombro–. Pero cuando fui a comprar el test de embarazo a su farmacia de Opossum Creek, me derrumbé y acabé contándoselo todo.

Y Bruce le había ofrecido una salida. El orgullo impidió a Macon decirle la verdad: «Yo iba a casarme contigo, Harper». Miró su rostro. La vida, a pesar del embarazo, la viudez, no le había dejado huella aparente en su rostro. Para él seguía siendo como Star Point, no había cambiado. Deslizó la mano por ese cuerpo que había amado tantas veces. Tocó su vientre y la curva de su pecho, y le encantó notar que su pezón se ponía erecto. Llegó hasta el hombro,

puso la mano sobre él y la atrajo hacia sí.

Los insectos zumbaban en los árboles y se oyó otro chapoteo en el lago, mezclado con el ruido de las hojas y las respiraciones agitadas de ellos dos. Posó los labios en los de ella lentamente, emocionado. No sabía qué significaba ese beso, ni hacia dónde se encaminaba su relación. Hacía solo unos días, quería casarse con una desconocida, para olvidar a Harper de una vez por todas. Creía que una de las cinco mujeres sería la adecuada para él. Ahora estaba seguro de que solo podía casarse con Harper.

Su mujer siempre había sido y siempre sería Harper.

Capítulo Siete

Dijiste que nos ayudarías, Cordy –la falda vaquera de Carrie Dawn se hinchó cuando se dejó caer en una de las literas–. Prometiste hacer de casamentero. Pero la semana se está acabando, ¡y estamos como al principio!

–¡Tranquilízate! –exclamó Cordy, cerrando la puerta–. O Macon te oirá. Creo que acabo de oír su furgoneta. Debe de estar abajo.

–¡Apestando al perfume de tu mamá! –se quejó Carrie Dawn, abanicándose con la mano–. Me puse una falda para ir a ese estúpido baile. ¡Yo nunca llevo falda! Y tu padre ni siquiera se fijó. ¡Solo bailó conmigo una vez! –sus ojos se llenaron de lágrimas–. ¿Cómo voy a poner celoso a Charlie, si nadie más me quiere?

Cordy apenas la oyó. Carrie Dawn le caía bien, y lamentaba que las mujeres estuviesen disgustadas, pero lo preocupaba mucho más que su madre hubiera desaparecido de la fiesta con Macon. Hacía tiempo que se conocían, Cordy lo sabía, pero entonces ella había sido una adolescente tonta e inconsciente. Después había espabilado y se casó con Bruce, el padre de Cordy. Por desgracia, era viuda y eso implicaba problemas. Aunque solo tenía dieciséis años, Cordy sabía que las viudas se sentían más solas, y se convertían en presa fácil para hombres como Macon.

La última noticia que tenían de ellos dos era que alguien había visto la furgoneta de Macon subir colina arriba, hacia Star Point. Cordy conocía perfectamente el lugar, como todos los varones adolescentes de Pine Hills. Por eso mismo, Cordy no podía imaginarse que su madre hubiera ido nunca allí, al menos antes de esa noche. Probablemente, cuando Macon se lo había sugerido, su pobre e inocente madre había creído que de veras quería enseñarle las estrellas o una tontería similar.

Cordy se imaginaba perfectamente a Macon convenciéndola de que el paisaje merecía la pena. Rechinó los dientes, deseando saber exactamente qué le había hecho durante sus tres horas de ausencia. Con una mueca airada, se quitó el sombrero y lo tiró sobre una cómoda.

–Escucha, Carrie Dawn –empezó–, ya sé que dije que intentaría emparejar a una de vosotras con Macon…

–Sí, pero tenemos que avanzar, Cordy –interrumpió Ana con determinación–. Ese hombre que trabaja para Macon, Diego, parece interesado en casarse, así que no puedo perder más el tiempo. Al menos, no con Macon McCann, que no busca esposa como

aseguraba en su carta. Mis hermanas ya viven en Estados Unidos, y quiero estar con ellas. Además, puede que Diego me ayude a conseguir la residencia, siempre que ese sheriff no llame a inmigración.

–Tenía muchas ganas de empezar de nuevo –murmuró Judith descorazonada–. Desde que me separé y mis hijos se marcharon de casa, me he sentido muy perdida. El trabajo ya no me llenaba –forzó una sonrisa–. Confieso que yo también esperaba que Macon se interesara por mí. Me llevo menos años con él que vosotras y, además, cuando se ha estado casada y se han tenido hijos, una se acostumbra a cuidar de la gente, ya me entendéis.

–Pero Macon es más bien independiente –le recordó Cordy–. Además, puede que las cosas se arreglen.

–Eres muy amable –Judith inspiró con fuerza–. Pero Macon no está interesado en mí. Además, has dado en el clavo. En realidad no necesito otro marido.

–¿No? –las cejas de Cordy se dispararon como cohetes.

–No –repitió Judith–. Solo necesito gente a la que no le importe que me preocupe por ella.

–Gente a la que llevar sopa cuando esté enferma –gimió Carrie Dawn.

–Y helados –agregó Chantal nostálgica.

–Oh, ¡por eso debo tener un bebé cuanto antes! Necesito cuidar a alguien –Mirabella sacó una camiseta sin espalda de su baúl y se la puso por encima, mirándose en el espejo–. Lo creáis o no, me canso de no tener nada de lo que ocuparme, excepto de mí misma. Ana tiene razón cuando dice que no debemos esperar para ver si Macon va en serio o no; yo no creo que anuncie una boda cuando acabe la semana. Por eso me alegro de haber conocido a un tipo agradable esta noche.

–Ni siquiera se me ocurrió utilizar a un hombre que no fuera Macon para poner celoso a Charlie –gruñó Carrie Dawn–. Un bosque entero y he perdido el tiempo mirando un solo árbol.

–Ah, Mirabella –Ana soltó una carcajada–. ¿Te refieres a ese vaquero con el que has bailado toda la noche? No era «agradable», estaba para caerse de espaldas.

–Amiga –añadió Chantal, mirando a Mirabella y soltando la lengua por primera vez, como si el vestuario y el peinado le hubieran dado confianza en sí misma–, bailabais tan pegados, que ni siquiera conseguí echarle una ojeada a ese hombre.

–Se llama Jeff Davis –anunció Mirabella. Tiró la camiseta al baúl y se sentó junto a Carrie Dawn–, y trabaja en el rancho vecino, para

Ansel Walters. Jeff está casi seguro de que Ansel va a hacerlo capataz –miró a Cordy con culpabilidad–. Quizá me convenga más alguien como Jeff, Cordy. Quiero tener un niño y tu padre… bueno, está cerca de los cuarenta, ¿no?

–Correcto –afirmó Cordy con alivio, con Mirabella fuera de concurso, las posibilidades se limitaban.

–¡Cuarenta! –exclamó Carrie Dawn–. Judith tiene cuarenta y Charlie aún más. Eso no tiene importancia. Charlie y yo aún podríamos tener hijos –miró a Cordy con rabia–. Si Charlie los hubiera querido. Eso es algo que nunca sabré.

–Oye –se defendió Cordy–, yo lo he intentado.

–Pero no funcionó –replicó Carrie Dawn, de nuevo a punto de llorar.

–Puede que no –replicó Cordy, a punto de estallar–. Pero si hubieras hecho algún esfuerzo por conquistar a Macon, a mí me irían mejor las cosas.

Un silencio absoluto siguió a sus palabras.

–Como estoy enamorada de Charlie –confesó Carrie Dawn– me siento incapaz de seducir a Macon.

–¿Te irían mejor las cosas? –Judith miró a Cordy atentamente–. ¿Qué quieres decir con eso?

–Si Macon estuviera enamorándose de una de vosotras –aclaró Cordy, preguntándose cómo podían ser tan tontas–, ¡no se habría ido con mi madre esta noche!

–¡Oh, Cordy! –Carrie Dawn se puso la mano en la boca y se levantó de un salto–. No lo había pensado de esa manera. Siempre se me olvida que es tu madre.

–Lo es. Y desaparecieron durante tres horas –dijo Cordy huraño. Suponía que el daño ya estaba hecho. Tres horas era mucho tiempo en Star Point. El ardor masculino de Cordy no había durado tres horas cuando estuvo allí con Arlene Kendall, ¡y ella era virgen y Cordy mucho más joven que Macon! Soltó un suspiro–. No importa, Carrie Dawn. Olvídalo.

–¿De verdad te molesta que pasen tiempo juntos, Cordy? –preguntó Judith, escrutando su rostro–. Al fin y al cabo, son tus padres.

–Supongo que en realidad no –encogió los hombros–. Pero tendría que acostumbrarme a la idea. Nunca pensé en mi madre y Macon juntos –se mordió pensativamente el carrillo–. No debería decirlo, pero me preocupa. Macon tiene fama de… ser mujeriego.

–Mucho –asintió Judith, sin atisbo de incomodidad.

–Un animal –dijo Ana, risueña.

–Un conquistador nato –añadió Mirabella.

–Demasiado atractivo para su propio bien, si queréis saber mi opinión –exclamó Carrie Dawn.

–Está claro que lo que han compartido hoy, sea lo que sea, empezó hace muchos años –suspiró Judith, mirando cariñosamente a Cordy–. Cuando los vi bailar, me pareció que estaban hechos el uno para el otro.

Por desgracia, Cordy era perfectamente consciente de lo que Judith insinuaba. En la pista de baile, su madre se había amoldado a Macon como cera derretida. Lo miraba resplandeciente y con los ojos brillantes. Cordy tenía que admitir que hacía mucho que no la veía tan feliz. Cuando su padre murió, la había oído llorar en la cama noche tras noche, cuando creía que él dormía.

–Todas vinimos aquí con la esperanza de casarnos –dijo Chantal, acariciándose el vientre–, pero no creo que eso vaya a funcionar.

–No, yo opino que Macon está enamorado de la mamá de Cordy –corroboró Carrie Dawn.

–Creo que eso es llevar las cosas demasiado lejos –Cordy frunció el ceño–. ¿De verdad pensáis eso?

–Sí. Y todos deberíamos a jugar a casamenteros –dijo Chantal.

–¿Qué? –Cordy se rascó la cabeza, inquieto por el rumbo que tomaba la situación.

–Creo que deberíamos conseguir que tus padres se emparejen –anunció Chantal.

–Dejadme que lo piense –dijo Cordy, pensando que Macon y su madre parecían estar apañándose perfectamente sin su ayuda–. Mañana estarán los dos en la fiesta de la piscina –dijo Cordy. Aunque se le hacía raro emparejar a Macon y a su madre, quizá si ella tuviera sus propias distracciones, le dejaría en paz a él. Además, Macon era el primer hombre en dos años que había devuelto la luz a los ojos de su madre.

–Otra vez tú –saludó Harper con tono seco, en la caseta de baño. Tragó saliva y, mentalmente se dijo: «Es fácil, Harper. Agarra las toallas que has venido a buscar y vete».

–No puedes evitarme –se burló Macon.

–Hoy, desde luego no. Debes de estar siguiéndome.

–Como un perro faldero –aceptó él–, pero no por mi voluntad, Harper.

Era cierto, en cuanto Harper se descuidaba un segundo, su hijo y las candidatas a esposa la lanzaban en brazos de Macon. Pero, al

mirarlo, tuvo que reconocer que no la molestaba demasiado. Él solo llevaba puesto un bañador mojado que se le pegaba a la piel y, sin ser apretado, era lo suficientemente sugerente como para que a ella se le cayera la baba. Admiró sus fuertes brazos y su velludo pecho, sobre el que había recostado la cabeza la noche anterior.

Harper apoyó los dedos en el alféizar para recuperar el equilibrio. La noche anterior no había pasado nada, y suponía que debía agradecerlo. Se habían besado, eso sí, pero habían estado la mayor parte del tiempo mirando las estrellas y charlando, como en los viejos tiempos. No había ocurrido nada, pero el problema era que Harper había deseado que ocurriera algo.

–¿Seguro que esto no es una encerrona? –preguntó Macon.

–¿Encerrona?

–Se diría que intentas pasar un rato a solas conmigo.

–¿Eso te molesta mucho? –Harper arqueó una ceja.

–Diablos, claro que no –Macon sonrió.

Harper, riendo, se asomó por la ventana y miró la gran piscina rodeada de plantas tropicales. Medio Pine Hills estaba allí. Algunos invitados chapoteaban en el agua, otros se relajaban bajo las sombrillas. Mirabella estaba en la piscina, subida a hombros de Jeff Davis; sus largas y morenas piernas colgaban sobre el pecho del vaquero, y su rubia y airosa melena estaba milagrosamente seca. Ansel Walters y Cam, los dos con delantales blancos, se ocupaban de la barbacoa, mientras Blanche McCann colocaba salsas y aperitivos en una mesa.

–Blanche cree que si Cam le da la vuelta a una hamburguesa, tendrá un ataque –suspiró Macon.

–Debe de haberla asustado mucho que tuviera que ir al hospital –Harper frunció el ceño.

–Una barbaridad –asintió él–. Y a mi también –paseó los ojos por su biquini negro y cambió de tema–. Dime, ¿por qué has venido a la caseta de baño?

–Nuestro hijo me envió –levantó un montón de toallas limpias, consciente de que era la primera vez que utilizaba *nuestro* para referirse a Cordy.

–Muy curioso –Macon agarró otras dos toallas–. A mí también me envió.

–¿Se le habrá olvidado que me lo pidió a mí? –sugirió Harper.

–No lo creo –dijo Macon con aire dubitativo.

–Yo tampoco –confesó ella, confusa por el comportamiento de Cordy. Arrugó la frente, soltó las toallas y se apoyó en la ventana, buscando a Cordy con la vista.

–¿Qué crees que pretende? –Macon parecía intrigado.

Ella se encogió de hombros. Sintió un escalofrío cuando Macon se puso a su lado. Sus pulmones se llenaron con el aroma de la crema de cacao con la que él se había protegido la piel. Macon tomó un mechón de su pelo, que llevaba recogido en un moño suelto, entre los dedos y, seductivamente, se lo apartó del rostro. Harper se estremeció.

–Estás helada –dijo él con asombro.

–Frígida –corrigió ella, con una sonrisa.

–No sé por qué, pero lo dudo.

–Con ese protector solar que llevas, hueles como una chocolatina derretida.

–¿Estoy lo bastante bueno como para comerme? –preguntó él, sin ocultar el deseo de sus ojos.

Ese era un placer que nunca habían compartido y a Harper le pareció terrible que no fueran a hacerlo, al menos, si él se casaba dos días después. Deseaba sentir su boca… *allí*, cálida y experta. Imaginó la caricia de su lengua y se sintió mareada, como si lo que fluía por sus venas fuera vino y no sangre. Tragó saliva con fuerza. ¡Macon no podía casarse! Él, comprobando que el dintel de la ventana ocultaba la parte inferior de sus cuerpos, se acercó aún más. Harper sintió el roce de su bañador mojado y dio un respingo; estaba totalmente excitado.

–¿Lo bastante bueno como para comerte? –farfulló ella–. Dentro de dos días, esas preguntas tendrás que hacérselas a tu esposa.

–Me alegro mucho de que Cordy nos enviara a los dos a buscar toallas –dijo él con voz ronca y ojos hambrientos y llenos de pasión.

Harper, contenta de que su boda no pareciera importarle demasiado, miró por la ventana, y pilló a Cordy y a Judith observándolos. Cordy saludó con la mano, corrió a la piscina y se zambulló.

–Casi vacía el agua de la piscina –comentó Macon.

–Sobre la melena de Mirabella –rio Harper. Jeff Davis se sumergió de repente y Mirabella cayó al agua.

–Me alegro de que haya encontrado a otro hombre –admitió Macon–. No me imagino casado con ella.

–¿Demasiado joven para ti?

–No hay mujer con la que yo no pueda –aseguró él, simulando que había herido su orgullo masculino–. Pero, con lo que tarda en arreglarse el pelo, no estaría lista para casarse al final de la semana.

Harper forzó una sonrisa y se preguntó qué pretendía Cordy, por qué intentaba lanzarla en brazos de Macon. Bruce había muerto y

ella estaba sola; quizá lo preocupaba lo que haría cuando él se fuera a la universidad. Además, Macon era su padre.

–No sé por qué hace esto Cordy, pero lo averiguaré –dijo de repente–. No te preocupes. Quizá sea lo más natural que quiera que nos unamos.

–Ahora mismo –murmulló Macon– yo quiero que nos unamos.

Harper no tuvo tiempo de preguntarle qué pasaría después. Macon colocó una mano en su cadera y la deslizó hacia su trasero, acariciándola suavemente. Decidió que solo le importaba el presente. Fue hacia él como una abeja a la miel, comprendiendo que la ventana ocultaba lo que hacían. Nadie lo vería…

–Macon –murmuró con deseo, cuando él deslizó la otra mano entre sus piernas y un dedo pulgar comenzó a trazar círculos en su ingle. Soltó el aire con fuerza.

–Harper…

Sería muy fácil dejar que siguiera tocándola… aceptar el placer que tanto había deseado la noche anterior en Star Point, y que él era experto en proporcionarle. Pero su hijo estaba afuera, ¡con todas las personas importantes de Pine Hills! De pronto, el rumor de las conversaciones le pareció atronador.

–Macon… ¡no! –protestó jadeando.

–¿No? –dijo él con una sonrisa traviesa curvando su irresistible boca–. No sé tú –susurró, acariciándola por encima del biquini, con un toque suave y electrizante. Introdujo un dedo bajo el elástico y a ella se le doblaron las rodillas–, pero yo solo he venido a buscar unas toallas, Harper.

–No hay toallas en mi biquini, Macon –replicó ella, con el corazón a punto de estallar y ardiente de pasión.

–¿Estás segura? –la miró con sorpresa fingida y sacó la mano, pero solo para volver a atacar por el elástico de la cintura. Un segundo después, un dedo jugueteaba con ella, haciendo círculos y enredándose en su vello; Harper tensó las nalgas–. Será mejor que eche un vistazo –le susurró al oído.

–¿Mirar? –gimió ella. La molestaba y la oprimía el biquini, que ya le había bajado hasta medio muslo; la obligaba a tener las piernas cerradas cuando deseaba abrirlas para él, sobre todo desde que había sentido la presión de su erección.

–Sí… mirar –contestó él, mirando el lugar donde su dedo, lenta y deliberadamente, seguía acariciando y abriendo sus pliegues–. Bonito. Dulce –anunció con un leve gruñido. Ella apretó los labios, temiendo que el placer la hiciera gritar. Echó un vistazo a la piscina y oír el chapoteo incrementó su nerviosismo y su excitación.

–Macon –jadeó sin aliento–. No podemos…

–Sí podemos.

–Nos verá alguien.

–Estás casi a punto, Harper.

Era imposible luchar contra eso, demasiado tarde. Harper clavó los dedos en el alféizar de la ventana, echó una última ojeada a la piscina y se dejó llevar por sus sensaciones. Se arqueó hacia él, buscó su bañador con la mano libre y la cerró alrededor de su erección.

Él gimió. Introdujo un dedo en su interior, y luego otro, y en cada embestida, ella imaginó que lo que la penetraba era el miembro que ella acariciaba. Sabía que, con tanta gente cerca, lo que estaban haciendo era demasiado decadente. Pero era delicioso. Una sola caricia y la pasión podía con ellos. Los arrasaba y devastaba.

Lo olvidó todo excepto la magia de sus dedos, del pulgar que acariciaba una y otra vez el pequeño y húmedo botón que la llevaría al éxtasis. A punto de gritar, Harper se mordió el labio con fuerza.

–Maldita sea, Macon, nos van a oír.

–Que nos oigan –gruñó él, arqueando las caderas y siguiendo su ritmo. Harper cerró la mano con fuerza sobre su explosiva erección y él aceleró el ritmo de sus dedos. Sin aliento, susurró–: Ahora, Harper.

Como si su voz la hubiera tocado, ella se convulsionó. Él, jadeante, se abandonó al mismo tiempo. Un momento después, aún en sus brazos, Harper salió de su aturdimiento sensual y percibió la humedad de su bañador, el calor de su piel y el golpeteo de su corazón.

–¡Gracias, Macon! ¡Eso ha dolido! –se quejó ella, cuando, sin previo aviso, el elástico del biquini volvió de golpe a su sitio.

–Lo siento, pero… –Macon miraba la piscina sin parpadear, vigilante. Algo enfadada, Harper echó un vistazo y soltó un gritito al ver a Carrie Dawn correr entre la gente, hacia la caseta de baño.

–Algo va mal –dijo Harper, con el corazón aún acelerado–. ¿Qué ocurre? ¿La persigue alguien?

–Considerando lo que lleva puesto –masculló Macon–, no me extrañaría.

Instintivamente, Harper cerró la mano sobre su antebrazo y sintió su vello erizado, como el lomo de un gato furioso. Bajó la vista y, sonrojándose, pensó que era una suerte que el bañador ya estuviera húmedo antes.

–No es muy grande –reconoció ella, mirando el diminuto tanga azul brillante que apenas la tapaba. La parte de arriba era aún menor. Carrie Dawn corría con determinación, y sus resoplidos hacían que su flequillo rojo revoloteara–. El de Mirabella es aún más pequeño.

–¿En serio? Tendré que mirarlo –dijo Macon, sin apartar los ojos de Carrie Dawn. Harper le dio un manotazo. Él atrapó su mano–. Veamos, ¿por qué crees que Carrie Dawn viene hacia aquí?

–¿Para evitar que te asesine? –replicó ella.

–O eso, o para interrumpir el beso que estabas a punto de recibir.

–¿Estaba a punto de recibir un beso?

–Solo si me decías que estoy suficientemente bueno como para comerme.

–¿Nunca te han dicho que tienes un ego del tamaño del Estado de Texas?

Él no contestó. Seguía mirando fijamente a Carrie Dawn con cara de preocupación, como si empezara a pensar que necesitaba ayuda. La multitud se había apartado y Harper vio que un hombre la perseguía.

–¿Quién es ese? –preguntó.

–Ni idea –replicó Macon.

–No es de aquí –comentó ella–. No lleva pantalones vaqueros, ni botas.

Era un hombre regordete, de mediana edad, y las solapas abiertas de su chaqueta gris dejaban ver un abultado estómago embutido en una camisa arrugada. Aunque su cuerpo no ganaría ningún concurso, tenía la mandíbula firme y ojos grises y amables que indicaban buen carácter. Pero parecía furioso, y agarraba el asa de su maletín con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

–¿Qué le habrá hecho Carrie Dawn? –Macon soltó un silbido.

–¿No vas a rescatarla?

–Seguro. Cuando llegue aquí, le abriré la puerta.

–Puede que tengas razón –admitió Harper–. Por la forma en que resopla ese hombre, ella llegará antes. Será mejor que se encierre aquí con nosotros.

El pareo largo y transparente de Lois Potts ondeó en el aire mientras corría hacia la escena. Cordy, Garrick, Jeff y Mirabella se agolparon en la escalerilla de la piscina. Cordy salió antes y, empapado, fue tras Carrie Dawn. Judith, que estaba a la sombra con Chantal, se puso en pie, asombrada, mientras Blanche sujetaba el brazo de su marido, sin duda temiendo que le subiera la tensión.

Anna y Diego habían desaparecido horas antes.

Carrie Dawn no llegó a la caseta de baño. Cuando estaba a un metro, el desconocido agarró su hombro e hizo que se volviera hacia él. Justo cuando Macon dio un paso hacia la puerta, Harper lo sujetó.

–No –dijo en voz baja, confiando en que el hombre no la oyera–. Creo que todo va bien.

Pero el hombre la oyó. Miró hacia la ventana, soltó el brazo de Carrie Dawn y agarró una toalla del alféizar.

–Tápate –ordenó, dándole la toalla.

–¿Qué me tape? –chilló Carrie Dawn, dando un pisotón en el suelo con el pie desnudo–. ¡Ni lo sueñes! Por si no lo sabías, algunos hombres piensan que estoy muy bien así, Charlie.

–¿Charlie? –murmuró Harper–. ¿Su jefe?

–Apuesto a que sí, cariñito –dijo él con un acento sureño tan marcado como el de Carrie Dawn.

–¡No te atrevas a llamarme cariñito! –gritó ella–. Ya ni siquiera eres mi novio.

–Puede que no, pero ¡no permitiré que te cases con un hombre al que ni siquiera conoces! –rugió Charlie.

–Es mejor que quedarme en Virginia, enamorada de mi jefe –devolvió ella–. ¿Cómo crees que me siento, Charlie? Todo el personal de Almacén y de Envíos sabe lo nuestro. Y todos los cocineros de la cafetería.

–¡Ridículo! ¿Por qué iban a saberlo los cocineros?

–Porque hasta hace dos meses, desayunaba allí todos los días, y saben cuánto me gusta. Pero ahora…

Charlie se quedó inmóvil y abrió los ojos como platos. Dejó caer el maletín que llevaba en la mano. La toalla siguió el mismo rumbo.

–¿Hay alguna razón por la que ya no te sienta bien el desayuno, cariñito? ¿Hay algo que no me has dicho, Carrie Dawn? ¡Dímelo ahora mismo!

Carrie Dawn apretó los labios con fuerza. Harper solo había visto una expresión de furia e impotencia similar en niños pequeños en plena rabieta. El flequillo rojo caía sobre sus enormes ojos azules, llenos de lágrimas que intentaba contener. Le tembló la barbilla.

–¿Estás embarazada, Carrie Dawn? –Charlie la miró fijamente.

–Nunca obligaré a un hombre a que se case conmigo –afirmó ella con solemnidad.

–Ya sé que no –gruñó él. Se puso de rodillas, abrió el maletín y sacó una caja de terciopelo negro–. Como si fuera a permitir que te

casaras con un desconocido –se levantó–. Desde que me enteré, he estado buscando esta dirección. Llamé a tus padres y a tu hermana.

Carrie Dawn, parpadeando, miraba la cajita. Se inclinó, levantó la toalla que Charlie había dejado caer y, contrita, se la ató por encima del pecho, tapándose.

–¿Lo juras? ¿De verdad llamaste a mi familia, Charlie? –preguntó con voz sedosa como agua.

Charlie inhaló con fuerza e intentó recuperar su dignidad apretándose el nudo de la corbata. Todos los que los rodeaban estaban callados y no se oía a nadie en la piscina. De repente, Ansel corrió hacia la barbacoa, donde empezaban a quemarse las hamburguesas.

Harper sintió lástima de Charlie. Le sacaba más de diez años a Carrie Dawn, pero sus ojos delataban el amor que sentía por la imprevisible jovencita.

–Quería lo mejor para ti, cariñito –dijo él, con esfuerzo–. Aún eres muy joven. Tienes muchos sueños y yo ya he dejado de soñar.

–¿Y si mi sueño eres tú, Charlie? –musitó Carrie Dawn con voz temblorosa.

–Qué dulce –murmuró Harper con ojos húmedos.

–¿Estás embarazada? –preguntó él.

–No podía decírselo a nadie –las lágrimas surcaron el rostro de Carrie Dawn–. Si seguía allí todos sabrían que el niño era tuyo. Nunca dijimos nada de lo nuestro, pero se lo imaginaban. Y no puedo tener un hijo sin…

–¿Sin que tenga un papá? –adivinó Charlie. Ella asintió–. Entonces, ¿por qué viniste a casarte con un desconocido? ¿Te enamoraste de él por carta?

–¡No! –Carrie Dawn lo miró dolida–. ¡Solo quería ponerte celoso, Charlie!

Harper percibió el alivio del hombre. Charlie le susurró algo al oído a Carrie Dawn, que empezó a llorar a lágrima viva, y le puso el anillo en el dedo. La rodeó con un brazo y la llevó hacia la casa.

–Santo Cielo –murmuró Macon–. No sabía que fueras tan sentimental, Harper.

–¿Sentimental? –repitió ella, volviendo a la realidad.

–Sí –Macon la abrazó con ternura y le limpió un par de lágrimas con el pulgar.

–Estoy perfectamente –protestó ella.

–No es cierto –clavó los ojos en los de ella–. ¿Has pensado en volver a casarte?

Era lo último que esperaba oírlo decir y Harper se quedó sin

aliento. ¿Estaría volviendo a enamorarse de ella y pensando en proponerle matrimonio?

–Quizá –aventuró tímidamente. Macon la acercó hacia sí, hasta que sus caderas se tocaron.

–No voy a casarme con ninguna de esas mujeres, Harper –dijo él–. Estuve pensándolo anoche, en Star Point. No sé lo que está ocurriendo entre nosotros, pero quizá podríamos volver a conocernos. Sin prisas… Empezar a salir juntos de vez en cuando.

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿Empezar a salir juntos? Macon McCann y ella no llegarían más allá del dormitorio más cercano. Obviamente, él no pensaba con claridad; parecía haber olvidado la razón por la que tenía que casarse tan rápidamente.

–¿Y Cam? –se obligó a preguntar, no queriendo hacerse falsas ilusiones–. ¿Qué me dices de su salud? ¿No es esa la razón por la que tienes que casarte?

–Cam –dijo él, con cierta amargura, tras estudiar su rostro detenidamente–. Sí, es cierto, tengo que pensar en Cam.

Capítulo Ocho

Horas después, mientras Macon pensaba en la salud de Cam, las palabras de Harper seguían resonando en sus oídos. Casi parecía que quería que se casara al día siguiente. Estaba en el estudio, mirando pensativo por la ventana cuando oyó un ruido, y se dio la vuelta.

–Me pareció oír algo –dijo. Cordy se dejo caer en el sillón de cuero que había delante del escritorio–. ¿Dónde has estado?

–Hablando con tus novias –Cordy sonreía. Aún iba en bañador, y mechones de pelo rubio caían desordenados sobre sus ojos, del mismo azul que los de su madre. Macon volvió a asombrarse de cuánto se parecía a Harper. Parecía imposible que ese chico fuera hijo suyo–. Ya se ha ido todo el mundo –añadió Cordy.

Macon se preguntó si también Harper. En cuanto empezaron a hablar sobre la boda de Macon, se marchó de la caseta de baño. Frunció el ceño.

–¿Dónde está Charlie, el prometido de Carrie Dawn? ¿Sigue aquí?

–Salió a comprarse unos pantalones vaqueros. Tu madre…, la abuela, ha puesto dos camas en su cuarto de costura para Carrie Dawn y para él. Solo se ha traído un traje y Carrie Dawn quiere quedarse unos días –la sonrisa de Cordy se ensanchó y sus ojos brillaron con malicia sospechosa–. Carrie Dawn prometió que, eligieras a quien eligieras, sería una de las damas de honor. Por eso se queda y por eso estoy yo aquí.

–¿Tú también quieres ser dama de honor? –Macon arqueó una ceja divertido.

–Sabes que no me refería a eso –rezongó Cordy–. Sé un poco más serio. Prometiste que mañana anunciarías tu compromiso.

–Eso no es verdad –dijo Macon sin disimular su mal humor–. No hice promesas.

–Lo que sea –dijo Cordy con despreocupación–. Todo el pueblo espera que lo hagas, así que vine a decirte que quiero que te cases con Chantal Morris.

Macon casi se cayó contra la ventana. Miró a su hijo estupefacto, incapaz de creer lo que oía. Se preguntó si Cordy no había notado que Harper y él habían desaparecido juntos la noche anterior. Además, él mismo había propiciado su encuentro en la caseta de baño.

–¿Quieres que me case con Chantal? –atónito, vio cómo Cordy

asentía con la cabeza.

–No estás enamorado de ninguna de estas mujeres, ¿verdad?

–¿Tú qué crees? –Macon lo miró con dureza–. Ni siquiera las conozco. Y tampoco sé que pretendes tú, Cordy…

–Escúchame –Cordy alzó una mano y se inclinó hacia delante en el sillón–. Mamá tenía razón. La mujer que elijas será mi madrastra. Tendrá mucha influencia en mi futuro, así que yo debería poder dar mi opinión en este asunto, ¿no crees?

Eso era indiscutible, pero lo decía como si lo hubiera ensayado antes y eso incrementó las sospechas de Macon. No estaba dispuesto a dejarse engañar por un chico de dieciséis años, por muy hijo suyo que fuera.

–Estoy de acuerdo –asintió Macon, rápidamente añadió–: Pero esa no es la cuestión.

–Para mañana –intervino Cordy–, mamá ha preparado un desayuno bufé en el jardín. Todo Pine Hills estará aquí, y después se supone que anunciaras tu…

–Compromiso –cortó Macon con un gruñido de frustración–. Lo sé perfectamente. Pero dado que el compromiso solo durará veinticuatro horas, hasta que, supuestamente, me case al día siguiente, no creo que pueda llamarse compro…

–También me gusta mucho Judith –dijo Cordy. La descarada interrupción de su hijo dejó a Macon boquiabierto. No le gustaba el rumbo que tomaba la conversación.

–Judith, ¿eh? –dijo secamente–. ¿Mirabella no? –preguntó. Cordy frunció las cejas con expresión perpleja, como si estuviera pensándolo seriamente.

–Mirabella está interesada en Jeff Davis –replicó con lentitud–. Ya sabes, el vaquero que trabaja para Ansel.

–Es una lástima –apuntó Macon incapaz de resistir la tentación.

–Sí que lo es –asintió Cordy, sin captar el sarcasmo de Macon, o ignorándolo–. Pero creo que funcionará; Garrick oyó a Ansel decir que hará a Jeff capataz, y Jeff quiere tener niños, que es la prioridad de Mirabella.

–Eso y su pelo –añadió Macon con tono ácido. Cordy asintió con aire ausente.

–Además, ahora que Ana y Diego se han casad…

–Se han, ¿qué? –Macon se apartó de la ventana y apoyó las manos en las caderas. Era increíble.

–Casado –dijo Cordy tranquilamente–. Igual que harás tú pasado mañana. Se escaparon a Las Vegas anoche.

–Diego es mayor que yo, y sigue emborrachándose en el Big

Grisly Grill todos los viernes –Macon no podía creérselo–. A veces actúa como un patán y es un mujeriego, mientras que Ana es… –Macon calló.

–¿Un monumento? –apuntó Cordy. No tenía sentido negarlo y Macon asintió–. Necesita conseguir el permiso de residencia. Todas sus hermanas viven en Estado Unidos, y ahora podrá verlas. Además, acaban de regresar y Diego la sigue como un perrito faldero. Me da la impresión de que una mujer tan impresionante como esa puede conseguir que se asiente, ¿no crees?

Macon solo fue capaz de mover la cabeza de lado a lado. El rancho solía ser un lugar muy pacífico, pero desde que Harper había escrito esas cartas, parecía que todo el mundo se había vuelto loco.

–Así que por eso no vi a Diego en la fiesta de la piscina –soltó un suspiro–. ¿A Las Vegas?

–Sí, y como eres amigo del sherrif Brown, hemos pensado que podrías hablar con él para que no investigue a Ana. ¿Vale?

–Veo que has pensado en todo –Macon se mordisqueó el interior del carrillo. Empezaba a darse cuenta de que su hijo tenía un plan personal. Era cierto eso de que había que vigilar a los adolescentes con mil ojos–. ¿Qué me dices de Judith? –intentó sonsacarle Macon, incapaz de creerse que todas sus «novias» estuvieran encontrando pareja y él no–. Mirabella está interesada por Jeff, Ana se ha casado con Diego y Carrie Dawn está comprometida con Charlie, así que si me caso con Chantal…

–Lo sé –Cordy pareció preocupado de verdad y comenzó a morderse la uña del pulgar–. No sé qué hacer con Judith. Es muy agradable. Y ha conseguido que no se mataran las unas a las otras. Se asegura de que hagan la cama y de que limpien el baño después de usarlo. Es toda una madraza.

–Como la tuya; es por eso, ¿no? –dijo Macon, que lo había estado observando atentamente.

–Mamá me molesta menos desde que vine a vivir aquí –Cordy se encogió de hombros. Macon se preguntó si no sabía que a su madre la aterrorizaba la idea de perderlo. Y no tenía ningún sentido que Cordy le pidiera que se casase con Chantal cuando llevaba todo el día emparejándolo con Harper.

–Mira, Cordy –dijo–. Estoy de acuerdo. Tu madre tenía razón cuando me dijo que te había inculcado buenos valores y, entre ellos, que la gente se casa por amor.

–Mírate a ti –exclamó Cordy con sorpresa–. Está claro que no es así.

–Oh, sí, claro que sí –contraatacó Macon–. Por eso no voy a seguir adelante con esto –lo había pensado muy seriamente y Harper tenía razón. Macon no podía ejercer una mala influencia sobre su hijo.

–Pero, ¿y la salud de Cam? –preguntó Cordy.

–Mi padre es un chico grande, Cordy –replicó Macon con un suspiro, algo incómodo con su decisión.

–¡Va a morirse, Macon! –Cordy parecía atónito–. ¡Tienes que casarte! Anteayer tuvieron que llevarlo al hospital.

–¿Crees que no lo sé? –gritó Macon, incapaz de contenerse. Todo el pueblo esperaba que anunciase su compromiso a la mañana siguiente. Si no lo hacía, estaría dañando a su padre. Deseó que su hijo no hubiera entrado allí. Sin saberlo, Cordy estaba haciendo de abogado del diablo; era como la voz de su conciencia.

Soltó un bufido. Le tentaba declararse a Harper, pero no podía. No podría soportar que lo rechazara otra vez. La noche anterior, ella le había dicho que se sintió rechazada por él, pero la gente solo veía lo que quería ver. Años atrás, Harper podría haberse acercado más a la furgoneta para ver exactamente qué hacían él y Lois, pero había preferido sacar sus propias conclusiones. Una vocecita interior le recordó que, en realidad, no se había equivocado mucho.

–Quiero que te cases con Chantal –insistió Cordy–. No tiene dinero, ni adónde ir. Sus padres la quieren, pero se enfadaron con ella cuando se quedó embarazada. Es muy lista, Macon –le apremió–. Quiere graduarse, pero si vuelve a casa…

–¿Crees que entonces no terminaría el instituto? –Macon se tragó una palabrota, deseando que su hijo no estuviera manipulándolo así.

–No tendrías que dormir con ella necesariamente –continuó Cordy como si no lo hubiera oído–. Quiero decir, que solo tiene diecisiete años, Macon. Unos meses mayor que yo.

–¿Crees que me acostaría con una menor? –Macon lo miró atónito.

–Todo el mundo conoce tu reputación –dijo Cordy con incertidumbre. Macon decidió que ya era hora de corregir esa impresión.

–Puede que la gente me considere un mujeriego, Cordy, pero no es verdad. Hace años… –Macon hizo una pausa, preguntándose cómo seguir–. Hace años, cuando me interesaba tu madre y ella se casó con Bruce, bueno, yo… –inspiró con fuerza y dejó escapar el aire lentamente–. Supongo que actuaba como si hiciera más de lo que hacía, para salvar mi orgullo.

–¿Solo intentabas poner celosa a mi madre? –Cordy se quedó boquiabierto. No era eso lo que había dicho exactamente, pero Macon asintió–. Mmm… bueno, eso es un gran alivio –dijo Cordy, pasándose la mano por el pelo. En cualquier caso, lo pasado, pasado, y de verdad creo que deberías casarte con Chantal.

–No puedo.

–¡Es lo único que te he pedido en mi vida!

Cordy estaba jugando sucio y a Macon no le gustaba nada. Su tono parecía sugerir que lo había abandonado, y no era cierto, pero Macon no estaba dispuesto a morder el anzuelo.

–Por favor, papá…

Cordy nunca lo había llamado así antes. A Macon se le secó la boca y comenzó a pasear ante la ventana maldiciendo para sí. Cam moriría si él no se casaba, y Chantal no tenía adónde ir. ¿Por qué tenía que ser ese el primer favor que le pedía Cordy? Macon sería un tonto si hiciera daño a su padre y a su hijo negándose a casarse con Chantal, y todo por la vana esperanza de que Harper hiciera… ¿qué? ¿Salir con él unas cuantas veces?

De pronto, vio que ella estaba en el umbral de la puerta. Llevaba puestos unos vaqueros ajustados y, como era habitual, pálidos mechones le caían sueltos del moño, acariciando su cuello. Sus ojos parecían más azules que un cielo de verano. Ojos que, comprendió Macon, brillaban de furia.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí, Harper?

–El suficiente para observar tus profundos procesos mentales –dijo ella fríamente, sin mirar a Cordy–. No dejes que te interrumpa.

–¿De qué estás hablando? –Macon frunció los ojos.

–He dicho que no dejes que te interrumpa –replicó enfurruñada–. Adelante. Cásate con Chantal.

Fue la gota que desbordó el vaso. Macon no pudo resistirse a esa chispa incandescente que siempre hacía que acabaran peleándose.

–Muy bien –replicó–. Quizá lo haga.

«Harper no tenía derecho a enfadarse», pensó Macon unos segundos más tarde, echando a correr en su busca. La haría razonar, aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Corrió por el pasillo y subió los escalones de dos en dos. Harper tenía que entender su dilema. Cordy tenía razón; Macon debía casarse por el bien de Cam, y Chantal era la candidata más necesitada. Judith sabía defenderse; estaba pasando una mala racha, pero saldría adelante.

–Estoy más liado que un plato de huevos revueltos –masculló.

Unos minutos antes estaba diciéndole a Cordy que no podía casarse, ni siquiera para ayudar a Cam. ¿Qué había ocurrido?–. Harper, eso es lo que ocurrido –murmuró con ira cuando la vio ir hacia su coche plateado. Bajó corriendo las escaleras del porche–. Maldita sea, Harper, no te escapes. Párate ahora mismo.

Se quedó asombrado al ver que lo obedecía, aunque se quedó rígida como un palo. Giró en redondo y sus ojos azules, que había visto nublados de pasión tantas veces, eran fríos como el hielo.

–No utilices ese tono conmigo, Macon –le advirtió.

–Tú eres la que empezó todo esto, Harper –le recordó, cuando llegó junto a ella a grandes zancadas.

–Empecé ¿qué? –lo miró furiosa, pálida de ira.

–Sabes perfectamente qué.

–Será mejor que me lo aclares –lo retó.

–Lo de traer a esas mujeres aquí –Macon acercándose más, bajó la voz, teñida de furia–. Empezaste esto cuando escribiste a las mujeres que querían conocerme para advertirles sobre mi carácter. Puede que yo les enviara los billetes, pero tú te aliaste con mi madre para que las recogieran en el aeropuerto y para que el reverendo estuviera disponible, ¿no es verdad?

–Culpable de los cargos. Sabes que lo hice –replicó, sin asomo de arrepentimiento.

–Entonces, ¿por qué te enfadas tanto? –exigió él con voz dura–. No hago más que seguir adelante con los planes que tú pusiste en marcha?

–No estoy enfadada, Macon –dijo ella, sin tener siquiera el sentido común de sonrojarse ante sus propias contradiciones.

–Me extraña, porque a mí me estás enfadando, y mucho –la agarró con fuerza de los hombros y dejó solo unos centímetros de distancia entre ellos–. O yo me estoy volviendo loco, o anoche estuvimos tumbados en mi camión en Star Point, charlando y mirando las estrellas. ¿No me diste un beso de buenas noches cuando te dejé en tu coche?

–Cielo santo, Macon –sus ojos se agrandaron de sorpresa. Tenía un aspecto tan inocente que él estuvo a punto de estrangularla–. ¿Eso qué tiene que ver?

–¿Qué tiene que ver? –hacia un rato que había perdido la calma y casi escupió las palabras–. Creía que habíamos pasado un rato maravilloso allí arriba.

–Agradable –dijo ella, con un gesto de indiferencia, que hizo que a él le hirviera la sangre.

–¿Agradable? –repitió él con ojos llameantes–. ¿Llamas a esto

agradable? –cerró los dedos sobre sus brazos y la atrajo hacia sí de un tirón. Se excitó en cuanto sus caderas se tocaron. Comprobó, satisfecho, que ella reaccionaba al contacto. Intentó ocultar su respuesta, pero la vena de su cuello latía con fuerza, y sus mejillas se habían ruborizado. Lo deseaba y él no entendía por qué no quería admitirlo, ni por qué no le había pedido que cancelara esa farsa de boda–. ¡Más vale que me digas lo que piensas ahora, Harper Moody!

Estaba tan pálida y sexy que Macon sintió el impulso de tumbarla sobre el capó del coche y seducirla allí mismo, como un animal. El rancho entero podía observarlos, pero le daba igual. Oyó, vagamente, que se abrían algunas ventanas.

–¿Lo que pienso ahora? –dijo ella hosca–. ¿De qué?

«De qué el más mínimo roce de mi cuerpo hace que cada poro de tu piel se excite, Harper».

–De mi boda –replicó.

–¡Pienso lo mismo que la semana pasada! –explotó Harper, intentando soltarse–. ¡Que estás loco! ¿De verdad vas a casarte con una chica a la que no conoces? ¿De verdad estás preparado para una relación interracial con una mujer a la que doblas en edad?

–No sabía que tenías prejuicios, Harper –criticó él–. ¿Tienes algo en contra de los matrimonios mixtos?

–No, claro que no –parecía incapaz de decidir si besarlo o asesinarlo–. Creo que no es fácil encontrarse con el amor en este mundo –declaró–. Eso implica que tenemos la obligación de aceptar el que nos llegue. Y ese es el problema. ¡No estás enamorado de Chantal!

–¿Cómo puedes saber tú lo que siento? –preguntó él, deseando que su olor a champú, cloro y mujer airada no le quitara el aire–. Ah –dijo, soltándola–. Entiendo. Sabes a quién quiero igual que supiste, hace años, que no me casaría contigo, ¿verdad, Harper? Sabes a quién quiero igual que sabías que no sería un padre adecuado para mi propio hijo.

–No estamos hablando de Cordy.

–Entonces, ¿de qué estamos hablando?

–No puedes casarte –hizo un esfuerzo por controlar el temblor de su voz–. No amas a esas mujeres. Ni siquiera las conoces. ¿Qué derecho tienes a meter en tu cama a una vulnerable chica de diecisiete años, Macon? ¡Además está embarazada!

Él sintió que una incontrolable oleada de furia recorría todo su cuerpo. Harper debería conocerlo mucho mejor a esas alturas.

–No tengo ninguna intención de dormir con Chantal –dijo,

recalcando cada palabra–. Solo tiene diecisiete años y acaba de separarse de su familia por primera vez.

–¿No vas a acostarte con tu propia esposa? –Harper lo miró irónica.

–¡No!

–Ahora, sé, que te has vuelto loco, Macon –lo reprendió–. A no ser que pretendas casarte con esa pobre chica y acostarte con otras mujeres a sus espaldas.

–Nunca le sería infiel a mi esposa –dijo él–. Más vale que vigiles esa lengua viperina, Harper.

–¿Has hablado de esto con Chantal? –preguntó Harper, ignorando su advertencia–. ¿Sabe que solo pretendes utilizarla, que ni siquiera vas a consumar…

–Es la más necesitada –cortó Macon.

–¿Necesitada? –repitió Harper–. Tiene una familia que la quiere, aunque ahora estén enfadados. ¿De verdad crees que ayudarás a una chica de diecisiete años ofreciéndole un matrimonio que será una farsa?

–Eso es cosa de Chantal y mía.

–¿Pretendes que crea que vas a casarte con una mujer y no acostarte con ella ni serle infiel? –Harper miró a su alrededor, como si buscara apoyo o deseara escapar.

–¿Por qué es eso tan difícil de creer?

–¿Tú? ¿Célibe? –Harper dejó escapar una risa burbujeante e histérica. Con un gesto de desprecio, se dio la vuelta y puso la mano en la puerta del coche. Macon comprendió que, si no tenía cuidado, Harper se iría de su vida para siempre, ¡y riéndose de él!

–Sí, célibe –dijo en voz baja y letal–. ¿Te importaría decirme por qué te hace tanta gracia, Harper?

–No aguantarías el celibato ni una tarde –replicó Harper. Movió la cabeza con aire incrédulo y un mechón de pelo cayó sobre su mejilla y rodeó su mandíbula, enmarcando su rostro perfectamente–. ¿Has olvidado que no hace ni una semana estuviste en mi casa y casi me desnudaste en el vestíbulo? –exclamó indignada–. En el vestíbulo de mi propia casa, Macon.

–Mejor eso que el jardín –gruñó él–. Y no lo he olvidado –al ver su mirada retadora, sintió la necesidad de demostrarle su poder. Una vez más, la atrajo hacia sí y la besó con pasión. Introdujo la lengua en su boca, buscando esa otra lengua cuyo recuerdo llevaba asolándolo media vida.

Comprobó, con sorpresa, que Harper le devolvía el beso con ardor. Notó la firmeza de sus senos bajo la ligera camiseta y su

cuerpo respondió de inmediato, endureciéndose allí donde más importaba. Tuvo la sensación de que ella se ablandaba y abría a él. Aunque la deseaba, se apartó, dejándola con los labios húmedos y los ojos nublados de pasión. No estaba dispuesto a reclamar a una mujer que le causaba tantos problemas.

–No puedo creer que acabes de hacer eso –dijo ella. Tuvo el atrevimiento de limpiarse los labios con el dorso de la mano.

–Ni yo que limpies de tu boca un beso que, obviamente, deseabas.

–Lo que yo desee no viene al caso.

–¿Por qué?

–Porque mañana, a primera hora, vas a anunciar tu compromiso con Chantal.

Macon estuvo a punto de estallar. Harper lo había forzado hasta el límite y estaba harto. La miró fijamente un momento, paseó los ojos por su pecho y vio claramente que tenía los pezones hinchados y erectos.

–Tienes toda la razón, Harper –dijo, deseando hacerle daño–. Buenas noches. Te veré mañana, cuando anuncie mi compromiso –le dio la espalda y volvió a casa.

–Es muy romántico, ¿no? –comentó Betsy, emocionada, sentándose junto a Harper en una de las sillas plegables que había ante el micrófono–. Macon ha sido muy valiente al pedir a estas mujeres que vinieran –dijo, poniéndose una servilleta sobre el regazo y mordisqueando un cruasán–, pero anunciar el compromiso públicamente es increíble, ¿no crees? –miró a su alrededor–. ¿Quién ha organizado todo esto? Es fantástico.

–Yo –replicó Harper, lamentando profundamente tener que admitirlo. La idea del desayuno bufé había sido suya, pero nunca había creído que las cosas llegarían tan lejos. Se sentía enferma Restregó las palmas húmedas de las manos por el pantalón del uniforme y deseó no tener que ir a trabajar después del anuncio. La noche anterior, cuando fue a informar a Macon sobre la boda de Ana y Diego, lo que menos esperaba era encontrarlo comentando la elección de su futura esposa. Después de las horas que habían compartido en Star Point, después de lo que había ocurrido en la caseta de baño tan solo unas horas antes…

Pero Macon había dicho que iba a casarse con Chantal y no estaba dispuesta a permitir que viera cuánto la afectaba la noticia. Había regresado a una casa que le parecía demasiado grande e

inhóspita sin Cordy. Pero no podía culpar de eso a Macon; Cordy se hubiera ido de casa antes o después. Se tiró en la cama y lloró a lágrima viva, preguntándose si Macon no se había dado cuenta de que era la última oportunidad que tenían para estar juntos, para que la considerara a ella como esposa.

«Te quiere a ti. Dijo que quería empezar a salir contigo. Solo quiere asustarte. No anunciará que va a casarse con Chantal», se aseguró Harper, esperando. Preguntándose si debía intentar detenerlo, miró a su alrededor con pánico. Había perdido el control de la situación. Macon tenía razón, ella era quien había puesto todo en movimiento, convencida de que él reconocería su error.

Le dio un vuelco el corazón al ver a Macon dirigirse hacia el estrado. Recordó cómo la había besado la noche anterior, salvaje y apasionadamente. Aunque estaba muy enfadada, le había gustado. Pensó en detenerlo.

«¿Por qué no? Solo tienes que subir allí y anunciar que Macon ha estado viéndose contigo mientras cortejaba a esas mujeres».

Cuando Macon se acercó al micrófono y sonrió, Harper se puso una mano sobre el estómago, odiándose a sí misma. Estaba muy guapo, llevaba vaqueros nuevos, una camisa blanca recién planchada y sombrero.

–Mamá –Cordy le puso una mano en el brazo, desde el asiento de atrás–. ¿Estás bien?

–Perfectamente, Cordy –respondió con una sonrisa, aunque deseaba gritar: «¡No! ¡Has elegido a Chantal Morris para tu padre!».

Deseó que alguien pusiera fin a la farsa. Suspiró con alivio al ver la expresión seria de Macon. Estaba claro que iba a hacerlo él. Macon saludó a todos y les dio las gracias por haberlo ayudado a dar la bienvenida a sus invitadas; después, anunció la boda de Ana y Diego.

–Ha sido una semana muy larga, pero todos hemos hecho nuevas amistades. Quizá… –lanzó una mirada elocuente a Mirabella y a Jeff Davis– algunas sean de esas que duran toda una vida. Y tengo el placer de comunicaros que voy a casarme.

«Ahora, Harper. ¡Ahora! ¡Ponte en pie! Cuéntales lo que ha ocurrido entre Macon y tú». Pero Harper no se movió. Macon sabía lo que sentía por él, no podía casarse con otra. Haría algo romántico, como sorprenderlos diciendo que se casaría con ella. No fue así.

–Mañana me casaré con Chantal Morris. Estáis todos invitados a la boda.

Capítulo Nueve

¡No sé cómo te atreves! –exclamó Harper esa tarde, cuando Macon avanzó hacia la cocina. Atónita, por un momento olvidó que solo llevaba puesto un camisón azul corto, con mangas largas y acampanadas. Macon ni siquiera se había molestado en llamar a la puerta.

Estaba sucio y sudoroso. Llevaba unos vaqueros polvorientos y una camiseta manchada de aceite y con las costuras de los hombros descosidas; aun así, estaba guapísimo. Llegó a la puerta y se detuvo, llenando por completo un umbral que hubiera sido amplio para la mayoría de los hombres. Se apoyó en el marco.

Desde el otro lado de la habitación, Harper percibió la mirada penetrante de unos ojos que, en la penumbra, eran color miel. Sin dar el menor indicio de haberse fijado en la indumentaria de Harper, observaba el estilo campestre de la decoración, en rojo y blanco, los alegres paños de cocina que colgaban de los armarios y el linóleo negro que había puesto ella misma. Se preguntó si no lo molestaba ver el escenario que había compartido con su marido.

–¿Vas a atacarme? –preguntó Macon, al fin.

–¿Qué?

–La cuchara, Harper.

Ella bajó la vista hacia su mano. Sus dedos apretaban con fuerza una cuchara que enarbolaba en el aire, como si pensara utilizarla como arma.

–No merece la pena –aseguró, desazonada pero contenta de que no se le notara en la voz. Dejó la cuchara en un platillo, cerca de una cacerola de sopa de verduras con pollo que hervía al fuego. Satisfecha de sonar simplemente enfadada, no destrozada, intentó no mostrar demasiado interés por su presencia–. ¿Qué te trae por aquí, Macon?

–Si te sirve de consuelo –dijo él, paseando sus ojos por el escotado y corto camisón que llevaba puesto–, llevo fuera un buen rato, preguntándome eso mismo.

–¿Consuelo? –repitió ella–. ¿Por eso has venido? ¿Tienes el valor de venir aquí a consolarme después del anuncio que has hecho esta mañana? No me digas que no has encontrado nada mejor que hacer en tu última noche como hombre libre, Macon. ¿No deberías estar en el Big Grisly Grill con Ansel y los vaqueros, viendo a una chica desnuda salir de una tarta, o algo así?

–Harper –replicó él sin inmutarse por su sarcasmo–. Creo que ya

no hacen eso en las despedidas de soltero. Los hombres son más civilizados hoy en día.

–Lo dudo –rio ella–.Y tú eres un maleducado. Acabas de irrumpir en mi casa sin siquiera llamar a la puerta. ¿Has apagado el motor y llegado en punto muerto para que no te oyera?

–Si vine en punto muerto… –se sonrojó levemente– fue porque, si cambiaba de opinión y no entraba, sería más fácil dar la vuelta e irme.

–Cobarde –dijo ella sin poder evitarlo.

–Mira –dijo el rápidamente–, he venido porque mi madre está preocupada por ti.

–No has llamado –protestó Harper.

–La puerta estaba abierta.

–¿Y eso te da derecho a irrumpir en mi casa? –insistió ella, deseando que su expresión seria no la hiciera parecer aún más sexy.

–¿Qué estás guisando? –preguntó con curiosidad.

–Nada que vayas a probar tú –replicó ella, indignada por el cambio de tema. Lo miró con frialdad; parecía no recordar que había anunciado su boda esa mañana.

Él esbozó una media sonrisa al oír su respuesta. Harper lo maldijo para sí. Estaba despeinada y en camisón, y sabía que tenía los ojos enrojecidos. No quería que Macon supiera que llevaba todo el día llorando por él. Se acercó al fregadero, para mirarse subrepticiamente en el tostador. Él se acercó a la cocina y levantó la tapa de la cacerola, dejando escapar una nube de vapor.

–¿Sopa de verdura y pollo? –frunció el ceño–. ¿En verano?

–Estoy enferma –soltó ella.

–No lo pareces.

–Pues lo estoy –afirmó, intentando no ruborizarse.

–Ya…, en la oficina de correos dijeron que habías salido temprano –comentó el amigablemente–, y mi madre me dijo que le habías pedido que se encargara ella de los últimos preparativos de la boda.

Harper, impotente, lo vio servirse un tazón de sopa y rebuscar en los cajones hasta que encontró una cuchara. Macon se apoyó en la encimera, y sopló la cuchara antes de probar la sopa. Durante un segundo, a Harper la preocupó que no le gustara. Tuvo que contenerse para no preguntarle si le faltaba pimienta.

–¿Qué haces aquí?

–Como te he dicho, me envió mi madre. Está preocupada. Y Cordy también.

–¿Cuándo has empezado a escuchar lo que dice tu madre? –

preguntó ella. El nombre de Cordy le recordó cuánto lo echaba de menos.

–Quizá me haya ablandado al ver tan cerca la felicidad conyugal.

–Estoy segura de que tienes otras cosas que hacer –dijo ella, orgullosa del control que estaba demostrando de sus emociones. Pero cuando él dejó el tazón sucio en la pila, con la intención, supuso, de que ella lo fregara después, la invadió un ataque de perversidad.

–¿Qué otras cosas debería estar haciendo? –dijo él.

–¿Utilizando esas manazas tuyas para atar las bolsitas de arroz para mañana? –sugirió ella, convencida de que intentaba irritarla.

–Chantal se ofreció a hacerlo por mí, para que pudiera venir a hablar contigo –se cruzó de brazos–. Le dije que teníamos asuntos que resolver.

–Quizá podrías ir a recoger la tarta –sugirió Harper, cruzándose de brazos. Los dejó caer al notar que con esa postura el camisón se le subía casi hasta la ingle–. O podrías sacar las flores para la iglesia que tengo en la nevera y llevarlas al rancho.

–Ah. Por eso estás haciendo sopa con este calor –comentó él. Era cierto. Cuando llegó la florista, Harper no tuvo más remedio que utilizar las verduras para hacer sitio a las flores en la nevera.

–Simplemente, llévatelas, Macon –sugirió ella sin dar explicaciones

–Tengo la impresión de que mi boda te molesta.

–¿Cómo has podido venir aquí? –preguntó ella.

–Fácil. Me subí a la furgoneta y vine –contestó él, aunque sabía muy bien lo que le estaba preguntando.

–En punto muerto –puntualizó ella–. Acabas de decirle a todo Pine Hills que vas a casarte en menos de veinticuatro horas. Yo diría que no es muy correcto que vengas a visitar a una antigua novia, ¿no crees?

–¿Es eso lo que eres Harper?

–Eso o la persona que irá a la cárcel por asesinarte –masculló ella. La conversación había cambiado de rumbo, como siempre. Lo que solía ocurrir después era que acababan haciendo el amor. Se alejó un poco de él, hacia la cocina–. Si alguna vez fui tu novia, Macon, no lo seré después de mañana.

–Si me caso –contraatacó él–, es por culpa tuya.

–Nada de «si». Lo has anunciado, ¿no? Y no es culpa mía. Una mujer no puede obligar a un hombre a casarse con alguien a quien no quiere.

–Pareces haberlo conseguido.

–Entonces debo de ser una mujer con mucho talento.

–Mucho talento –asintió Macon, pero esta vez su voz sonó grave e insinuante. Harper dio otro paso hacia atrás. Un momento después, Macon añadió–: Estás ardiendo.

–En eso tienes razón, Macon –Harper estaba tan enfadada que se sentía como si fuera un dragón echando humo. Un día Macon conseguiría que explotara. Sabía que sus ojos, rojos de llorar, echaban chispas de ira.

–No, Harper –dijo él–. Es en serio. Estás ardiendo.

–¿Ardiendo? –repitió–. ¡Ardiendo! ¡Dios mío, fuego! –dio un grito y se apartó de la cocina, viendo cómo las llamas amarillas bailoteaban en su manga acampanada. Corrió hacia el fregadero y hacia Macon, pero el movimiento avivó las llamas, que prendieron en la seda como si fuera gasolina–. ¡Macon! –gritó aterrorizada.

–Quédate quieta –ordenó, Macon.

Ella, en cambio, giró, sintió el aterrador calor en la piel y después unos fuertes brazos la rodearon. Algo grueso y húmedo le golpeó la manga. El agua helada le salpicó el pecho y la cadera, empapándola. Comprendió que Macon había mojado un paño de cocina. Él la sujetó, fuerte y protector, y ella creyó que se le rompería el corazón. Parpadeó rápidamente para controlar las lágrimas. Si no hubiera estado tan desesperada por evitar su contacto, no se habría apoyado en la cocina.

–Estoy bien –dijo, apartándose–. En serio. Vete a casa y déjame sola…

–No, no estás bien, Harper –lentamente, le subió la manga y examinó cada centímetro de piel desnuda con preocupación. Finalmente, comprobó que, aunque el camisón estaba arruinado, Harper no tenía nada.

–Si quieres, podemos traer un microscopio –dijo ella–. Aún guardo el juego de química de Cordy.

–¿Un microscopio? –preguntó él intrigado.

–Por si acaso algún pelo de mi brazo sufre de mareo por inhalación de humos –aclaró ella. Él alzó la cabeza sonriente y Harper supo que estaba demasiado cerca. Su corazón comenzó a latir con violencia. Se dijo que se debía al accidente, no a su presencia, pero no estaba segura. Y quizá diera igual. Un calor tan peligroso como el fuego llameó en su interior, mientras él le bajaba la manga empapada.

–Sobrevivirás –dijo Macon, echando una breve ojeada a la seda empapada que se le pegaba al pecho; ella se sonrojó, sabía el efecto

que había provocado el agua helada–. Será mejor que te cambies, Harper.

Ella tenía la garganta seca. Si Macon no hubiera ido allí, nada de eso habría ocurrido. Y la miraba como si quisiera besarla. No debía permitirlo, pero odiaba la idea de que dieciséis años de historia acabarán así. Ella de pie en la cocina, con un camisón arruinado, mientras el se casaba con una adolescente a la que no amaba.

–¿Por qué estás aquí, Macon? –preguntó otra vez. Quizá solo había ido allí a torturarla–. ¿Es una especie de venganza porque no te dije lo de Cordy?

–No. Claro que no –la miró con asombro.

–Entonces, ¿por qué estás aquí? –dijo, a punto de echarse a llorar.

–Porque es mi última noche de soltero, ¿recuerdas? –declaró él con decisión, mirándola fijamente–, y ya es hora de que empiece a disfrutarla.

–¿A disfrutarla? –ella parpadeó.

–Y por una vez, Harper, tengo intención de hacerlo en la cama –le agarró la mano y se dirigió hacia la escalera. Macon agradeció, con ironía, que lo siguiera, porque no quería tener que arrastrarla. Pero lo haría si fuera necesario. Desde que había entrado y la había visto con el diminuto camisón, lo asaltaba una lujuria incontrolable. No podía creer que él mismo había anunciado su boda con Chantal, pero ese era el tipo de cosas que Harper lo llevaba a hacer. Pero no lo habría anunciado si no supiera que Chantal estaba cambiando de opinión. Además, creía que su hijo y Chantal tenían un plan para conseguir que Harper y él acabaran juntos.

Macon solo había estado en la casa dos veces, y nunca arriba; a juzgar por el silencio de Harper, no iba a hacer el papel de guía. Macon encontró su dormitorio fácilmente, y lo alivió ver que lo había redecorado. A diferencia de las habitaciones de la planta inferior, allí no había rastros de Bruce. Ni fantasmas ni competencia.

Había un edredón en tonos pasteles sobre la cama y la suave luz de una luna amarilla se filtraba por los visillos de encaje, que se movían con la brisa.

Cuando llegaron a la cama, la miró con pasión. La luna hacía que su piel pareciera dorada, y tenía los ojos brillantes, aunque apretaba los labios con fuerza, como si él fuera culpable de todos sus males. La mitad de su cuerpo estaba empapada, e intentaba no

tiritar. Una manga del camisón estaba bien, pero la otra era una ruina, llena de agujeros negros.

–Harper… –se acercó y alzó su barbilla–, he venido a decirte que no seguiré adelante con esto. Sabías que no lo haría –experimentó un placer infinito al ver el alivio que inundaba sus facciones. Tenía aspecto de querer creerlo, y en sus adentros, Macon volvió a maldecir a su madre por haberle inculcado tanta desconfianza.

–¿No? ¿En serio? ¿Lo prometes?

–No. Claro que no –dijo. Miró sus ojos nublados, iluminados por la luna, y la deseó más que nunca. Se pasó la mano por el pelo, preocupado por las consecuencias de su decisión. Su hijo se sentiría traicionado; si Chantal no acababa el instituto, siempre se sentiría culpable y no quería ni pensar en la salud de Cam. Miró a Harper y dejó de pensar en eso–. Venga, deja que te quite esta cosa.

–¿Esta cosa? –en silencio, lo miraba con desaliento. Pocos minutos antes, esa cosa había sido un adorable trozo de seda azul, diseñado para volver loco a cualquier hombre–. Solo buscas una excusa para desnudarme, Macon –replicó con tono petulante.

–Con el aspecto que tienes ahora –admitió él, contento de que ella recuperara su chispa habitual–. Yo mismo habría encendido la cerilla que quemara tu ropa.

–Que masculino –sonrió ella.

–En realidad no –susurró, acercándose y agarrando el bajo del camisón de seda–. En un par de minutos, voy a demostrarte cómo de masculino.

–Estoy esperando.

–Y seguirás haciéndolo –dijo él con una sonrisa–, porque pienso torturarte toda la noche –sin dejar de mirarla a los ojos, puso las manos en sus costados y alzó el camisón, dejando a la vista un diminuto triángulo azul de seda y encaje transparente. Se quedó sin aliento. Estaba duro como una piedra, anhelando estar en su interior, y se estremeció al subir la seda húmeda y dejar al descubierto sus turgentes senos. Deseó tocarlos, pero decidió no hacerlo aún. Enredó las manos en su cabello y le quitó las horquillas suavemente.

–No puedo creerlo. Después de todo –murmuró ella, mientras le colocaba el pelo sobre los hombros.

–¿De qué hablas, Harper? –le pasó los nudillos por la mejilla suavemente.

–No me creo que no vayas a casarte.

–¿De veras pensabas que podría casarme con una de esas mujeres? –Macon sabía que no serviría de nada decirle que la

amaba. Funcionaría con cualquier otra, pero a Harper le costaba mucho confiar, y él había roto su confianza años atrás.

–Pusiste el anuncio en *Texas Man*. Por eso escribí a esas mujeres –le recordó.

–Me alegro; eso nos reunió de nuevo –se desabrochó la camisa y la atrajo hacia su pecho desnudo. Suspiró y pasó los labios por la parte superior de su cabeza, adorando la suavidad de su cabello. Movió la cabeza–. ¿Qué diablos hemos estado haciendo?

–¿Torturarnos el uno al otro? –sugirió ella.

–En cierto modo, creo que siempre lo haremos –sonrió levemente–. ¿No crees, Harper?

–Eso espero.

–Harper –besó suavemente sus labios. Por primera vez en años, estaba seguro de que todo les iría bien.

–¿Qué?

Deseó decirle que se sentía como si fuera la primera vez, quizá porque iban a hacer el amor en una cama, o porque había confesado que era la única mujer con la que podía casarse. Pero, en cambio, profundizó el beso hasta que el suave contacto de sus lenguas se volvió febril. Posó las manos en sus senos y, vagamente, percibió que ella intentaba quitarle los pantalones.

–No, Harper. No aguantaré.

–No quiero que aguantes –replicó ella con urgencia–. Te quiero ahora.

–Entonces, tómame –la echó sobre la cama, admirando su cuerpo desnudo–. Pero llevo tiempo deseando esto, así que vayamos despacio.

–Supongo que puedo intentarlo –susurró ella.

De pie, sin apartar la vista de ella, se quitó la camisa. Hizo una pausa y, con la mano en la hebilla del cinturón, admiró a la única mujer a la que había deseado de verdad. Comenzó por su cabeza, recorrió su pelo rubio y llegó a sus redondos senos, con pezones rosados y erectos. Apretó los dientes, intentando no pensar en cómo los sentiría bajo su lengua unos momentos después. Cuando llegó al pequeño triángulo que apenas la tapaba, supo que no podría descansar hasta que su boca estuviera allí y ella se retorciera de placer bajo su calor.

Se quitó las botas y los vaqueros. Hizo una mueca al sentir la presión que aprisionaba su erección y se quitó el slip, desesperado por estar en su interior.

–¿Macon? –gimió ella.

–Nunca te he hecho el amor de la forma adecuada, Harper –dijo,

recordando la urgencia que siempre los dominaba en asientos traseros de coches, agujas de pino en el bosque, o su propio vestíbulo.

–Yo no me preocuparía de eso ahora mismo, Macon –dijo ella con los ojos nublados de pasión.

–Quería decir en una cama, Harper.

–Yo nunca te había visto así –dijo ella apoyándose en los codos y tragando saliva. Nunca lo había visto completamente desnudo, de pie ante ella, tan excitado que no sabía si podría dar un paso.

–Entonces no me moveré, Harper.

–Pero quiero que vengas aquí.

Riendo, se inclinó sobre la cama, agarró sus muñecas y las sujetó detrás de su cabeza. Introdujo la otra mano entre sus muslos. Ella soltó un gemido cuando la besó. Después, Macon desplazó la boca hacia sus senos. Bajo la palma de su mano, a través de la seda de sus braguitas, notó que Harper estaba más que húmeda y caliente. Era fuego líquido y comenzó a acariciarla hasta que ella empezó a arquearse buscando su mano.

Lentamente, acarició su ombligo con la lengua y, ardiendo de emoción, le bajó las braguitas. Impulsivamente, rodeó sus tobillos con ellas una y otra vez, utilizando el elástico para atarle los pies.

–¿Macon?

–Sss, calla –alzó los tobillos del colchón, entreabrió sus rodillas con la cabeza, se situó entre sus piernas y apoyó los talones de los pies en sus hombros–. Nunca te había visto así, Harper –dijo con voz entrecortada.

–Imagino que no –dijo ella con voz débil.

Él sintió el golpeteo de su corazón bajo la mano que tenía sobre sus pechos. Sus labios volvieron al ombligo. Centímetros más abajo, entreabrió su sexo con el pulgar y luego puso la boca en esa zona tan íntima, volviéndose loco al sentir su sabor.

Ella se retorció con violencia pero, loco de deseo, no estaba dispuesto a dejarse robar el placer con el que llevaba años soñando. La sujetó con fuerza para impedirle escapar a su lengua, y lamió, acarició y mordisqueó suavemente. Cuando deslizó las manos bajo ella y la alzó a su boca, ella lanzó un grito de éxtasis.

Él gimió al notar que sus caderas se estremecían con el orgasmo más dulce que había sentido nunca. Sintió los latidos contra su boca y un sabor maravilloso y dulce que le impidió resistirse un segundo más. No pensaba utilizar protección, deseaba que Harper volviera a quedarse embarazada. Aún eran jóvenes y esa vez, Macon pensaba estar allí cuando naciera el bebé… y mucho después.

Pero sus pensamientos eran inconexos. Macon palpitaba, incapaz de concentrarse. Solo sintió alivio cuando la penetró. Húmeda y sedosa, ella se contrajo a su alrededor y lo abrazó con fuerza, llevándolo a la zona más profunda, presionando su espalda con los pies atados mientras él se introducía en ella una y otra vez.

Sintió una liberación total. Se quedo vacío, extrañamente vulnerable pero, de alguna manera, sintiéndose como un hombre nuevo. Acariciando su vientre, gimiendo de placer, supo que ese era el final de dieciséis años de locura con esa mujer.

A partir de ese momento, Harper y él actuarían con sensatez.

Capítulo Diez

Poco antes del amanecer, Macon y ella habían compartido un baño de burbujas, así que despertó fresca como una rosa. Incapaz de creer con cuánta intensidad le había hecho el amor, se arrebujó en la sábana, sonriente y medio adormilada. Cuando volvió a abrir los ojos, los brillantes rayos del sol atravesaban los visillos. Tuvo un momento de pánico al comprender que el sol estaba muy alto y había dormido demasiado.

Se dio la vuelta y, en vez de a Macon, encontró una nota: *He ido a la iglesia*. Estaba escrita en la parte trasera de un sobre y apoyada en la almohada. Miró el reloj, ¡eran las diez menos veinticinco y Macon se casaba a las diez! Se incorporó como si la hubiera herido un rayo y saltó de la cama desnuda.

«Ha ido a cancelar la boda, Harper», se dijo. No podía haberla engañado toda la noche. Agarró un albornoz y poniéndoselo, cruzó el vestíbulo. No podía dejar de sospechar que si Macon de veras hubiera tenido intención de cancelar la boda lo habría hecho ya. Como un círculo vicioso, todo empezó a liarse en su mente. Ella había escrito a esas mujeres y Macon se había vengado despidiéndose con un papel escrito. Macon no era capaz de permitir que Chantal pasara por la humillación de vestirse de novia e ir a la iglesia, la habría avisado antes. En cualquier caso, si de verdad iba a cancelar la boda, la habría despertado.

Intentó calmarse. Pasara lo que pasara, era el padre de Cordy. Pero no podía calmarse cuando eso confirmaría todas las sospechas que su madre le había inculcado a lo largo de su vida. Sobre todo cuando la noche anterior había demostrado que Macon y ella estaban hechos el uno para el otro.

Harper se planteó hacer exactamente lo que su madre quiso hacer siempre; escapar de allí. Había sido una estúpida al quedarse cuando murió su marido, pero no fue capaz de abandonar un pueblo al que Macon siempre regresaba. «Es el más rico del pueblo, jovencita. No te engañes. Te utilizará, como hacen los hombres, y después, ¿qué harás tú?», las palabras de su madre aguijonearon su mente. Sin duda, esa noche la había utilizado a placer, pensó Harper, y esa mañana allí estaba ella, sin saber qué hacer, como vaticinaba su madre.

Se asomó a la puerta delantera; el sol brillaba con fuerza. La furgoneta de Macon no estaba bajo el sauce. Se había ido de verdad. Poco después oyó el motor de un coche y el corazón le dio un

vuelco. Se preguntó si sería Macon que regresaba y sintió una oleada de alivio. Pero no era una furgoneta sino un coche deportivo, el único de fabricación extranjera que había en Pine Hills.

–¡Oh, no! –rezongó Harper–. Ahora no.

Lois Potts aparcó bajo el sauce, salió del coche sin apagar el motor, tiró el teléfono móvil en el asiento y trotó hacia el porche. Para empeorar la situación, Lois estaba vestida para la boda. Llevaba una túnica hasta las rodillas con capas de gasa azul transparente que flotaban a su alrededor y zapatos de tacón alto que se hundían en la hierba. Una de sus manos, con un anillo de diamantes, agarraba el sombrero de paja para que no se volara.

A pesar de todo, al ver a Lois sintió una extraña mezcla de tristeza y nostalgia. Desde lejos, parecía tan joven y vibrante como había sido años antes. Harper se maldijo por no haber tenido el valor de mirar en la furgoneta aquella noche para ver lo que Macon y ella hacían. Había tenido miedo de descubrir la verdad. Aunque la trataba con cortesía en la oficina de correos, nunca había socializado con Lois, y no tenía intención de empezar en ese momento. Miró el reloj y le temblaron las rodillas, ¡faltaban dieciocho minutos! ¡Macon no podía casarse con Chantal!

–Bueno, Harper –empezó Lois, sin pérdida de tiempo–. Me he enterado de que Macon pasó la noche aquí.

–No sé cómo te atreves, Lois Potts –replicó con indignación.

–No simules que no sabes de qué hablo, Harper. Su furgoneta, en punto muerto, pasó ante casa de Nancy ayer a las siete y cuatro minutos; sabe la hora exacta porque en ese momento apagaba el horno. También lo vieron Betsy, Mary Sue y Penny. Penny estaba colgando la ropa, ya sabes cómo son sus niños…

Nancy Ludell era una cotilla empedernida y vivía al final de la calle, las demás también eran vecinas suyas. Harper miró por encima del hombro y se le disparó el corazón. ¡Solo faltaban quince minutos!

–¿Qué quieres decir? –cortó.

–Macon pasó la noche aquí –repitió Lois.

–Buen trabajo de detective, quizá todas vosotras deberíais pedirle trabajo al Sheriff Brown.

–Quizá, pero quería hablarte porque…

–Lois –interrumpió–. No quiero ser grosera, pero es muy mal momento. Acabo de levantarme y…

–¡Betsy me ha llamado al móvil para decirme que Macon se ha presentado en la iglesia! –protestó Lois–. Mira, no te caigo bien, y

no te culpo por ello. Eras buena estudiante y más joven que nosotras, y yo era…

–Mira, Lois, de verdad es muy mal momento… –Harper pensó para sí que en aquella época Lois era demasiado procaz y popular. La chica más rica, guapa y sexy del pueblo.

–Por favor Harper, las cosas ya no son como solían ser en los tiempos del instituto.

Harper estaba convencida de eso, aunque nunca heriría a Lois diciéndoselo claramente. Todo el mundo sabía que Lois se había divorciado de Jimmy Weston, cuando lo encontró en la cama con una de las niñeras. En cuanto la chica cumplió los diecisiete años, se casó con ella.

–No, no son como eran –dijo, intentando que su voz sonara amable, aunque los minutos pasaban.

–Te vi esa noche, Harper –Lois se mordió el labio inferior.

–¿Qué noche? –preguntó, aunque no tenía ninguna duda sobre a qué noche se refería.

–Esa noche. Macon apareció en el Big Grisly Grill, bebió demasiado, y casi lo arrastré a su furgoneta –era obvio que le costaba admitirlo, pero Harper no sintió ninguna compasión–. Lo creas o no, siempre quise salir con Macon, Harper.

«Eso estaba tan claro como si hubieras llevado una pancarta diciéndolo por todo el pueblo», pensó Harper, pero se limitó a hacer un ruido diplomático con la boca.

–Lo que quiero decir es que cuando besaba a Macon te vi por encima de su hombro. Sabía que esa noche ibais a escaparos juntos, me lo dijo. Creía que lo habías dejado plantado, y cuando te vi mirarnos desde lejos… –miró a Harper suplicando perdón con los ojos–. No le dije que habías venido. Dejé que siguiera creyendo que lo habías plantado.

–Te agradezco que lo digas –contestó Harper, enfadada, pero emocionada por el gesto–. Pero yo misma se lo he dicho a Macon. No hubiera cambiado nada.

–Quizá… pero esa noche me enseñó el anillo de diamantes más bonito que he visto nunca, Harper. Había trabajado para Cam, hasta ahorrar suficiente; iba a pedirte que te casaras con él.

Harper sintió que la emoción le atravesaba el corazón como una puñalada. Macon iba a pedirle que se casara con él sin saber lo del embarazo. Se quedó atónita, mirando a Lois fijamente.

–Todo cambió para mí cuando Jimmy se fue –añadió Lois–. No consigo rehacer mi vida, Harper. Sé lo que el amor puede hacerle a una persona, pero en el instituto no lo sabía –tragó saliva–. Soy la

última persona de la que desearías oírlo, pero Macon te quiere. No sé por qué no seguisteis juntos, pero se dice que Cordy es hijo suyo. Macon te amaba entonces, Harper. Y si pasó aquí la noche, yo diría que sigue amándote.

–No sé si te has dado cuenta de que ha invitado a cinco mujeres para elegir esposa, y de que ahora mismo está en la iglesia –replicó Harper. Su voz se enfrió cuando echó una mirada al reloj. Deseó agradecerle, irónicamente, el llegar dieciséis años tarde, pero se contuvo–. Lois, por favor, aprecio el detalle pero es mejor que te vayas. Se casará en diez minutos.

–Solo intentaba ser agradable –alzó la barbilla desafiante–. Desde que Jimmy me dejó voy a un terapeuta, y esto forma parte de mi terapia. Se dio la vuelta y corrió hacia su coche. Antes de arrancar gritó–: ¡Si no te despiertas, Harper, acabarás hecha un desastre, como yo!

Macon intentó encontrar a Chantal en el rancho, pero ya habían salido hacia la iglesia, sin esperarlo. Maldiciendo, comprendió que no podía aparecer allí con los vaqueros polvorientos y la camiseta sucia que llevaba puesta así que, aunque no tenía tiempo de afeitarse, se puso el esmoquin que estaba preparado sobre la cama y condujo hacia la iglesia a toda velocidad.

Sonaba el órgano. Gente de Pine Hills y de Opossum Creek, vestidos con sus mejores galas, llenaban los bancos. Había tantas flores en el altar que Macon se preguntó qué habrían pensado hacer con las que había en la nevera de Harper. Descubrió, impotente, que no le permitían ver a Chantal.

–¿Cómo que no puedo verla? –le gruñó a su madre.

–Ver el vestido de la novia antes de la boda da mala suerte –dijo Blanche con firmeza, ansiosa por ver a su hijo casado para que su padre se jubilara–. Gracias a Dios que has llegado. Empezábamos a preocuparnos –Macon escapó cuando ella se lo decía a alguien–. Ya está aquí. Podemos empezar.

Mientras las damas de honor comenzaban a desfilar, Macon recorrió los pasillos y miró en las salas y oficinas. Chantal tenía que estar en algún sitio. Desde que Cordy le había pedido que se casara con Chantal, había supuesto que era un juego de ellos dos, pero podría haberse equivocado. Si era así, Chantal tenía que ser la primera en saberlo, le debía eso. Sobre todo, porque la noche anterior su familia había llegado desde Missouri para asistir a la boda. Macon se asomó a la iglesia por una puerta lateral y miró los

dos bancos que ocupaba la familia de Chantal. No identificó al padre, pero una mujer que parecía confusa y preocupada debía de ser la madre. Tenía que encontrar a Chantal para decírselo.

–Es la hora, Macon –su madre lo agarró del brazo y lo empujó hacia el altar.

Macon se enfrentó a la congregación sintiéndose como el peor fraude posible. Le extrañó que nadie le ofreciera una sonrisa de ánimo; ni Mirabella y Jeff, ni Ana y Diego, ni Carrie Dawn y Charlie, ni Judith ni Cordy. Comprendió que, por desgracia, la única forma de hablar con la novia era esperarla ante el altar.

Estaba seguro de que Chantal recuperaría la sensatez, de que todo había sido un plan de Cordy y ella para lanzarlo en brazos de Harper.

Pero el órgano empezó a sonar y Chantal Morris caminó lentamente hacia Macon. El vestido le llegaba a media pantorrilla y flotaba sobre su abultado vientre. El velo tenía el mismo largo que el vestido. Sujetaba un ramo de margaritas en una mano, con la otra se apoyaba en el brazo rígido de un hombre negro, alto y delgado, con rasgos austeros.

Macon supuso que debía ser su futuro suegro. Pero el señor Morris ni siquiera lo miró cuando dejó a su hija ante el altar y fue hacia el banco más cercano. Se sentó junto a su mujer con los labios firmemente apretados.

–Chantal, tenemos que hablar –dijo Macon, que sabía que era su última oportunidad. Justo entonces el reverendo Shute se situó ante ellos.

–Macon –regañó el reverendo, moviendo los labios menos que un ventrílocuo profesional, y con ojos solemnes.

Vagamente, Macon notó que su hijo miraba de Chantal a él con la misma cara de preocupación que los Morris. Como Chantal tenía el rostro cubierto, no podía ver sus ojos, ni mucho menos su expresión.

–¿Chantal? –susurró, ignorando al reverendo.

–Queridos hermanos… –el reverendo Shute pareció tomar la urgencia del tono de Macon como señal para acelerar la ceremonia.

–Tengo que hablar con Chantal –susurró Macon.

–Estamos aquí reunidos… –el reverendo hizo una pausa, alzó el misal hacia sus labios, con tanta práctica que Macon adivinó que había utilizado esa táctica otras veces, y murmuró solo para Macon–. Cam está enfermo. Ha tenido una embolia. ¿Me oyes Macon? La salud de mi compañero de pesca está en juego y si lo que hace falta para que te hagas cargo de ese rancho es que te case

hoy, te casaré. Además, no olvides que estás haciendo un bien a esta dulce jovencita, y restaurando la fe en el poder del amor en esta parroquia –sin perder un segundo, bajó el misal, sonrió y continuó–. Reunidos aquí en presencia de este hombre, de esta mujer y de Dios…

Macon comprendió que estaba metido en un buen lío, sobre todo cuando, como si quisiera confirmarlo, el reverendo Shute se saltó los preámbulos y pasó directamente a los votos.

–No puede hacer esto –susurró Macon, incapaz de creerse lo que estaba sucediendo. Tenía que detener la boda, pero no sabía cómo hacerlo sin dejar a Chantal en evidencia.

–Tengo la sensación de que Dios está de mi parte –el misal estaba de nuevo antes sus labios. Sonrió benévolamente a Macon y a Chantal y continuó con voz grave y melodiosa–. Tú, Chantal Morris, ¿aceptas a este hombre, Macon McCann, como legítimo esposo, para amarlo y honrarlo, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

Las manos de Chantal apretaban el ramo de margaritas con tanta fuerza que tenía las uñas rosadas. De repente, se echó el velo hacia atrás y miró a Macon.

–No puedo casarme contigo. ¡No puedo! –exclamó. El color de su rostro se oscureció, y sus ojos marrones recorrieron suplicantes a la congregación. Macon vio que estaba bellísima; el maquillaje discreto resaltaba lo mejor de sus facciones. Entonces notó que la voz emocionada y llena de culpabilidad subía de tono–. Lo he estado pensando, Macon y, como voy a tener un bebé, lo más importante para mí es acabar los estudios. Y no estamos enamorados. Además, bastantes problemas he tenido con los hombres de momento. Tengo que pensar en mi hijo y en mi diploma de graduación, y eso ya es mucho.

Una oleada de alivio y también de inesperado orgullo recorrió a Macon. La miró con ojos cálidos. Chantal Morris era maravillosa. Joven, fuerte y valiente, buscando lo mejor para su hijo, igual que Harper años antes.

–No puedo creer que viniera mi familia –continuó ella, con los ojos llenos de lágrimas–. Pero uno de mis tíos, está en segunda fila, tiene una zapatería en Memphis, y cuando se enteró de la noticia, compró billetes de avión para todos –una lágrima se deslizó por su mejilla y jugueteó nerviosamente con una de las margaritas del ramo, arrancando los pétalos.

–Claro que vinimos, nena –exclamó una voz femenina, probablemente la de su madre.

–Mi madre y mi padre me quieren, Macon.

–Sí –igual que él quería a Harper y a Cordy, ahora lo entendía–. Por supuesto que te quieren.

–Cuando llegaron anoche me sorprendí mucho, pero luego todos charlamos. Judith quiere quedarse aquí y probar otro estilo de vida. Y Cordy me presentó a algunos amigos en la fiesta de la piscina. Creo que… si me alejo de mis antiguos amigos, y mi tío me ayuda un poco económicamente, y dice que lo hará, me quedaré aquí y compartiré una casa con Judith. A mis padres les ha caído muy bien y está dispuesta a cuidar de mí, al menos hasta que me gradúe.

–Oh, ¡aleluya! –suspiró la señora Morris, poniéndose una mano en la frente y abanicándose furiosamente–. Gracias, Jesús.

–Cálmate, Hattie –dijo el señor Morris con estoicismo–. Sabíamos que Chantal recuperaría el sentido común. Siempre lo hace. Es una buena chica y siempre hemos tenido fe en ella.

Macon se quedó sin aliento al captar la simplicidad del plan. Chantal se había hecho amiga de Cordy enseguida, y Cordy era muy popular, así que su amistad le facilitaría su adaptación a la nueva escuela, a pesar que estuviera en el último curso y tuviera un hijo.

–Macon, lo siento –Chantal no parecía enteramente satisfecha–. No deberíamos haber dejado que las cosas llegaran tan lejos, pero tu hijo pensó que si te suplicaba que te casaras conmigo entonces…

–Entonces, ¿qué? –Macon echó una ojeada a Cordy. Había imaginado desde el principio que tenía un plan.

–Que te darías cuenta de que quieres a mamá –dijo Cordy, nervioso. Frunció el entrecejo–. ¿Es verdad? ¿La quieres, Macon?

–Sí –afirmó Macon con emoción–. La verdad, Chantal, es que no debes sentirte mal por esto. Estuve buscándote para decirte que no debíamos seguir adelante.

–Pero no te dejaron porque llevaba puesto el traje de novia –comprendió Chantal súbitamente.

–Exacto –corroboró Macon, suspirando con alivio. Se volvió hacia Cordy–. ¿Si quiero a tu madre? Estoy enamorado de ella desde el primer día en que la vi. Me casaría con ella ahora mismo si me aceptara.

–Entonces, quédate ahí, Macon.

Harper, que estaba en la parte de atrás de la iglesia lo había oído todo. La despedida de Lois había hecho efecto. Como si le hubiera caído un rayo encima, corrió escaleras arriba y agarró el primer vestido que encontró, que resultó ser el vestido blanco con

flores azules recién lavado que tanto le gustaba a Macon. Se lo puso y corrió al coche para no cometer el mismo error que dieciséis años antes, cuando había asumido lo que quería Macon pero no lo había comprobado. Entonces él ya quería proponerle matrimonio.

Durante un segundo se quedó helada, mirando el vestido de Chantal y el esmoquin de Macon, pero no estaba dispuesta a creer que amase a otra mujer hasta que se lo dijera en la cara. Vio, con alivio, cómo Chantal se quitaba el velo e interrumpía la boda. Y después, Macon había dicho que amaba a Harper.

–Harper –dijo él, mirándola desde el altar.

–Te quiero –aseguró ella, dirigiéndose a su encuentro. Oyó a Lois Potter soltar un ruidoso sollozo y por el rabillo del ojo vio cómo se limpiaba la nariz con un pañuelo de papel. Cam y Blanche estaban en la primera fila, enfrente de los Morris, que miraban a Harper con expresión de no haber visto nunca algo tan extraño en el estado de Missouri.

Harper se lanzó en brazos de Macon y rodeó su cuello con fuerza, sintiendo la aspereza de su crecida barba en la piel.

–Lois Potts vino esta mañana y me dijo que, hace años, ibas a casarte conmigo.

–Iba a hacerlo, voy a hacerlo.

–¿Por qué no me lo dijiste nunca, Macon? –preguntó ella con el corazón tan henchido que le costaba respirar.

–¿Me hubieras creído, Harper? ¿Habrías confiado en mí? –murmuró él añoranza.

–No –admitió ella con los ojos brillantes. Movió la cabeza de lado a lado, sabiendo que él no tenía la culpa–. Pero ahora sí.

–Lo siento amigos, pero me parece que la boda de hoy queda cancelada –anunció el reverendo Shute.

–¡Oh, no! –farfulló Harper, sin soltar a Macon–. El doctor Dickens está aquí y seguro que puede hacer los análisis de sangre, pero ahora mismo, lo que quiero es seguir con la ceremonia –sonrió débilmente–. Será un día para recordar.

–¿En serio? –los ojos del reverendo brillaron traviesos, como si hubiera sabido desde el principio lo que iba a ocurrir–. Bien –soltó una risa–. Siempre que este chico se case con alguien, Harper. Ya es hora de se ponga al frente del rancho, y las truchas no pican igual si Cam McCann no está en mi bote.

Harper sonrió y, aún mirando a Macon, alzó la barbilla, buscando su boca.

–Eso es después de los votos –murmuró el reverendo.

Pero el beso solo se hizo más fuerte. Harper pensó que debería

apartarse y dejar que el reverendo hiciera su trabajo, pero no pudo. Ese beso estaba demostrando a todo Pine Hills, lo que probablemente, siempre habían sabido, que Macon y ella se amaban con el alma.

–¿De veras te casarás conmigo, Macon? –susurró, cuando se apartó al fin. Él sonrió, con los ojos ámbar resplandecientes de calor, ternura y amor por ella.

–Ni una manada de caballos salvajes conseguiría apartarme de este altar –aseguró–. Así que hagámoslo, Harper.

–Sí –musitó ella–. Hagámoslo.

Epílogo

Seis meses después…

–No te lo vas a creer –dijo Mirabella–, pero hay otra bolsa de cartas, y son todas para Lois.

Harper sonrió. Después de la boda, Harper le dio las gracias a Lois Potts por su visita y, esta, inspirada por el anuncio de Macon en *Texas Men*, empezó a anunciarse buscando marido. Harper alzó la cabeza; Mirabella estaba arrastrando la saca de correo por el vestíbulo.

–Ten cuidado –advirtió–. El doctor Dickens te dijo que no hicieras esfuerzos, Mirabella.

–¿Por qué no podrán las personas dar a luz como los insectos? –Mirabella se pasó una mano por el vientre y agitó su melena, en la que se veían unos cinco centímetros de raíces sin teñir.

–¿Insectos? –Harper rio.

–Ya sabes –explicó Mirabella–, con un periodo de gestación de veinticuatro horas.

–Entiendo –replicó Harper, suspirando porque a ella se le notaban cada uno de los seis meses de embarazo. Cordy no podía creerse que por fin iba a tener un hermano, y para ella era un sueño hecho realidad el saber que lo educaría con Macon. Estaba disfrutando de cada minuto de embarazo.

Pero Mirabella estaba nerviosa. Embarazada de tres meses y casada con Jeff Davis, había aceptado el trabajo en la oficina de correos para no manipular productos químicos. Además, desde la oficina veía a los carpinteros trabajando al otro lado de la calle, junto a la heladería, en el local Estilismo Mirabella que pronto abriría sus puertas, evitando a los habitantes del pueblo el viaje a Opossum Creek para cortarse el pelo.

Judith y Chantal se habían instalado en la antigua casa de los Moody, ya que Harper se sentía incapaz de vender una casa en la que había vivido tantos años. Cam y Blanche McCann estaban relajándose en Acapulco y Macon era imprescindible en el rancho; además, Cordy no había querido renunciar a una casa en la que había caballos y piscina. Diego tampoco era mucha ayuda; tenía la cabeza en las nubes, como si la nueva ciudadana norteamericana, Ana González, le hubiera dado con una sartén en la cabeza, en vez de casarse con él.

La antigua casa de Harper también empezaba a convertirse en

centro de operaciones del hogar para mujeres maltratadas que iba a abrir Judith. Por otro lado, Judith estaba muy ocupada con Evan Eldorado Morris, mientras Chantal iba al instituto. El hijo de Chantal, aunque pequeño, ya daba bastante trabajo. Todos los profesores de Chantal decían que era muy inteligente y que probablemente conseguiría una beca para estudiar en la universidad de Opossum Creeek.

–¡Oh, mira! –exclamó Harper, que estaba clasificando el correo–. ¡Una postal de Carrie Dawn! –en ese momento Macon entró y Harper frunció el ceño. Venía del rancho, sucio, sudoroso y sin sombrero, y tenía aspecto de no haberse peinado nunca. Estaba tan guapo como siempre–. Te dije que yo llevaría el correo a casa –lo regañó Harper.

–Vine a verte.

–¿Por algo en especial?

–Para asegurarme de que te estas portando bien.

Harper, con una sonrisa, agitó la postal en el aire y fue hacia el vestíbulo.

–La pondré en el tablón de anuncios –dijo, leyéndola:

Queridos todos:

Gracias por las cartas. Os echamos de menos, pero todo va muy bien. Falta un mes para que nazca el bebé y lo estamos deseando. Charlie y yo estamos decorando su habitación juntos. No lo sabíamos, pero en la empresa no se imaginaban que Charlie se casara nunca, y menos aún que se convirtiera en papá. Estaban buscando a un hombre de familia responsable, así que ¡lo han ascendido a vicepresidente de Suministros y Piezas! Además, he encontrado un rancho de vacaciones cerca de Pine Hills, y espero que Charlie, el bebé y yo podamos pasar allí nuestras primeras vacaciones juntos.

Estamos deseando volver a veros.

Con cariño,

Carrie Dawn

Harper sintió los brazos de Macon rodearla y sonrió.

–Tantos bebés –murmuró–, al mismo tiempo.

–Esta vez, pienso estar allí cuando nazca el nuestro –dijo Macon con ojos emocionados. No hizo falta más, a Harper se le hizo un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas.

–¿Harper?

–Son las hormonas –se defendió ella.

–No es cierto –Macon apretó los brazos a su alrededor,

envolviéndola en esa calidez que nunca dejaba de llenarla–. Háblame.

–Siento mucho lo que hice –le dijo–. Nada podrá devolverte los años que te perdiste con Cordy.

–Él tuvo a Bruce –dijo Macon con gentileza–. Además, ahora vivimos juntos –soltó una risa–. Puede que sea mi hijo, pero si me pide un coche nuevo una sola vez más, quizá lo repudie.

–Lo siento –murmuró ella de nuevo. Intentó sonreír para agradecerle su esfuerzo por tranquilizarla.

Los labios de Macon se acercaron a los suyos y sintió la calidez de su aliento en las mejillas.

–Eso ya pasó, Harper. Lo pasado, pasado está. Lo único que me importa es nuestro futuro, te lo prometo; nunca volveré a mencionar el pasado.

Y, fiel a su palabra, Macon McCann nunca lo hizo.

Table of Contents